

**los textos del
partido comunista internacional**

3

PARTIDO Y CLASE

- tesis sobre el papel del partido comunista - 1920
- partido y clase - 1921
- partido y acción de clase - 1921
- el principio democrático - 1922
- dictadura proletaria y partido de clase - 1951
- la inversión de la praxis - 1951
- partido revolucionario y acción económica - 1951

ediciones programme communiste

los textos del
partido comunista internacional

PARTIDO Y CLASE

ediciones
programme communiste

PRIMERA PARTE

LO QUE DISTINGUE A NUESTRO PARTIDO

- la línea que va de Marx a Lenin, a la constitución del Partido Comunista de Italia en Liorna en 1921, a la lucha de la Izquierda Comunista contra la degeneración de Moscú, al rechazo de los Frentes Populares y de los bloques de la Resistencia;
- la dura obra de restauración de la doctrina y del órgano revolucionarios, en contacto con la clase obrera, fuera de la politiquería personal y electoralista.

PREFACIO

Se encontrarán en esta primera parte las "Tesis sobre el papel del Partido Comunista en la revolución proletaria" aprobadas en el IIº Congreso de la IIIª Internacional, en 1920, acompañadas de nuestros comentarios, así como tres textos de la Izquierda Comunista italiana sobre el mismo tema : los tres primeros publicados en 1921-22, cuando todo el Partido Comunista de Italia estaba alineado sobre nuestras posiciones, y el cuarto redactado después de la segunda guerra mundial, cuando la Izquierda se había organizado en lo sucesivo fuera de las organizaciones comprometidas en la irremediable degeneración staliniana, y contra ellas.

La perfecta concordancia de todos estos textos - declaraciones y armas de lucha - salta a la vista, aun para quien ignora que el representante de la Izquierda italiana trajo al IIº Congreso de la Internacional Comunista la adhesión incondicional de su corriente.

Estos cinco textos tienen en común la afirmación del papel primordial del Partido, no sólo en la preparación y en la realización de la conquista revolucionaria del poder, sino también en el ejercicio de la dictadura proletaria - puesto que la guerra entre las clases, en lugar de atenuarse después de la revolución, se agudiza y se extiende a escala mundial.

Todos ellos condenan las corrientes de diferentes orígenes y naturaleza que - como lo veremos más lejos - niegan ese papel. Por esta condenación, la Izquierda italiana se sitúa en la línea de las luchas de Marx y Engels contra el prudhonismo y contra su heredero, el bakuninismo, expresiones típicas y recurrentes de esas bastardas "semiclasas" que obran directamente en sentido contrario a la transformación histórica objetiva del modo de producción capitalista y, por consiguiente, a las exigencias de su superación revolucionaria.

Todos ellos reconocen - de acuerdo con la definición de la naturaleza y del papel del partido - la necesidad de una rígida centralización, y rechazan tanto la autonomía de las organizaciones locales del Partido mismo como la pretensión de las formas inmediatas del movimiento obrero (sindicatos, consejos de fábrica, cooperativas, etc.) a la neutralidad política, es decir, a la "independencia frente al partido".

Sin embargo, los textos de la Izquierda van más lejos en la definición de las nociones de Partido y de Clase y, paralelamente, de las tareas del Partido como dirección organizada de la clase.

Por de pronto, tomando una fórmula lapidaria del Manifiesto de los Comunistas, ellos afirman y desarrollan la idea de que la clase existe verdaderamente como tal sólo cuando ha dado nacimiento al Partido, es decir, cuando de simple agregado estadístico de individuos mancomunados por la identidad o por la analogía de sus posiciones en el proceso productivo, se ha vuelto una fuerza unitaria tendiente hacia un objetivo final, y consciente de la vía histórica que conduce a él : "organización del proletariado en clase - dice el Manifiesto - ,

y por lo tanto en partido político". Algunos meses antes del III Congreso mundial, la Fracción Comunista Abstenционista del Partido Socialista Italiano (1) condensaba esa idea en la fórmula siguiente : "La lucha revolucionaria decisiva del proletariado contra el Estado burgués (...) es el conflicto de toda la clase proletaria contra toda la clase burguesa. Su instrumento es el partido político de clase, el Partido Comunista, que realiza la organización consciente de esa vanguardia del proletariado que ha comprendido la necesidad de unificar su propia acción, en el espacio, por encima de los intereses particulares de grupos, categorías o nacionalidades, y en el tiempo, subordinando al resultado final de la lucha las conquistas y ventajas parciales que no golpean la esencia de la estructura burguesa. Así pues, es sólo la organización en partido político que realiza la constitución del proletariado en clase que lucha por su propia emancipación", o, podríamos añadir con Marx, en "clase no ya para el capital, sino para sí" (Miseria de la Filosofía).

En este sentido, el mismo que el de los bolcheviques, la Izquierda prefirió desde esa época definir el Partido no como una "fracción" (aun de vanguardia) de la clase obrera, sino como un "órgano" de ésta : esta definición es mucha más satisfactoria, pues no se presta a una interpretación estadística del partido, y lo caracteriza como una fuerza que sintetiza los innumerables impulsos revolucionarios suscitados por las condiciones materiales de vida de la fuerza de trabajo en la sociedad capitalista, y como la forma real de la constitución del proletariado en clase, y después en clase dominante, a través de la toma del poder y del ejercicio de la dictadura sobre la clase vencida.

No se trataba de escrúpulos académicos ni de sutilezas terminológicas. La importancia de la distinción no apareció en la época, cuando toda la Internacional formaba un frente homogéneo de batalla teórica y práctica, sino

(1) Cfr. In difesa della continuità del programma comunista, pág.9-23, o la edición francesa Défense de la continuité du programme communiste, pág.9-26.

sólo más tarde, cuando con el reflujo de la ola revolucionaria mundial y con el oportunismo que empezaba a infiltrarse en el estado mayor internacional de la revolución comunista, la potente construcción de las Tesis sobre la función del Partido fue atacada; al principio se pretendió que, como "fracción" de la clase obrera, el partido no estaría ya definido por su trayectoria histórica - es decir, por su programa, su estrategia, su visión de los problemas tácticos y organizativos - sino por su composición social "proletaria", en el sentido mecánico y estático del término (1); y después se decretó que, como "fracción", el Partido debía adaptarse a los cambios del "todo", a las reacciones contingentes del proletariado a las vicisitudes de la lucha de clases, abandonando así, poco a poco, sus posiciones de principio. Se recayó pues, por un lado, en la concepción obrerista que las Tesis de 1920 habían condenado al rechazar la fórmula del "partido que debe asumir un carácter proletario", y, por otro lado, en la subordinación del Partido a la verdadera o presunta "voluntad de la masa", aun si estuviese influenciada temporariamente en un sentido reaccionario por situaciones negativas, cuando las Tesis de 1920 habían revelado en esa política el origen de la capitulación de los partidos de la IIa. Internacional frente al enemigo de clase y a su guerra imperialista.

Reiteremos que éste no era el pensamiento de Lenin y

(1) Con anterioridad, en 1921, con vistas al IIIº Congreso de la Internacional, la Izquierda había reaccionado frente a la pretensión de evaluar la eficacia y la capacidad de influencia del Partido no ya en base a la férrea continuidad de sus posiciones programáticas y de su acción práctica, y a la sólida disciplina de su organización (en lo cual reside su verdadera fuerza), sino en base al criterio cuantitativo y mecánico de la consistencia numérica o, lo que es aún peor, del logro de la conquista de la "mayoría de la clase obrera".

(Cfr. el texto Partido y Acción de Clase)

de la gloriosa vieja guardia bolchevique, lo que puede verse en cada línea de las Tesis. Pero la insistencia puesta por la Izquierda en exigir que las nociones teóricas como las consignas prácticas sean definidas con la mayor claridad (aunque se corriese el riesgo de un cierto esquematismo) para evitar todo equívoco y toda deformación, pone de relieve otro punto que ella reivindica constantemente en el seno de la Internacional: las formulaciones utilizadas por el Partido no son medios "neutros" ni "indiferentes", sino fuerzas reales que condicionan al propio Partido; si contribuyen, cuando son exactas, a conducirlo en la buena vía, pueden contribuir, en el caso contrario, a alejarlo del programa, de los intereses generales de la clase y, por consiguiente, de su papel histórico.

Las Tesis de 1920 han definido ese papel distinguiendo la forma-partido de las otras formas, necesarias pero subordinadas, del movimiento obrero, en el sentido que el partido posee la conciencia de la misión histórica del proletariado y la "visión general" del camino que éste deberá recorrer, más allá de las vicisitudes diversas, y a menudo contradictorias, de una lucha gigantesca. De esa concepción, las Tesis han hecho derivar un conjunto de reglas de organización fundadas - con el acuerdo total de la Izquierda - sobre la máxima centralización del aparato de partido. Era necesario establecer esas reglas y esos criterios; pero, para la Izquierda, no bastaba para "darnos el partido del que tenemos necesidad". La centralización y la disciplina no son más que la otra faz de la unidad y de la invariancia del programa: la Izquierda se ha batido durante años para que la teoría y el programa del Partido mundial del proletariado sean establecidos de manera unívoca e inmutable, y para que se codifiquen las grandes eventualidades tácticas que el Partido debe examinar de antemano (1), y cuya solución, conocida por todos

(1) Un ejemplo de esta precisión y "codificación" de la táctica del partido en los momentos cruciales de la historia se halla en las Tesis de Roma (1922), vueltas a publicar en In difesa della continuità del programma comunista, pág. 37-52 y en Défense de la continuité du programme communiste, pág. 27-58.

y obligatoria para todos, no puede ni debe ser dejada al azar ni a la arbitrariedad de "elecciones" nacionales, locales, contingentes o personales. El respeto de ese vínculo dialéctico entre centro y periferia, entre dirigentes y "militantes de base", entre generaciones pasadas, presentes y futuras del movimiento comunista, entre la Internacional y secciones "nacionales", es la clave de una centralización y de una disciplina que no son mecánicas ni exteriores, sino que representan la expresión viva de una fuerza real, la del partido, que se mueve como un bloque único hacia un objetivo único (1).

Aflojad las redes del programa, dejad la puerta abierta a la "elección" local de los medios tácticos, haced depender la conquista de la necesaria influencia del

(1) Notemos, al pasar, que ésa es la solución que veía la Izquierda al difícil problema del funcionamiento organizativo del Partido en su indispensable estructura vertical y jerárquica, solución que la fórmula del "centralismo democrático" no podía ni puede dar. La "garantía" - en la medida en que puede haber una - del buen funcionamiento de la organización centralizada del Partido no reside en el hecho "accidental" de la elección de los órganos superiores por los órganos inferiores, o en la consulta democrática de la base considerada como una práctica normal y corriente, sino en la ligazón única y uniforme que une dialécticamente el "centro" y la "base" al programa conocido por todos, y a sus implicancias tácticas "cerradas", que los vinculan a ambos, más allá de los límites de espacio y de tiempo. Tal es el sentido del "centralismo orgánico" teorizado por la Izquierda desde 1921 (como se ve con el texto sobre El Principio Democrático), donde la "disciplina" y la "confianza" espontáneas de la organización periférica con respecto al centro del Partido, provienen de que éste constituye el órgano técnico indispensable para la aplicación unitaria y constante de normas fijas y conocidas por la base, y no el depositario de una "sabiduría" superior, ni de la capacidad de "descubrir" soluciones originales a problemas "nuevos".

partido sobre las capas más amplias de la clase obrera del uso de expedientes "imprevistos" y no perfectamente acordes con los objetivos estratégicos del movimiento (como se empezó a hacerlo en 1922, y como la Izquierda pudo presentir el peligro desde 1921), y habréis destruido la base misma de una centralización auténtica y de una verdadera disciplina. Dad todavía un paso más y no os quedará - para reunir los miembros esparcidos de un partido mundial que no es ya homogéneo desde el punto de vista programático y táctico - más que aplicar de manera formal y exterior una disciplina "burocrática", fundada sobre las sanciones materiales de un aparato de estado represivo: no tendréis ya más disciplina, sino el terror disciplinario en el partido; ni la centralización, sino la regimentación staliniana.

Para dirigir la revolución proletaria, lo que hace falta no es, pues, un partido cualquiera, cuya disciplina estricta lo hace disponible para cualquier causa, sino un partido centralizado y disciplinado, en el centro como en la periferia, en el respeto, la defensa y la ejecución de un plan de lucha previsto y codificado. Trotsky no decía otra cosa en sus Lecciones de la Comuna de París (1920): "Sólo con la ayuda de un partido que se apoya sobre todo su pasado histórico, que preve teóricamente las vías del desarrollo y todas sus etapas sucesivas, y que saca de ellas la forma de acción más correcta en un momento dado, el proletariado puede liberarse de la necesidad de volver a empezar siempre su misma historia, sus mismas vacilaciones, sus mismas indecisiones y sus mismos errores". Esta capacidad de previsión, que condiciona la de apuntar al blanco en todo momento, sin vacilaciones, sin tanteos, sin recaer en los errores pasados - y por lo tanto con el máximo de centralización y disciplina - había hecho la gran fuerza del Partido ruso. Incumbió a la Izquierda recordarlo a los propios bolcheviques.

* *

Las tesis fundamentales de 1920, elaboradas para distinguir con la mayor claridad la posición comunista, frente a todos esos problemas, de la de los revisionistas, tanto de derecha (reformistas socialdemócratas y laboristas) como de izquierda (sindicalistas revolucionarios y anarquistas) guardan toda su importancia histórica, y tanto más hoy cuanto que el oportunismo pequeño burgués ha invadido todo. Arma de lucha, instrumento de polémica teórica y de combate político, las Tesis de 1920 se sitúan completamente en la línea de la gran tradición marxista, como lo demostraremos rápidamente.

Un año después de la demolición del prudhonismo - matriz común a todas las variantes posteriores del socialismo pequeño burgués y gradualista -, el Manifiesto de 1848, antes de hacer en el último capítulo una crítica detallada de todas las "escuelas" y tendencias aberrantes, vuelve a trazar en una síntesis grandiosa las etapas dialécticas que el proletariado recorre sucesivamente en el camino atormentado de su organización en clase: desde el estadio en que "los trabajadores forman una masa diseminada a través de todo el país y desmenuzada por la competencia", hasta aquel en el cual "el resultado verdadero de sus luchas" (en cuanto se distingue de su "éxito inmediato") es el de "centralizar las numerosas luchas locales con idéntico carácter en una lucha nacional (y después internacional), en una lucha de clase"; por consiguiente, desde las luchas económicas y las agitaciones inmediatas hasta la lucha de clase abierta ("toda lucha de clases es una lucha política"), y luego a la "organización del proletariado en clase y, por lo tanto, en partido político".

Ya se ve claramente que la línea que va del Manifiesto de 1848 a las Tesis de 1920 es una línea ininterrumpida: condena de todo individualismo y de todo localismo, como de todo apoliticismo y apartidismo, afirmación que el proletariado obra realmente como clase histórica sólo cuando se constituye en partido político.

Es notorio que el Manifiesto no habla de "dictadura", aunque la idea esté implícitamente contenida en la fórmula de "clase dominante", lo que presupone una clase

"dominada", y en la de "violaciones despóticas del derecho de propiedad y del régimen burgués de producción", a las cuales deberá recurrir el poder político del proletariado victorioso como "medio para revolucionar todo el modo de producción", aun si, al principio, esas medidas pueden "parecer económicamente insuficientes e insostenibles". El principio de la "dictadura del proletariado" se precisa en el curso de las grandes batallas de 1848-49 y de los años siguientes (1). Aun antes de la famosa carta a Weydemeyer de 1852, retomada por Lenin en El Estado y la Revolución como piedra angular de la teoría marxista del Estado, el estatuto de la Liga de los Comunistas redactado por Marx en abril de 1850 contiene en su primer artículo esta fórmula lapidaria: el objetivo de la Liga es "el abatimiento de todas las clases privilegiadas, la sumisión de estas clases a la dictadura de los proletarios, por la cual la revolución es mantenida en permanencia hasta la realización del comunismo", fórmula que contiene las dos nociones inseparables de la necesidad de la toma violenta y dictatorial del poder, no como punto de llegada sino como punto de partida de una lucha de clases cada vez más vasta y extensa en el espacio y en el tiempo, y, por lo tanto, la necesidad de un órgano de centralización y de dirección: el Partido político. (2)

Verdad es que la segunda noción no está formulada

(1) Recordemos el magnífico grito de guerra de la Neue Rheinische Zeitung después de la represión de la insurrección de Viena, el 7 de noviembre de 1848: "El propio canibalismo de la contrarrevolución esparcirá en las masas la convicción que no existe más que un solo medio apto para concentrar, abreviar y simplificar los espasmos de una vieja sociedad agonizante, y los sangrientos dolores del parto de una nueva sociedad: el terror revolucionario".

(2) La misma idea reaparece bajo otra forma en Las luchas de clases en Francia (IIIº cuaderno, marzo de 1850): "... El proletariado se agrupa cada vez más en torno del socialismo revolucionario, en torno del comunismo,

explícitamente. Pero lo será poco después, luego de un largo combate polémico no ya contra los reformistas y los gradualistas, sino contra los anarquistas. Al final de ese período, en el Congreso de la Asociación Internacional de los Trabajadores (La Haya, 1872), Marx añadirá a los estatutos de 1864 el fundamental artículo 7 a) : "En su lucha contra el poder unificado de las clases poseedoras, el proletariado sólo puede obrar como clase constituyéndose en partido, que se opone a todos los otros partidos constituidos de las clases poseedoras". Y precisa a continuación: "Esta constitución del proletariado en partido político es indispensable para asegurar el triunfo de la revolución social y la realización de su objetivo final: la abolición de las clases". (En perfecta coherencia con esta posición, las Tesis de 1920 dirán: "la necesidad de un partido político del proletariado sólo desaparece con la supresión completa de las clases"). (1)

para el cual la propia burguesía ha inventado el nombre de Blanqui. Ese socialismo es la declaración de la revolución en permanencia, la dictadura de clase del proletariado, como punto de transición necesario para llegar a la supresión de las diferentes clases en general, a la supresión de todas las relaciones de producción sobre las que descansan, a la supresión de todas las relaciones sociales que corresponden a esas relaciones de producción, al trastocamiento de todas las ideas que emanan de esas relaciones sociales." Y Marx insistirá en la Crítica del programa de Gotha, el 5 de mayo de 1875:

"Entre la sociedad capitalista y la sociedad comunista se sitúa el período de la transformación revolucionaria de la una en la otra. A ese período corresponde igualmente una fase de transición política, donde el Estado sólo puede ser la dictadura revolucionaria del proletariado."

(1) La teoría marxista es un bloque único y permanece como tal desde su nacimiento hasta la victoria definitiva; lo único que ella espera de la historia es el ser aplicada con un rigor cada vez más grande y, por lo tanto,

En 1873, Engels vuelve sobre la cuestión en una carta a las secciones italianas de la Internacional, influenciadas todavía por la concepción antiestatal y antipartido de Bakunin, en una fórmula inequívoca : "Una revolución es sin duda alguna la cosa más autoritaria que pueda existir. Es el acto por medio del cual una parte de la población impone su voluntad a la otra parte mediante fusiles, bayonetas y cañones, medios autoritarios por excelencia; y el partido victorioso, si no quiere haber combato en vano, debe mantener esa dominación por el terror que las armas inspiran a los reaccionarios". Es la lección de la Comuna de París. Y de allí Engels concluye : "Una de dos : o los antiautoritarios [que, no lo olvidemos, niegan tanto el Estado como el Partido] no saben lo que dicen, y en ese caso siembran sólo la confusión; o lo saben, y en ese caso traicionan el movimiento del proletariado. En uno y otro caso, sirven a la reacción." (De la Autoridad) (1).

ver mejor grabadas sus líneas inmutables en el programa del partido de clase. Para confirmar una vez más esa invariancia, recordemos que Marx, en su discurso para el 70 aniversario de la I.ª Internacional (1871), unía el principio de la dictadura proletaria y, por lo tanto, del terror, a la reivindicación de una dirección centralizada de la lucha de clase transformada en batalla campal a escala mundial : "Antes de realizar una transformación socialista, es preciso una dictadura del proletariado, y el ejército proletario es una condición primordial de ésta. La clase obrera deberá conquistar en el campo de batalla el derecho a su propia emancipación. El papel de la Internacional es de organizar y de concentrar las fuerzas proletarias para el combate que les espera."

El problema será planteado a los bolcheviques en términos históricos materiales, y es en la línea invariable de la teoría marxista que nacerá el Ejército Rojo, provocando los gritos de indignación de los reformistas y de los anarquistas:

(1) El 18 de diciembre de 1889, Engels reafirmaba con su claridad habitual a G. Trier : "Estamos de acuerdo con

La serie de las etapas ascendentes está así grabada por Marx y Engels con una nitidez de contornos a la que las confirmaciones traídas por las luchas de ciento cincuenta años de historia sólo darán un relieve aún más acentuado. Primero, las luchas locales, esparcidas e inorgánicas, suscitadas por las condiciones de vida inmediatas de los trabajadores; luego, su transformación y su centralización en luchas de clase generalizadas, nacionales e internacionales, y por lo tanto en luchas políticas; constitución de la clase proletaria en clase dominante a través de la revolución violenta y del mantenimiento de esa dominación por el terror rojo bajo la dirección del Partido; por último, desaparición del proletariado como clase y, por lo tanto, desaparición igualmente del partido político, con la realización del comunismo integral.

Octubre de 1917 es el momento crucial en que la visión teórica marxista se encarna en la historia viva del movimiento proletario militante. Y es Lenin quien escribe, quince años después del ¿Qué Hacer?, en vísperas de la revolución: "La doctrina de la lucha de las clases, aplicada por Marx al Estado y a la revolución socialista, conduce necesariamente al reconocimiento de la dominación política del proletariado, de su dictadura, es decir, de un poder que éste no comparte con nadie y que se apoya directamente sobre la fuerza armada de las masas. La burguesía puede ser derribada solamente si el proletariado se ha transformado en clase dominante capaz de reprimir la resistencia inevitable, desesperada, de la burguesía, y de organizar todas las masas laboriosas y explotadas para un nuevo régimen económico. El proletariado tiene necesidad del poder de Estado, de la organización centra-

el hecho de que el proletariado sólo puede conquistar el poder político - la única puerta de acceso a la nueva sociedad - mediante una revolución violenta. Pero para que el proletariado sea bastante fuerte para vencer en el momento decisivo, es necesario que se constituya en partido autónomo, en partido de clase conciente, separado de todos los otros, y opuesto a ellos. Es lo que Marx y yo no hemos dejado de sostener jamás desde el Manifiesto de 1848."

lizada de la fuerza, de la organización de la violencia, para reprimir la resistencia de los explotadores como para dirigir la gran masa de la población - campesinos, pequeño-burgueses, semiproletarios - en la "instalación" de la economía socialista. Educando al partido obrero, el marxismo educa a una vanguardia del proletariado capaz de tomar el poder y de conducir todo el pueblo al socialismo, capaz de dirigir y de organizar el nuevo régimen, de ser el educador, el guía, el jefe de todos los trabajadores y explotados para la organización de la vida social, sin la burguesía y contra la burguesía" (El Estado y la Revolución, II, 1).

Tres años más tarde, en el crisol de la guerra civil y del Terror Rojo, surgen, en 1920, los dos "Antikautsky" de Lenin y de Trotsky.

"El papel extraordinario que juega el Partido Comunista en la revolución proletaria victoriosa es muy comprensible - escribe Trotsky. Se trata de la dictadura de la clase. En la clase como tal hay capas, actitudes y niveles de desarrollo diferentes. Pero la dictadura presupone unidad de voluntad, de orientación y de acción. ¿Por qué otra vía podría realizarse?

"La dominación revolucionaria del proletariado presupone en el seno del mismo proletariado la dominación política de un partido provisto de un programa de acción claro y de una disciplina interior inviolable (...). Se nos acusa más de una vez de haber sustituido la dictadura de los Soviets por la del Partido. Y, sin embargo, se puede afirmar que la dictadura de los Soviets es posible sólo mediante la dictadura del Partido: gracias a la claridad de su visión teórica, gracias a su fuerte organización revolucionaria, el Partido ha asegurado a los Soviets la posibilidad de transformarse de informes parlamentos obreros, en un aparato de dominación del trabajo". (Terrorismo y Comunismo, VII)

No por vanidad de partido, sino por el hecho de que treinta años de historia han acumulado confirmaciones directas e indirectas de la doctrina marxista de la Revolu-

ción, del Partido y del Estado, creemos poder citar dignamente, al lado de esas dos obras magistrales, nuestro texto Partido de Clase y Dictadura Proletaria (1951).

* *

Las consideraciones que preceden explican la gran importancia de la publicación del presente opúsculo para una renaudación del movimiento revolucionario marxista internacional sobre bases sólidas. Atravesamos una fase histórica donde maduran lentamente las premisas objetivas de una nueva alza general de las luchas de clases, y donde se impone más que nunca la necesidad de echar y de consolidar las bases subjetivas de su desenlace victorioso.

La crisis de la IIIa. Internacional se manifiesta primero con el desgarramiento progresivo del tejido conjuntivo que, en la construcción teórica marxista, une indisolublemente entre sí los principios, el programa, la táctica y la organización del partido comunista mundial, del partido de clase. Retrospectivamente (pero el peligro fue denunciado desde 1920, y todavía con más insistencia en los años siguientes, por la Izquierda "italiana"), no es difícil constatar que no fue posible oponer a tiempo, contra los factores materiales de orden internacional que pesaron, de una manera que se reveló a la larga catastrófica, sobre la gloriosa Internacional Comunista de 1919-1920, la sólida muralla de una asimilación orgánica y completa de esos principios, de ese programa, de esas deducciones tácticas, de esas normas de organización, y de su vínculo dialéctico. La Internacional había nacido sobre bases teóricas de granito, pero creció y se desarrolló en un apresurado proceso de convergencia y de afiliación de organizaciones nacionales ligadas a tradiciones perfectamente heterogéneas y a menudo antitéticas, que, en vez de haberse constituido a través de una drástica maduración y selección ideológicas, importaron en el partido mundial de la clase obrera la herencia apenas "retocada" del centrismo primero y de la socialdemocracia después, sin ha-

blar de la supervivencia del sindicalismo, del socialismo de empresa y del obrerismo, debilitando así cada vez más una Internacional sometida ya a la presión abrumadora de una situación que se había deteriorado rápidamente en Rusia y en el mundo.

Es una lección que no debe ser olvidada en esta fase de difícil preparación de una nueva alza de la lucha de clase. Hoy, aún más que entonces, se asiste a un recrudescimiento del horror pequeño-burgués y anarquista por la centralización, por la dictadura y, sobre todo, por el partido (es decir, también por el programa), como reacción instintiva contra los estragos del stalinismo, pero que no es menos errónea, pues apunta no a la centralización, a la dictadura o al partido de la contrarrevolución, sino a la centralización, a la dictadura, al partido y al programa a secas. Hoy más que entonces, es necesario que el Partido Comunista mundial nazca sobre la base de una claridad y de una homogeneidad teórica y programática absolutas, que constituyen la condición primaria de su eficiencia organizativa y de su disciplina rigurosa y no formal. La piedra de toque de esa homogeneidad y de esa claridad es la clara conciencia de la naturaleza, del papel, del objetivo del Partido en la revolución y en la dictadura proletaria, reivindicadas sin ninguna vacilación ni atenuación contra toda tendencia a vaciarlas de su contenido auténtico e inmutable.

Por esta razón es polémicamente indispensable evocar lo que fue - en oposición a la visión marxista correcta - la teorización más importante, en la primera posguerra, de esa tendencia (tan vieja, por otra parte, como el propio movimiento obrero). Queremos referirnos a la teorización debida a la falsa "izquierda" del Partido alemán, el que no estaba bastante templado para resistirle, y que produjo una primera escisión en el movimiento revolucionario en el área decisiva para el futuro del comunismo en la misma Rusia y en el mundo (1) - de Europa

(1) Es por ello que limitamos el análisis a esta encarnación del verdadero "infantilismo de izquierda", omitiendo las formas que asume en otras partes.

Central, desviando una parte de la vanguardia proletaria sobre posiciones erróneas y objetivamente liquidacionistas, dejando así el campo libre a los retornos de explotaciones centristas en ese Spartakus-Bund que había ofrecido en holocausto a la revolución mundial las vidas de Rosa Luxemburgo, Karl Liebknecht y Leo Jogisches.

El movimiento obrero en Alemania casi no conoció esas corrientes anarcosindicalistas o sindicalistas revolucionarias que son la forma típica de la concepción "inmediatista" del proceso de emancipación violenta de la clase obrera: es decir, de la concepción que niega el papel central y determinante del Partido en la revolución proletaria, reemplazándolo por organismos indiferenciados, que comprenden toda la masa de los sin reservas, y que adhieren a la estructura de la producción en su forma actual (sindicatos, consejos de fábrica, comités de taller, etc.). Pero la ausencia de una tradición anarcosindicalista semejante a la que infestó el movimiento obrero en los países latinos desde el siglo pasado, y en los veinte primeros años de este siglo en los países anglosajones, no impidió que la visión marxista correcta del Partido, de sus relaciones con la clase, y de sus tareas en el curso del asalto violento al poder y en su ejercicio dictatorial, se implantase penosamente en la vanguardia revolucionaria alemana.

Esto es particularmente claro para aquella corriente del movimiento revolucionario que se desprendió del KPD (Partido Comunista Alemán) en 1920 para fundar el KAPD (Partido Comunista Obrero Alemán), y que mantuvo desde entonces relaciones estrechísimas con el grupo de los "tribunistas" holandeses, reconociendo incluso a los representantes más típicos de ese grupo, Pannekoek y Gorter, como los principales teóricos de su propio movimiento. Esa corriente se había batido con la mayor energía contra el socialpatriotismo y contra el reformismo, y tenía una conciencia clara de la necesidad de la violencia de clase y del asalto insurreccional al poder, tal como está formulada en las tesis clásicas de la IIIa. Internacional. Sostenía, por otra parte, aparentemente de acuerdo con la Izquierda italiana, que las soluciones tácticas que ha-

bían sido las de los bolcheviques en la Rusia atrasada y en parte precapitalista, no podían ser aplicadas mecánicamente en la situación de un capitalismo ultra-avanzado como el de Europa Occidental. Esas semejanzas aparentes recubrían, sin embargo, profundas divergencias: los "kaapedistas" y los "tribunistas" estaban más cerca de la veta sindicalista del movimiento obrero revolucionario que de la corriente auténticamente marxista.

En el esquema de Gorter y de los otros representantes del KAPD, Europa Occidental debía ser el teatro de una revolución donde el proletariado se encontraría solo contra el frente compacto de la grande y media burguesía, de la pequeña burguesía y del campesinado. Ahora bien, si eso era exacto en el justo sentido histórico de una revolución que no podía ser más que una revolución proletaria, y que no repetiría el clásico ciclo de las revoluciones dobles, ese esquema sin embargo se volvía una abstracción cuando excluía de la escena revolucionaria (y, por consiguiente, de sus problemas tácticos y estratégicos) la intervención, bajo la dirección hegemónica de la clase obrera, de capas no proletarias menores, y la neutralización de otras, sobre todo campesinas y pequeño burguesas en general. Por otra parte, según ese mismo esquema, la "pureza" social proletaria de la revolución inminente constituía de por sí la garantía que la clase obrera, única protagonista del combate revolucionario, tomaría sin vacilación ni compromiso el camino del asalto revolucionario y violento al poder.

En esta perspectiva, el problema de la táctica consistía, empleando la expresión de Gorter, en "liberar ante todo el espíritu del proletariado" en vísperas del afrentamiento directo con el poder burgués; "liberar el espíritu" a fin de que los proletarios estén en condiciones de organizarse solos y de construir, fuera de toda intervención "externa" que discipline y centralice, el aparato administrativo y productivo de la dictadura. Los comunistas tendrían pues por tarea, y por única tarea, la de iluminar las "conciencias", y no la de dirigir activa y eficazmente fuerzas reales que se desencadenan -inconcientemente y hasta "contra conciencia"- del subsuelo social. Toda forma de

organización que, por tener una clara visión general del recorrido histórico y de la meta final del movimiento proletario, hubiere pretendido "representar" la clase en su lucha por el poder y, después, en el ejercicio de ese poder; toda forma de organización que no coincidiese con el conjunto de la clase asalariada y no fuese la "expresión directa" de ella, asumía a los ojos de los "kaapedistas" el siniestro aspecto de una fuerza violadora y corruptora de la autenticidad del movimiento de emancipación del proletariado.

La antítesis histórica entre proletariado y burguesía (y entre comunismo y oportunismo) estaba pues reemplazada con una antítesis completamente idealista entre masas y partidos o, peor aún, entre masas y jefes. Un folleto intitulado La escisión del KPD, que provocó las justas reprimendas de Lenin, planteaba la cuestión en estos términos: "El Partido Comunista es el partido de la lucha más decidida de la clase(..). Surge la cuestión de saber quién debe ser el depositario de la dictadura: ¿El Partido Comunista o la clase proletaria? (..)¿Por principio, hay que tender a la dictadura del Partido Comunista o a la de la clase proletaria?" Y respondía: "Dos partidos comunistas se enfrentan actualmente: uno, el Partido de los jefes, que se esfuerza por organizar el combate revolucionario y por dirigirlo desde arriba(..).el otro, el Partido de masa, que espera el surgimiento del combate revolucionario desde abajo, que no conoce ni utiliza para ese combate más que un solo método conforme al fin(..), el método del derrocamiento radical de la burguesía para erigir luego la dictadura proletaria de clase para la realización del socialismo(..). De un lado, la dictadura de los jefes; del otro, la dictadura de las masas. Tal es el sentido de nuestra escisión!".

De ahí, el rechazo por parte del KAPD del "parlamentarismo revolucionario", rechazo que no tiene nada que ver con el argumento marxista afirmado por la Izquierda italiana en el IIº Congreso de la Internacional, en 1920. En efecto, la Izquierda sostenía que esa táctica, que vale en determinadas épocas históricas y áreas geográficas, hubiera tenido efectos negativos y hasta desastrosos en los países de capitalismo avanzado y de larga tradición

democrática, desviando a la clase obrera y al Partido de la tarea urgente de la preparación revolucionaria para dirigirlos hacia la competición electoral y, finalmente, al abandono de la vía revolucionaria. Por el contrario, el KAPD negaba el "parlamentarismo revolucionario" alegando de nuevo que el Parlamento y las elecciones son la arena clásica de los "jefes" y de los "partidos"; en una palabra, de la "autoridad" opuesta a la "espontaneidad" de las masas: se percibe ahí un eco (involuntario, pero no menos evidente) del horror anarquista por el "poder" entendido de manera metafísica, como una potencia maléfica en sí.

De ahí, el rechazo de los sindicatos tradicionales, que los comunistas deben, según Lenin y la Izquierda, esforzarse de conquistar políticamente, incluso si están dirigidos -como se da casi siempre el caso- por los peores burócratas del reformismo, para hacer de ellos una "correa de transmisión" de la doctrina y de las consignas de batalla del comunismo en el seno de los asalariados de todas las categorías y de todas las afiliaciones políticas y hasta religiosas. Por el contrario, el KAPD reemplaza los sindicatos tradicionales por organismos de empresa, considerados como impermeables a la corrupción, justamente (y es la única razón) porque están controlados directamente por la totalidad de sus miembros.

De ahí, la búsqueda de una forma de organización inmediata donde los proletarios pudiesen encontrar la garantía de una orientación revolucionaria y de clase. De ahí también, en ciertas manifestaciones extremas de la misma ideología, el rechazo de la lucha económica y hasta de la huelga, salvo como arma e instrumento directo del asalto al poder. Es así como se puede leer en un folleto publicado en 1923 por H.Gorter, bajo su responsabilidad personal, para zanjar una diferencia entre el ala de Essen y el ala de Berlín del KAPD: "La tendencia de Eseen tiene razón en teoría cuando dice: si es seguro que una acción no es y no puede volverse revolucionaria, ni la Unión ni el KAPD toman parte en ella. Los miembros de la Unión pueden participar en luchas económicas, para no ser rompedores, pero mientras la acción es y permanece reformista, la Unión espera para obrar y hace sólo obra de propa-

ganda".;Dicho de otro modo : o la ofensiva revolucionaria, o nada !

Pero si el rechazo del Partido como órgano real de la revolución salta a la vista con absoluta evidencia en el caso del KAPD, ni siquiera se puede decir que el grupo Espartaco, por más glorioso que haya sido su combate contra el reformismo y el socialpatriotismo, haya planteado alguna vez la cuestión del Partido en sus términos reales, y Lenin tuvo la ocasión de lamentarlo durante la primera guerra mundial. Esta reticencia de los espartaquistas en aceptar el papel dirigente (aunque no exclusivo ni decisivo de por sí) del Partido en la revolución proletaria es visible, no tanto en la demasiado notoria - y explotada por los traidores - polémica Luxemburgo-Lenin de 1904 sobre el centralismo, o en las páginas truncadas e incompletas, y de todos modos póstumas, de esa gran revolucionaria sobre la revolución rusa, como en su fatal vacilación en romper los puentes organizativos con el SPD (Partido Socialdemócrata) primero, y con el USPD (Partido de los Independientes) (1) después, a la espera de que la "base" del Partido les diera el "mandato" para esa decisión, dolorosa y dramática por cierto, en lugar de seguir inequívocamente la voz del programa histórico del marxismo revolucionario, reivindicándolo valientemente contra todos los traidores; es visible en el destino trágico de los heroicos Carlos y Rosa, que no los llevó a ser los actores del enero rojo de 1919, sino los rehenes del oportunismo reformista y centrista, cómplice objetivo de los asesinos estipendiados por la burguesía y los "junkers"; es visible, finalmente, en la declaración explícita del KPD en su congreso constitutivo, trágicamente en retardo con respecto al curso impetuoso de la historia : "el Spartakus-Bund no tomará nunca el poder gubernamental si no es por la voluntad clara e inequívoca de la gran mayoría de la masa proletaria en Alemania, si no es en virtud de su adhesión conciente a las ideas, a los fines y a los métodos de lucha de la Liga Espartaco". Aunque dictada por la

justa preocupación de excluir la fácil solución de un "putchismo" inconsiderado, esa fórmula enunciaba ya, sin embargo, la negación del papel histórico del Partido como depositario de la consciencia del proletariado y como guía de su voluntad, en las atormentadas vicisitudes de la lucha anticapitalista.

Es tentador, pero vano, pensar que sin el sangriento holocausto de sus mejores militantes en el curso del invierno y de la primavera de 1919, el Partido alemán hubiera podido alcanzar, en la cuestión del Partido de clase, de su papel y de su táctica (tales como aparecerán en los textos que publicamos aquí), una claridad que los acontecimientos no le habían permitido hacer en su seno y alrededor, y cuya ausencia pesó fatalmente como una bola de plomo en los pies de los proletarios bávaros y húngaros en ese glorioso pero desafortunado 1919. Lo que es seguro es que el Partido Comunista de Alemania, al reconstituirse sin una plataforma teórica sólida, no sólo demostró en los años sucesivos que no era capaz de resistir a las desviaciones de elementos y de corrientes heterogéneas dentro de su propio seno (los Levi, los Brandler), ni de segregar de su seno una Izquierda armada de una visión general y continua del proceso revolucionario (basta con pensar en los espantosos zig-zags y en el hundimiento final de la supuesta corriente de izquierda Fischer-Maslow-Korsch), sino también que no era tampoco capaz de volverse el perno internacional de un frente homogéneo de resistencia a la degeneración de la Internacional Comunista. La confluencia de estos dos factores históricos -la inmadurez ideológica del Partido alemán (que fue por otra parte "unificado" con demasiada prisa con los restos del USPD), y la incipiente desviación de la Internacional respecto a la vía maestra de sus años gloriosos- marcará el destino del movimiento proletario, no sólo en Alemania, sino en el mundo, en 1921 y 1923. No es que la victoria, en caso contrario, hubiera sido asegurada; pero entonces, en caso de derrota -si tal debía ser el epílogo (como lo fue) de esos años que parecían sin embargo susceptibles de ser decisivos-, esa derrota no se hubiera acompañado de la capitulación teórica y práctica frente al enemigo. El movimiento proletario hubiera podido entonces extraer la fuerza, por haber podido sacar las lecciones,

(1) Partido centrista creado en abril de 1917 alrededor de Kautsky.

de reemprender el camino sobre una vía jamás abandonada, en lugar de tener que volverla a encontrar penosamente en la oscuridad y en la tormenta de una disgregación total.

Que las futuras generaciones de proletarios - a diferencia de aquéllas cuyas heroicas tentativas de revuelta y de emancipación fracasaron entonces bajo los golpes de fuerzas históricas demasiado potentes para ser contrabarridas y barridas dentro de los límites de una sola nación-oportunista, la del stalinismo, con una visión clara y rectilínea del camino a recorrer, que está indicada en las páginas siguientes no como una receta infalible de la victoria, sino como una advertencia contra las insidias que siempre amenazan en su dura batalla a la clase que no tiene nada que perder en la revolución más que sus cadenas.

TESIS SOBRE EL PAPEL DEL PARTIDO COMUNISTA EN LA REVOLUCION PROLETARIA

LAS TESIS VISTAS POR NOSOTROS, ENTONCES Y HOY

Las tesis presentadas por Zinoviev tenían el principal objetivo de distinguir la posición de los comunistas marxistas de la de los revisionistas de derecha (reformistas, socialdemócratas, laboristas), y de la de los revisionistas de izquierda (sindicalistas revolucionarios, anarquistas); y en este sentido siguen siendo históricamente fundamentales, tanto más hoy en día en que el más vasto oportunismo pequeño-burgués ha inundado todo.

La primera tesis, para establecer que el partido político revolucionario no puede identificarse con la totalidad de la clase trabajadora, usa la famosa fórmula

De "Il Programma Comunista", nº 19 de 1965.

la, que nosotros muchas veces indicamos como no perfecta, que afirma que el partido es una parte o fracción de la clase obrera. La fórmula así reducida se presta al equívoco de considerar de igual peso a los obreros miembros del partido y a los otros : era un peligro, pero no era ciertamente el pensamiento de Zinoviev, ni el del Congreso.

La segunda tesis aclara que antes de la conquista del poder el partido no puede organizar en sus filas más que a una minoría de la clase obrera. Para que todos los obreros puedan haber entrado en el partido, se necesitará que la revolución victoriosa haya destruido las gangrenas burguesas : prensa, escuela, parlamento, iglesia, administración estatal.

La tercera tesis precisa las nociones de partido y clase, mostrando que no deben ser confundidas jamás. Era una idea menchevique la de que el partido debiese siempre adaptarse a la tendencia dominante entre los trabajadores, y, por ejemplo, no levantar la cuestión política contra el zar, sino sólo la económica contra los industriales. La fórmula es altamente satisfactoria: la tarea del partido proletario es la de reaccionar contra la mentalidad obrera general, y defender contra viento y marea los intereses históricos del proletariado. Es una posición más que clara, aun si nosotros hubiésemos esperado que se dijese que sólo con el nacer del partido revolucionario se puede decir que el proletariado existe históricamente como clase. El Partido es el órgano de clase del proletariado.

La cuarta tesis está dirigida contra el error de los anarquizantes que después de la bancarrota de la IIa Internacional pretendían que la forma partido hubiese sufrido una bancarrota histórica. Habían quebrado los partidos traidores socialnacionales, pero se iba forjando el partido revolucionario de la dictadura.

La quinta tesis afirma netamente que la revolución proletaria es imposible sin la forma partido. Se afirma el principio de la centralización, propio del órgano partido, haciendo la crítica del sindicalismo indus-

trial, fragmentado en pequeños organismos locales y de categoría. Se recuerda la idea menchevique de un congreso obrero situado por encima del partido ("obreristas amarillos"). De la misma manera se critica la vacía fórmula del KAPD alemán, que pretendía no ser un partido en el corriente sentido de la palabra; y la posición es definida como resueltamente reaccionaria. A propósito de las debilidades sindicalistas, se afirma que no basta la huelga general como acto pasivo, y que hace falta la insurrección armada cuyo órgano es político, centralizado y disciplinado. Los mismos sindicalistas revolucionarios hablan de una minoría decidida : ésta no puede ser más que el partido.

La sexta tesis establece que la tarea del partido es un trabajo sistemático en organismos con base más amplia, como lo son los sindicatos y otras formas aun contingentes como los comités de defensa de Rusia en aquel tiempo. Se entiende que tal trabajo es preparado en el seno del partido y no subordina jamás la organización partidaria a las jerarquías de organizaciones extrañas.

La séptima tesis trata del método fundamental de rechazar el boicot de las organizaciones amarillas (dirigidas por reformistas y, como el texto lo admite, aun cristianas). No es una cuestión de pura terminología, pero bueno es recordar que para los socialistas italianos eran amarillas las Cámaras del Trabajo republicanas de la Romaña, y blancas las organizaciones católicas en las cuales no se entraba, pero se buscaba de arrebatarnos sus adherentes en cuanto proletarios para conducirlos a las organizaciones rojas. El sentido de esta tesis, a su vez esclarecido en las tesis sindicales, es que, frente a los sindicatos dirigidos por socialistas de derecha, no se predica la salida de los obreros, sino que se lucha en su interior para conquistarlos.

La octava tesis es notable por la condena de la famosa fórmula ternaria de la equipolencia entre partido-sindicato-cooperativa, que hizo estragos en la vieja Internacional y aun en Italia antes y después de la guerra bajo formas varias (pacto paritario entre parti-

do y confederaciones, y propuestas análogas). Para Zinoviev, la terna es, por neto orden de preferencia : partido-soviet-sindicato. Si el soviet es la nueva forma histórica para el Estado de transición, no suplanta empero al partido ni le quita la tarea dirigente. También es notable la condena de otra fórmula del KAPD, que declara que el partido debe adaptarse a la idea soviética y asumir carácter proletario. Errada y reaccionaria es la idea que el partido debe disolverse en los soviets para ser substituido por ellos. Como Lenin siempre lo afirmó, existe la posibilidad histórica de que los soviets caigan bajo la influencia de la burguesía y de los oportunistas : en tal caso el partido tenderá al poder contra ellos.

La novena tesis recalca que el partido tiene funciones notables después de la conquista del poder.

La tesis décima enumera tales funciones de lucha no sólo contra los burgueses sino también contra los socialistas (supresión de tales partidos y de todos aquellos que se opongan al partido comunista). El partido organiza el ejército rojo, lucha contra toda tendencia corporativa que rompe la unidad proletaria, contra el patriotismo regional y la patriotería lugareña que acechan la unidad del estado dictatorial.

De acuerdo con la undécima tesis, el partido no desaparecerá más que cuando hayan desaparecido las clases (sociedad comunista integral). Sólo cuando el comunismo no será ya más un objetivo y toda la clase obrera se haya vuelto comunista, el partido podrá disolverse en el seno de la clase obrera. Más precisa es la fórmula de Marx que habla de la humanidad, puesto que el proletariado, con el completo desarrollo de la sociedad comunista, desaparece como clase junto a todas las otras. El partido tendrá una función hasta tanto no hayan sido extirpadas todas las tradiciones morbosas de la sociedad clasista.

La tesis decimotercera recalca el concepto de centralización, disciplina de hierro y de tipo militar en la guerra civil.

La tesis decimocuarta define así el centralismo democrático : elección de los comités secundarios por parte de los primarios - subordinación obligatoria de cada comité al comité superior - centro con plenos poderes, no contestables entre congreso y congreso. No temos sólo que, en la concepción de la Izquierda Comunista italiana del centralismo orgánico, los mismos congresos no deben juzgar la obra del centro y la elección de los hombres, sino decidir sobre las cuestiones de orientación en coherencia con la invariante doctrina histórica del partido mundial. De todas maneras, el esquema de la tesis no tiene nada que ver con la democracia electoral.

La tesis decimoquinta preve la suspensión de las garantías democráticas internas en los períodos de lucha ilegal.

La tesis decimosexta graba vigorosamente el concepto esencial que toda autonomía no es más que una concesión al anarquismo pequeño-burgués.

La tesis decimoséptima establece la integración entre acción legal e ilegal, y el control del centro del partido - aun si su estructura es ilegal - sobre el eventual grupo parlamentario.

La tesis decimoctava exige que la red de los grupos comunistas en los sindicatos y otros organismos debe estar en todas partes subordinada al partido comunista. La Izquierda combatirá con razón la organización por células que, conforme a la bolchevización de los años sucesivos, pretendían ser no un órgano articulado, sino la base misma del partido.

La tesis decimonovena prescribe que el partido debe existir tanto en la ciudad como en el campo, según la tradición del movimiento italiano fuertemente apoyado sobre el glorioso proletariado rural, hermano no menor del proletariado industrial.

Otra tesis defendida en los años siguientes por la

Izquierda, siempre fiel a los orígenes de la IIIa Internacional, es que en cada país debe existir un partido y uno sólo, lo que excluye la equívoca fórmula de partido simpatizante. El final de la tesis, cuando establece que deben existir núcleos comunistas en todas las organizaciones apolíticas, excluye, como siempre lo quiso la Izquierda, que se tolere la práctica del entrismo en otros partidos. Las tesis concluyen reivindicando la ligazón con las masas, sostenida siempre por la Izquierda, y descartando tanto el sectarismo como la falta de principios.

TESIS SOBRE LA FUNCION DEL PARTIDO COMUNISTA

EN LA REVOLUCION PROLETARIA

(Resolución del IIº Congreso de
la Internacional Comunista, 1920)

El proletariado mundial está en vísperas de luchas decisivas. La época en que vivimos es una época de guerras civiles directas. La hora decisiva se acerca. En casi todos los países en donde existe un importante movimiento obrero, la clase trabajadora tendrá que conducir en el próximo futuro una serie de luchas encarnizadas, empuñando las armas. En este momento más que nunca, la clase obrera necesita una organización sólida. Ella tiene que prepararse infatigablemente a las luchas cruciales que le esperan, sin perder una sola hora del tiempo precioso que queda.

Si durante la Comuna de París (1871) la clase obrera hubiera tenido un Partido Comunista sólidamente organizado, aunque fuere pequeño, la primera heroica insurrección del proletariado francés habría sido mucho más fuerte, y se habrían evitado mil errores y mil flaque-

zas. Las batallas que el proletariado tiene que sostener hoy, en una situación histórica completamente diferente, tendrán una influencia mucho más profunda para la suerte de la clase trabajadora que las de 1871.

En base a estas consideraciones, el IIº Congreso mundial de la Internacional Comunista llama la atención de los trabajadores revolucionarios del mundo entero sobre los siguientes puntos :

1 - El Partido Comunista es una parte [o, en la traducción francesa, fracción] de la clase obrera, y precisamente la parte más avanzada, más consciente, y, por consiguiente, más revolucionaria. El mismo se forma mediante la selección espontánea de los trabajadores más conscientes, más devotos, más lúcidos. El Partido Comunista no tiene intereses diferentes de los de la clase obrera. El Partido Comunista se distingue de la totalidad de los trabajadores porque posee una visión general del camino que la clase debe recorrer históricamente y, en todos los virajes del mismo, defiende los intereses no de grupos o de categorías parciales, sino los de toda la clase obrera. El Partido Comunista es la palanca organizadora y política con cuya ayuda la parte más avanzada de la clase obrera dirige en el recto camino a la masa del proletariado y del semiproletariado.

2 - Hasta que el proletariado no haya conquistado el poder estatal, hasta que su dominio no se haya consolidado para siempre, haciendo imposible cualquier restauración burguesa, el Partido Comunista acogerá por regla general en su organización sólo a una minoría de trabajadores. Antes de tomar el poder y en la época de transición, el Partido Comunista puede, en circunstancias favorables, ejercer una influencia ideológica y política incontrastada sobre todas las capas proletarias y semiproletarias de la población, pero no puede reunir las a todas en sus filas de manera organizada. Sólo después que la dictadura proletaria haya quitado a la burguesía los potentes medios de influencia como la prensa, la escuela, el parlamento, la iglesia, el aparato administrativo, etc., y sólo después que la derrota definitiva del régimen burgués sea una realidad eviden-

te para todos, sólo entonces todos o casi todos los trabajadores entrarán en las filas del Partido Comunista.

3 - Las nociones de partido y de clase deben ser distinguidas con el mayor cuidado. Los miembros de los sindicatos "cristianos" y liberales de Alemania, Inglaterra y otros países, pertenecen indudablemente a la clase obrera. También pertenecen sin duda a ella las asociaciones obreras más o menos considerables que siguen todavía a Scheidemann, a Gompers y a sus amigos. En ciertas condiciones históricas es muy posible que en el seno de la clase trabajadora subsistan numerosos grupos reaccionarios. La tarea del comunismo no consiste en adaptarse a estos elementos atrasados de la clase trabajadora, sino elevar a toda la clase trabajadora al nivel de su vanguardia comunista. La mezcolanza de estos dos conceptos - partido y clase - puede llevar a los más graves errores y a la peor confusión. Es evidente por ejemplo que, durante la guerra imperialista, los partidos proletarios tenían que levantarse a cualquier precio contra los prejuicios y el estado de ánimo de una parte de la clase obrera, y defender los intereses históricos del proletariado que imponían a su partido la declaración de guerra a la guerra. Asimismo, al principio de la guerra imperialista de 1914, los partidos socialtraidores de todo el mundo, que apoyaban a la burguesía de "sus" respectivos países, no dejaron de recurrir al argumento que ésa era la "voluntad" de la clase trabajadora. Ellos olvidaban que, aunque hubiera sido así, el deber del partido proletario era reaccionar contra el estado de ánimo general de los trabajadores y defender, a pesar de todo y contra todos, los intereses históricos del proletariado. Así también, a fines del siglo XIX, los mencheviques rusos de entonces (los llamados economistas) rechazaban la lucha política abierta contra el zarismo, con el pretexto que la clase trabajadora en su conjunto no estaba aún preparada a la lucha política. De la misma manera, los independientes de derecha en Alemania han justificado siempre sus medidas diciendo que "así lo querían las masas", sin comprender que el partido existe precisamente para

preceder a las masas, e indicarles el camino.

4 - La Internacional Comunista está firmemente convencida de que el fracaso de los viejos partidos "socialdemócratas" de la IIa Internacional no puede ser considerado, en ningún caso, como un fracaso del partido proletario en general. La época de la lucha directa por la dictadura proletaria suscita a escala mundial un nuevo partido del proletariado - el Partido Comunista.

5 - La Internacional Comunista repudia de la manera más categórica la opinión de que el proletariado pueda realizar su revolución sin un partido político propio y autónomo. Toda lucha de clase es una lucha política. El objeto de esta lucha, que se transforma inevitablemente en guerra civil, es la conquista del poder político. Pero el poder político no puede ser tomado, organizado y dirigido más que por este o por aquel partido político. Sólo si el proletariado está encabezado por un partido organizado y probado, que persigue objetivos claramente definidos y que posee un programa de acción preciso para el próximo porvenir, tanto en el campo de la política interior como en el campo de la política exterior, sólo entonces la conquista del poder político no será un hecho fortuito y temporáneo, sino el punto de partida de un trabajo duradero para la edificación comunista, llevada a cabo por el proletariado.

La lucha de clase misma exige igualmente la centralización de la dirección de las diferentes formas del movimiento obrero (sindicatos, cooperativas, comités de fábrica, asociaciones culturales, elecciones, etc.). Dicho centro organizador dirigente no puede ser sino un partido político. Negarse a crearlo y reforzarlo, negarse a someterse a él, equivale a rechazar la unidad de dirección de las varias patrullas de proletarios, que actúan en diferentes campos de batalla. La lucha de clase del proletariado exige por último una agitación concentrada, que ilumine las diversas etapas de la lucha desde un punto de vista unitario y llame en cada momento la atención del proletariado sobre las ta-

reas que le interesan en su conjunto; cosa que no puede realizarse sin un aparato político centralizado, es decir, sin un partido político.

La propaganda de algunos sindicalistas revolucionarios y de los adherentes a los "Trabajadores Industriales del Mundo (I.W.W.)" contra la necesidad de un partido político independiente no sirve, objetivamente, sino a colaborar con la burguesía y con los "socialdemócratas" contrarrevolucionarios. En toda su propaganda contra el Partido Comunista, que ellos querían substituir con los sindicatos o con informes uniones "generales" de trabajadores, los sindicalistas y los industrialistas tienen puntos de contacto con los oportunistas declarados.

Después del fracaso de la revolución de 1905, los mencheviques rusos apoyaron por unos años la idea de un llamado Congreso obrero que debía substituir al partido revolucionario de la clase obrera. Los "obreristas amarillos" de toda índole, en Inglaterra y en América, que en realidad llevan a cabo una política abiertamente burguesa, difunden entre los obreros la idea de la creación de informes uniones obreras o de vagas asociaciones puramente parlamentarias, pero no la de la creación de un verdadero partido político. Los sindicalistas revolucionarios y los industrialistas quieren sí combatir contra la dictadura de la burguesía, pero no saben cómo. Ellos no ven que una clase trabajadora sin partido político autónomo es como un cuerpo sin cabeza.

El sindicalismo revolucionario y el industrialismo representan sin duda un paso adelante respecto a la vieja y mohosa ideología contrarrevolucionaria de la IIa Internacional. Pero, en comparación con el marxismo revolucionario, es decir con el comunismo, el sindicalismo y el industrialismo significan un paso atrás. Las declaraciones de los comunistas "de izquierda" alemanes del "K.A.P.D." en su congreso constitutivo de abril p.p., según las cuales ellos forman un partido, pero "no un partido en el sentido corriente" (keine Partei im überlieferten Sinne) es una capitulación

ideológica frente a las opiniones reaccionarias del sindicalismo y del industrialismo.

Con la sola huelga general, con la sola táctica de los brazos cruzados, la clase trabajadora no puede alcanzar la victoria completa sobre la burguesía. El proletariado tiene que llegar a la insurrección armada. Quien ha comprendido esto, debe también comprender que la necesidad de un partido político organizado es su consecuencia indispensable, y que, para alcanzar este objetivo, no son suficientes informes organizaciones proletarias.

Los sindicatos revolucionarios hablan a menudo de la gran importancia de una minoría revolucionaria decidida. Pero esta minoría revolucionaria decidida de la clase trabajadora, esta minoría comunista que quiere actuar, que posee un programa, que se propone la organización de las masas, es precisamente el Partido Comunista.

6 - La tarea más importante de un partido verdaderamente comunista es la de mantener un estrecho contacto con las masas más extensas del proletariado. Para lograr esto, los comunistas tienen que trabajar también en organizaciones que no son de partido, pero que abarcan extensas masas proletarias. Tales son por ejemplo las organizaciones de los inválidos de guerra en varios países, los comités "Fuera las manos de Rusia" (Hands off Russia) de Inglaterra, las uniones proletarias de inquilinos, etc. Particularmente importante es el ejemplo de las llamadas conferencias de obreros y campesinos "sin partido" (bezpartiniji) de Rusia. Dichas conferencias son convocadas casi en cada ciudad, en cada barrio obrero, en cada aldea. En su elección participan las más vastas capas de trabajadores, aun atrasados, y en ellas se discuten los problemas más candentes : abastecimiento, vivienda , situación militar, instrucción, tareas políticas del día, etc. Los comunistas se esfuerzan con todos los medios de influenciar a estas "conferencias de sin partido" y lo hacen con gran éxito para el partido mismo.

Los comunistas consideran como tarea principal el trabajo sistemático de organización y educación dentro de estas organizaciones. Pero para que éste sea un trabajo fecundo, para que los enemigos del proletariado revolucionario no se apoderen de estas organizaciones de masa, los trabajadores comunistas dotados de conciencia de clase deben tener su partido comunista independiente y disciplinado, que actúa de manera organizada y que, en todas las circunstancias - y cualesquiera que sean las formas del movimiento - esté en condiciones de representar los intereses generales del comunismo.

7 - Los comunistas no rehuyen las organizaciones obreras de masa políticamente neutras, ni siquiera, en determinadas circunstancias, cuando las mismas presentan caracteres claramente reaccionarios (sindicatos amarillos, cristianos, etc.). El Partido Comunista desarrolla continuamente en ellas su obra y no se cansa de mostrar a los trabajadores que la idea del apartidismo como principio es cultivada adrede entre ellos por la burguesía y sus lacayos, con el intento de desviar al proletariado de la lucha organizada por el socialismo.

8 - La vieja subdivisión "clásica" del movimiento proletario en tres formas (partidos, sindicatos, cooperativas) ha caducado visiblemente. En Rusia la revolución proletaria ha engendrado la forma fundamental de la dictadura proletaria, los soviets. En el próximo porvenir tendremos por doquier esta subdivisión : 1) el partido - 2) el soviet -) el sindicato.

Pero el partido del proletariado, es decir, el Partido Comunista, debe dirigir sistemáticamente y sin cesar el trabajo de los soviets así como el de los sindicatos revolucionarios. La vanguardia organizada de la clase obrera, el Partido Comunista, representa igualmente los intereses tanto de la lucha económica como de la lucha política y cultural de la clase obrera en su conjunto. El Partido Comunista debe ser el alma tanto de los sindicatos como de los soviets, al igual que de las demás formas de organización proletaria.

El nacimiento de los soviets, como forma histórica fundamental de la dictadura del proletariado, no disminuye para nada la función dirigente del Partido Comunista en la revolución proletaria. Cuando los comunistas alemanes "de izquierda" (ver su Manifiesto al proletariado alemán del 14 de abril de 1920, firmado "Partido obrero comunista alemán - K.A.P.D.") declaran que "también el Partido debe adaptarse cada vez más a la idea de los soviets o asumir carácter proletario" (Kommunistische Arbeiterzeitung, n. 54) quieren decir simplemente que el Partido Comunista tendría que disolverse en los soviets, que los soviets estarían en condiciones de substituirlo.

Este concepto es radicalmente falso y reaccionario.

En la historia de la revolución rusa hubo toda una fase en que los soviets marchaban contra el partido proletario y apoyaban la política de los agentes de la burguesía. Lo mismo se observó en Alemania, y es también posible en otros países.

Para que los soviets puedan cumplir su misión histórica es necesaria la presencia de un Partido Comunista fuerte que no se "adapte" simplemente a los soviets, sino que sepa ejercer una influencia decisiva sobre su política, empujarlos a repudiar su "adaptación" a la burguesía y a la socialdemocracia blanca, y hacer del Partido Comunista, mediante las fracciones comunistas, el partido dirigente de los soviets.

Quien recomienda al Partido Comunista "adaptarse" a los soviets, quien ve en esta adaptación un refuerzo del "carácter proletario" del Partido, este hombre no comprende la importancia ni del partido, ni de los soviets. La "idea de los soviets" triunfará más rápidamente si logramos crear en cada país un partido lo más fuerte posible. También algunos socialistas "independientes", y aun de derecha, reconocen hoy, en palabras, la "idea de los soviets". Pero se puede impedir a estos elementos de deformar la idea soviética sólo poseyendo un fuerte Partido Comunista que esté en condiciones de determinar y dirigir la política de los soviets.

9 - El Partido Comunista es necesario a la clase obrera no sólo antes y durante la conquista del poder, sino también después de que el poder haya pasado a las manos de la clase obrera. La historia del Partido Comunista ruso, que desde hace tres años detiene el poder en un país inmenso, nos muestra que la función del Partido Comunista, lejos de disminuir después de la conquista del poder, ha crecido considerablemente.

10- En el momento de la conquista del poder por parte del proletariado, su partido sigue constituyendo sin embargo, como antes, sólo una parte de la clase trabajadora. Pero es justamente esa parte de la clase proletaria que ha organizado la victoria. En el curso de dos decenios como en Rusia, y por toda una serie de años, como en Alemania, el Partido Comunista, en su lucha no sólo contra la burguesía sino también contra aquellos "socialistas" que son en realidad los agentes de la burguesía entre los proletarios, ha acogido en sus filas a los militantes más enérgicos, más lúcidos, más adelantados de la clase trabajadora. Sólo la existencia de tal organización compacta de la mejor parte de la clase obrera permitirá superar todas las dificultades que el Partido Comunista deberá salvar después de su victoria. La organización de un nuevo ejército proletario - el Ejército Rojo -, la abolición efectiva del mecanismo estatal burgués y la creación de los primeros lineamientos del aparato estatal proletario, la lucha contra las tendencias corporativas de algunos grupos proletarios, la lucha contra el "localpatriotismo", la apertura de vías nuevas en la creación de una nueva disciplina del trabajo - en todos estos campos la palabra decisiva toca al Partido Comunista, cuyos miembros guían con su ejemplo viviente a las capas más extensas de la clase obrera.

11- La necesidad de un partido político del proletariado desaparece solamente con la eliminación completa de las clases. Es posible que, en la marcha hacia la victoria definitiva del comunismo, la importancia de las tres formas fundamentales de la organización proletaria contemporánea (partido, soviets, sindicatos de industria) se modifique, y que un único tipo de organi-

zación obrera se cristalice poco a poco. Pero el Partido Comunista no se disolverá completamente en la clase obrera sino cuando el comunismo deje de ser el objetivo de la lucha, cuando la clase trabajadora, toda entera, se haya vuelto comunista.

12 - El IIº Congreso de la Internacional Comunista debe no sólo afirmar la misión histórica del Partido Comunista, sino también decir al proletariado internacional, por lo menos en sus líneas esenciales, cuál es el partido que necesitamos.

13 - La Internacional Comunista piensa que sobre todo en la época de la dictadura del proletariado, el Partido Comunista debe estar construido sobre la base de una inquebrantable centralización proletaria. Para dirigir eficazmente a la clase obrera en la larga y áspera guerra civil que habrá estallado, el Partido Comunista debe establecer también en sus filas una disciplina severa, militar. La experiencia del Partido Comunista ruso, que por tres años ha guiado con éxito a la clase obrera en la guerra civil, ha mostrado que sin la disciplina más fuerte, sin una centralización completa, sin una plena confianza de camarada de todas las organizaciones del partido en el centro dirigente del partido mismo, la victoria de los trabajadores es imposible.

14 - El Partido Comunista debe basarse sobre el principio del centralismo democrático. La elegibilidad de los órganos superiores del Partido por parte de los inferiores, el carácter absolutamente obligatorio de todas las directivas de los órganos superiores para con los inferiores, y la existencia de un fuerte centro del partido, cuya autoridad, en el intervalo entre los Congresos del mismo, no puede ser contestada por nadie : éstos son los principios esenciales de la centralización democrática.

15 - Toda una serie de Partidos Comunistas en Europa y en América han sido obligados, por el estado de asedio proclamado por la burguesía contra los comunistas, a llevar una existencia ilegal. En tales circuns-

tancias es posible que el principio electivo deba sufrir algunas minoraciones, y que se esté obligado a conferir a los órganos directivos del partido el derecho a cooptar miembros nuevos, como sucedió en Rusia. En estado de asedio, el Partido Comunista no puede evidentemente recurrir al referéndum democrático entre todos sus miembros cada vez que surge una cuestión grave (como propondrían un grupo de comunistas americanos) ; él mismo, en cambio, tiene que otorgar a su centro dirigente el derecho de tomar, cuando es necesario, medidas importantes y obligatorias para todos los miembros del partido.

16 - La reivindicación de amplia "autonomía" para cada organización local del partido no puede en este momento más que debilitar las filas del Partido Comunista, minar su capacidad de acción y favorecer el desarrollo de inclinaciones anárquicas, pequeño-burguesas y centrífugas.

17 - En los países en donde el poder está todavía en manos de la burguesía y de la socialdemocracia contrarrevolucionaria, los Partidos Comunistas deben aprender a integrar sistemáticamente la acción legal con la ilegal, y precisamente el trabajo legal debe estar siempre controlado por el partido ilegal. Los grupos parlamentarios comunistas y las fracciones comunistas que actúan en las instituciones, ya sea centrales como locales, del Estado en general, tienen que estar enteramente subordinadas al partido en su conjunto, cualquiera sea la situación, legal o no, del partido en un momento particular. Quien, poseyendo un mandato cualquiera, de una u otra manera, rehusa someterse al partido, debe ser excluido. La prensa legal (diarios, ediciones varias) debe depender en todo y por todo del conjunto del partido y de su comité central. Ninguna concesión es admisible en este campo.

18 - La piedra angular de cada trabajo organizador del Partido Comunista debe ser la creación de núcleos comunistas dondequiera se encuentren proletarios y semiproletarios, aunque su número sea reducido. En cada soviét, en cada sindicato, en cada cooperativa, en cada

taller, en cada comité de inquilinos, en cada institución en que aun solamente tres personas apoyen al comunismo, debe ser organizado inmediatamente un núcleo comunista. Sólo la compacidad de la organización comunista da a la vanguardia de la clase obrera la posibilidad de arrastrar tras de sí a la clase trabajadora entera. Todos los grupos comunistas que trabajan en organizaciones apartidarias deben estar absolutamente subordinados al partido en su conjunto, cualquiera sea su acción legal o ilegal, en un momento particular. Los núcleos comunistas deben ser coordinados de manera rigurosamente jerárquica, según un sistema lo más preciso posible.

19 - El Partido Comunista nace casi por doquier como partido urbano, como partido de los trabajadores de la industria que viven preponderantemente en las ciudades. Para asegurar a la clase obrera la más fácil y rápida victoria posible, es indispensable que el Partido Comunista no sea exclusivamente un partido urbano, sino que adquiera influencia también en el campo. El mismo debe desarrollar su propaganda y su actividad organizadora entre los asalariados agrícolas y los campesinos pobres y medios. El Partido Comunista debe cuidar con esmero la organización de núcleos comunistas en las aldeas.

La organización internacional del proletariado puede ser fuerte sólo si la concepción expuesta arriba acerca de la tarea del Partido Comunista se impone en todos los países en donde viven y luchan comunistas. La Internacional Comunista invita a todos los sindicatos que aceptan los principios de la IIIa Internacional a romper con la Internacional amarilla. La Internacional organizará una sección internacional de aquellos sindicatos rojos que se ponen en el terreno del comunismo. La Internacional Comunista no rechazará la participación de ninguna organización obrera políticamente neutra que quiera llevar a cabo una seria lucha revolucionaria contra la burguesía. Pero la Internacional Comunista no dejará, haciendo esto, de indicar a los proletarios de todo el mundo :

1) que el Partido Comunista es el instrumento esencial para la emancipación del proletariado; por consiguiente, debemos tener en cada país no más grupos o tendencias, sino un Partido Comunista;

2) que en cada país debe haber un solo Partido Comunista.

3) que un Partido Comunista debe fundarse sobre el principio de la centralización más estricta y, en la época de la guerra civil, debe instaurar en su seno una disciplina militar;

4) que dondequiera haya aun sólo diez proletarios o semiproletarios, el Partido Comunista debe contar con un núcleo organizado;

5) que en cada organización apartidaria debe existir un núcleo comunista enteramente subordinado al partido en su conjunto;

6) que mientras defiende inquebrantablemente el programa y la táctica revolucionaria del comunismo, el partido debe siempre estar en ligazón del modo más estricto con las grandes organizaciones obreras, y evitar tanto el sectarismo como la falta de principios.

En las tesis sobre la función del Partido Comunista en la Revolución proletaria, aprobadas por el IIº Congreso de la Internacional Comunista, tesis que se inspiran verdadera y profundamente en la doctrina marxista, se asume como punto de partida la definición de las relaciones entre partido y clase, y se establece que el partido de clase no puede comprender en sus propias filas más que a una parte de la clase misma - jamás su totalidad, ni quizás aún su mayoría.

Esta verdad evidente hubiera sido mejor puesta de relieve si se hubiera precisado que no se debería ni siquiera hablar de clase cuando no existe una minoría de esta clase tendiente a organizarse en partido político.

¿Qué es, en efecto, según nuestro método crítico, una clase social? ¿La individualizamos nosotros acaso en una constatación puramente objetiva, exterior, de la analogía de condiciones económicas y sociales de un gran número de individuos, y de las posiciones que ellos ocupan en el proceso productivo? Ello sería demasiado poco. Nuestro método no se para a describir el conjunto social tal cual es en un momento dado, a trazar en abstracto una línea que divida en dos partes los individuos que lo componen como en las clasificaciones escolásticas de los naturalistas. La crítica marxista ve la sociedad humana en movimiento, en su desarrollo en el curso del tiempo, con un criterio esencialmente histórico y dialéctico, es decir, estudiando el enca-

De "Rassegna Comunista", año I, nº 2 del 15 de abril de 1921.

denamiento de los sucesos en sus relaciones de influencia recíproca.

En lugar de sacar - como en el viejo método metafísico - una instantánea de la sociedad en un momento dado, y luego trabajar sobre ella para reconocer así las diversas categorías en las cuales los individuos que la componen deben ser clasificados, el método dialéctico ve la historia como un film que desarrolla sus cuadros los unos después de los otros; y es en los caracteres sobresalientes del movimiento de los mismos que se debe buscar y reconocer a la clase.

En el primer caso caeríamos en las mil objeciones de los estadísticos puros, de los demógrafos - gente corta de vista por excelencia - que reexaminarían las divisiones haciendo observar que no hay dos clases, o tres, o cuatro, sino que pueden existir diez o cien o mil, separadas por graduaciones sucesivas y zonas intermedias indefinibles. En el segundo caso tenemos elementos bien diferentes para reconocer este protagonista de la tragedia histórica que es la clase, para fijar sus caracteres, su acción, sus finalidades, que se concretizan en manifestaciones de evidente uniformidad, en medio de la mutabilidad de un cúmulo de hechos que el pobre fotógrafo de la estadística registraba en una fría serie de datos sin vida.

Para decir que una clase existe y actúa en un momento de la historia, no nos bastará pues saber cuántos eran, por ejemplo, los mercaderes de París bajo Luis XVI o los landlords ingleses en el siglo XVIII, o los trabajadores de la industria manufacturera belga en los albores del siglo XIX. Tendremos que someter un período histórico entero a nuestra investigación lógica, encontrar en él un movimiento social, y por lo tanto político, el cual - a pesar de los altos y bajos, de los errores y éxitos a través de los cuales busca su vía - adhiere en forma evidente al sistema de intereses de una fracción de los hombres ubicada en ciertas condiciones por el modo de producción y por su evolución.

Así, Federico Engels, en uno de los primeros de sus clásicos ensayos de este método, sacaba de la historia de las clases trabajadoras inglesas la explicación de una serie de movimientos políticos y demostraba la existencia de una lucha de clase.

Este concepto dialéctico de la clase nos pone por encima de las pálidas objeciones del estadístico. El perderá el derecho de ver las clases opuestas como si estuviesen netamente divididas sobre la escena de la historia a la manera de las masas corales sobre las tablas de un escenario; él no podrá deducir nada contra nuestras conclusiones del hecho que en la zona de contacto acampan capas indefinibles, a través de las cuales tiene lugar un intercambio osmótico de individuos aislados, sin que por ello la fisonomía histórica de las clases en presencia sea alterada.

* *

El concepto de clase no debe pues suscitar en nosotros una imagen estática, sino una imagen dinámica. Cuando distinguimos una tendencia social, un movimiento hacia determinadas finalidades, entonces podemos reconocer la existencia de una clase en el verdadero sentido de la palabra. Pero entonces existe, de manera substancial si no aún de manera formal, el partido de clase

Un partido vive cuando viven una doctrina y un método de acción. Un partido es una escuela de pensamiento político y, por consiguiente, una organización de lucha. El primero es un hecho de conciencia, el segundo es un hecho de voluntad, más precisamente, de tendencia a una finalidad.

Sin estos dos caracteres nosotros no poseemos aún la definición de una clase. El frío registrador de datos puede, repitámoslo, constatar afinidades en las condiciones de vida de agrupamientos más o menos grandes, pero sin aquéllos dos ninguna huella se graba en el devenir de la historia.

Y esos dos caracteres sólo pueden encontrarse condensados, concretados en el partido de clase. Así como la clase se forma con el perfeccionamiento de determinadas condiciones y relaciones surgidas de la afirmación de nuevos sistemas de producción - como por ejemplo con la aparición de grandes establecimientos que utilizan una fuerza motriz, y que reclutan y forman una mano de obra numerosa -, la influencia de los intereses de tal colectividad comienza a concretarse gradualmente en una conciencia más precisa, que comienza a delinearse en pequeños grupos de la misma. Cuando la masa es empujada a la acción, son sólo estos primeros grupos, que poseen la previsión de un objetivo final, los que sostienen y dirigen al resto.

Este proceso debe ser concebido, cuando uno se refiere a la clase proletaria moderna, como concerniendo, no a una categoría profesional, sino a todo el conjunto de la clase, y entonces se ve cómo una conciencia más precisa de una identidad de intereses hace poco a poco su aparición, pero también que esta conciencia es el resultado de un complejo de experiencias y de nociones tal, que sólo puede encontrarse en grupos limitados que comprenden elementos seleccionados de todas las categorías. Y que la visión de una acción colectiva, que tienda a objetivos generales que interesan a toda la clase, y que se concentran en el propósito de cambiar todo el régimen social, sólo puede estar clara en una minoría avanzada.

Estos grupos, estas minorías, no son otra cosa que el partido. Cuando la formación del mismo ha alcanzado un cierto estadio - aunque sea seguro que ésta no avanzará jamás sin detenciones, crisis, conflictos internos - entonces podemos decir que tenemos una clase en acción. Bien que no comprende más que una parte de la clase, es sólo el partido quien le da la unidad de acción y de movimiento, porque agrupa aquellos elementos que, superando los límites de categoría y de localidad, sienten y representan a la clase.

Esto vuelve más claro el sentido de la verdad fundamental : el partido es sólo una parte de la clase.

Quien, mirando la imagen fija y abstracta de la sociedad distinguiese allí una zona, la clase, y en ella un pequeño núcleo, el partido, caería fácilmente en la consideración que toda la parte de la clase, casi siempre la mayoría, que queda fuera del partido, podría tener un peso mayor, un mayor derecho. Pero por poco que se piensa que en esa gran masa restante los individuos no tienen todavía conciencia y voluntad de clase, que viven para su propio egoísmo, o para la categoría, o para la patria chica, o para la nación, se verá que para asegurar en el movimiento histórico la acción de conjunto de la clase, es necesario un organismo que la anime, la cimente, la preceda, la encuadre - ésta es la palabra - y se verá que el partido es en realidad el núcleo vital, sin el cual no habría más ninguna razón para considerar la masa restante como un haz de fuerzas.

La clase presupone el partido, porque para existir y moverse en la historia la clase debe tener una doctrina crítica de la historia y un objetivo final que alcanzar en ésta.

* *

La verdadera y la única concepción revolucionaria de la acción de clase consiste en la delegación de la dirección de la misma al partido. El análisis doctrinal, y un cúmulo de experiencias históricas, nos permiten reducir fácilmente a las ideologías pequeño-burguesas y antirrevolucionarias toda tendencia a negar e impugnar la necesidad y la preeminencia de la función del partido

Si la impugnación está fundada sobre un punto de vista democrático, se la debe someter a la misma crítica que el marxismo utiliza para desbaratar los teoremas favoritos del liberalismo burgués.

Bastará para ello recordar que, si la conciencia de los hombres es el resultado y no la causa de las características del medio en el cual están obligados a vivir y actuar, la regla no será jamás que el explotado,

el hambriento, el desnutrido, pueda convencerse que debe derribar y substituir al explotador bien nutrido y provisto de todos los recursos y poderes. Esto no puede ser más que la excepción. La democracia electiva burguesa corre al encuentro de la consulta de las masas, porque sabe que la mayoría responderá siempre a favor de la clase privilegiada y le delegará voluntariamente el derecho de gobernar y de perpetuar la explotación.

Lo que modificará las relaciones no es el hecho de introducir o de extraer del cómputo a la pequeña minoría de los electores burgueses. La burguesía gobierna con la mayoría, que es tal no sólo respecto a todos los ciudadanos, sino también en medio de los trabajadores solos.

Por lo tanto, si el partido hiciese de toda la masa proletaria el juez de las acciones e iniciativas que le imcuben a él solo, él se sometería a un veredicto casi ciertamente favorable a la burguesía, y de todos modos siempre menos esclarecido, menos avanzado, menos revolucionario, y sobre todo menos dictado por una conciencia del interés verdaderamente colectivo de los trabajadores, del resultado final de la lucha revolucionaria, que el que sale exclusivamente de las filas del partido organizado.

El concepto del derecho del proletariado a disponer de su acción de clase no es más que una abstracción que no tiene ningún sentido marxista, que disimula el deseo de llevar el partido revolucionario a abrirse a capas menos maduras, pues a medida que esto sucede, las decisiones que surgen de ello se acercan cada vez más a las concepciones burguesas y conservadoras.

Si buscásemos las confirmaciones de esta verdad, no sólo en la investigación teórica, sino también en las experiencias que la historia nos ha dado, la cosecha sería riquísima. Recordemos que es un lugar común típicamente burgués el oponer el "buen sentido" de la masa a las "fechorías" de una "minoría de instigadores", el ostentar las mejores disposiciones hacia los trabajadores junto al odio más rabioso contra el partido, que es su único medio para golpear los intereses de los ex-

plotadores. Y las corrientes de derecha del movimiento obrero, las escuelas socialdemócratas, cuyo contenido reaccionario ha sido demostrado por la historia, oponen continuamente la masa al partido, y querrían reconocer a la clase en consultas más amplias que el marco restringido del partido, y cuando no pueden dilatar este último por encima de todo límite preciso de doctrina y de disciplina en la acción, tratan de establecer que sus órganos preeminentes no deben ser los designados por sus militantes exclusivamente, sino aquéllos cuyos miembros son elegidos por un cuerpo más vasto para ocupar cargos parlamentarios - y de hecho los grupos parlamentarios están siempre en la extrema derecha de los partidos de los cuales emanan.

Toda la degeneración de los partidos socialdemócratas de la IIa Internacional, y el hecho que se volvían aparentemente menos revolucionarios que la masa no organizada, derivaba del hecho que perdían cada día más sus caracteres precisos de partido, justamente porque hacían obrerismo, laborismo, o sea, funcionaban no ya como vanguardias precursoras de la clase, sino como su expresión mecánica en un sistema electoral y corporativo donde se daba el mismo peso y la misma influencia a las capas de la propia clase proletaria menos conscientes y más dominadas por egoísmos. La reacción contra esta usanza, aun antes de la guerra, y particularmente en Italia, se desarrolló en el sentido de defender la disciplina interna del partido, de impedir el ingreso a él de elementos que no se situaban integralmente sobre el terreno revolucionario de nuestra doctrina, de combatir las autonomías de los grupos parlamentarios y de los órganos locales, de depurar las filas del partido de elementos espúrios. Este método es el que se ha revelado como el verdadero antídoto del reformismo, y forma el fundamento de la doctrina y de la práctica de la IIIa Internacional, la cual pone en primerísima línea la función del partido, centralizado, disciplinado, claramente orientado en los problemas de principio y de táctica, y para la cual "la bancarrota de los partidos socialdemócratas de la IIa Internacional no fue la bancarrota de los partidos proletarios en general", sino que fue, permitaseme la expresión, la bancarrota de organismos que

habían olvidado de ser partidos, porque habían cesado de serlo.

* *

Existe además otro tipo de objeciones contra el concepto comunista de la función del partido, ligado a otra forma de reacción crítica y táctica contra las degeneraciones del reformismo. Son las objeciones de la escuela sindicalista, la cual, en cambio, reconoce a la clase en los sindicatos económicos, y afirma que éstos son los órganos aptos para guiarla en la revolución.

También estas objeciones, en apariencia de izquierda, y que han tenido, luego del período clásico del sindicalismo francés, italiano y norteamericano, nuevas formulaciones por parte de tendencias que se encuentran en las márgenes de la IIIa Internacional, son reducidas fácilmente a ideologías semiburguesas, tanto por la crítica de principio como por la constatación de los resultados a los que han llevado.

Se quisiera reconocer a la clase en una organización que le es propia, que por cierto es característica e importantísima, y que está constituida por los sindicatos profesionales, de categoría, que surgen antes que el partido político, que agrupan masas mucho más vastas, y por lo tanto corresponden mejor a la totalidad de la clase trabajadora. Desde el punto de vista abstracto, un criterio semejante demuestra solamente un inconsciente respeto del mismo embuste democrático con el que cuenta la burguesía para asegurar su dominación invitando a la mayoría del pueblo a elegirse un gobierno. Desde otros puntos de vista teóricos, este método va al encuentro de las opiniones burguesas, cuando confía a los sindicatos la organización de la nueva sociedad, reivindicando los conceptos de autonomía y de descentralización de las funciones productivas que son los mismos que los de los economistas reaccionarios. Pero nuestra intención no es aquí la de desarrollar un examen crítico completo de las doctrinas sindicalistas. Basta constatar - pasando al mismo tiempo a compulsar los

resultados de la experiencia - que los elementos de extrema derecha del movimiento proletario siempre han hecho suyo el mismo punto de vista de poner en primer lugar la representación sindical de la clase obrera, sabiendo muy bien que así apagaban y atenuaban los caracteres del movimiento por las simples razones que hemos señalado. La propia burguesía tiene hoy en día una simpatía y una tendencia, en absoluto ilógica, por las manifestaciones sindicales de la clase obrera, en el sentido que - en su fracción más inteligente - ella iría con gusto al encuentro de reformas de su aparato estatal y representativo que diesen un gran lugar a los sindicatos "apolíticos", y aun a sus mismas solicitudes de ejercer un control sobre el sistema productivo. La burguesía siente que, mientras se pueda mantener al proletariado sobre el terreno de las exigencias inmediatas y económicas que lo conciernen categoría por categoría, se hace obra conservadora, al evitar la formación de aquella peligrosa conciencia "política" que es la única revolucionaria, porque pone la mira en el punto vulnerable del adversario : la posesión del poder.

Pero tanto a los viejos como a los nuevos sindicalistas no se les escapó el hecho de que el grueso de los sindicatos estaba dominado por elementos de derecha, que la dictadura de los dirigentes pequeño-burgueses sobre las masas estaba fundada, aun más que sobre el mecanismo electoral de los seudopartidos socialdemócratas, en la burocracia que encuadraba a los sindicatos. Y entonces los sindicalistas, y con ellos muchísimos elementos movidos solamente por un espíritu de reacción a los hábitos reformistas, se dieron al estudio de nuevos tipos de organización sindical, y constituyeron nuevos sindicatos independientes de las organizaciones tradicionales. Así como tal expediente era teóricamente falso, porque no superaba el criterio fundamental de la organización económica (es decir, el admitir necesariamente a todos aquellos que se encuentran en condiciones dadas debido a su participación en la producción, sin pedirles convicciones políticas específicas ni compromisos particulares para llevar a cabo acciones que podrían exigir incluso el propio sacrificio), y porque yendo tras el "productor", no lograba superar los límites de catego-

ría, mientras que sólo el partido de clase, que considera al "proletario" en la vasta gama de sus condiciones y de sus actividades, logra despertar el espíritu revolucionario de la clase - del mismo modo ese expediente sindicalista se reveló en los hechos insuficiente para alcanzar su objetivo.

Sin embargo, aun hoy en día no se cesa de buscar una receta similar. Una interpretación completamente errónea del determinismo marxista, un concepto limitado de la parte que tienen los hechos de conciencia y de voluntad, bajo la influencia originaria de los factores económicos, en la formación de las fuerzas revolucionarias, conduce mucha gente a perseguir un sistema "mecánico" de organización, que al encuadrar la masa - diría casi automáticamente - según ciertas relaciones dadas por la situación de los individuos que la componen respecto a la producción, se ilusiona con encontrarla sin más pronta a ponerse en marcha para la revolución, y con la máxima eficacia revolucionaria. Reaparece así la solución ilusoria que consiste en contar con una fórmula organizativa para ligar la satisfacción cotidiana de los estímulos económicos al resultado final del derrocamiento del sistema social, para resolver el viejo problema de la antítesis entre las conquistas limitadas y graduales y la realización suprema del programa revolucionario. Pero - como lo dijo con razón en una de sus resoluciones la mayoría del partido comunista alemán, cuando estas cuestiones eran particularmente candentes en Alemania (y determinaron la secesión del Partido Comunista del Trabajo) - la revolución no es una cuestión de forma de organización.

La revolución exige una organización de fuerzas activas y positivas, ligadas por una doctrina y por una finalidad. Capas importantes e innumerables individuos que pertenecen materialmente a la clase en cuyo interés triunfará la revolución, están fuera de esta organización. Pero la clase vive, lucha, avanza y vence, merced a la obra de aquellas fuerzas que ella ha hecho emerger

de su seno en las vicisitudes de la historia. La clase parte de una homogeneidad inmediata de condiciones económicas que constituye el primer motor de la tendencia a superar, a quebrantar el sistema actual de producción; pero para asumir esta tarea grandiosa ella debe tener un pensamiento propio, un método crítico propio, y una voluntad propia que apunte a realizar los objetivos que la investigación y la crítica han señalado, una organización de combate propia que canalice y utilice con el mejor rendimiento sus esfuerzos y sus sacrificios. Todo esto es el partido.

PARTIDO Y ACCION DE CLASE

En un artículo precedente (1), al exponer conceptos fundamentales, mostrábamos no sólo que no existe ninguna contradicción en el hecho de que el partido político de la clase obrera, órgano indispensable de su lucha de emancipación, comprenda en sus filas sólo a una parte, una minoría de la clase, sino también que no se puede hablar de una clase dotada de movimiento histórico mientras no exista el partido que tenga una conciencia precisa de ese movimiento y de sus finalidades, y que se ponga, en la acción, a la vanguardia de ese movimiento.

Artículo publicado en "Rassegna Comunista", año I, nº4 del 31 de mayo de 1921.

(1) Partido y Clase.

Un examen más detallado de las tareas históricas de la clase trabajadora en su camino revolucionario, tanto antes como después del derrocamiento del poder de los explotadores, no hace más que confirmar la necesidad ineluctable del partido político, que debe dirigir toda la lucha de la clase trabajadora.

Para dar una idea precisa, y diremos casi tangible, de la necesidad "técnica" del partido, quizá convendría considerar primero, aun si la exposición revistiese un aspecto ilógico, el trabajo que el proletariado debe cumplir después de su llegada al poder, después de haber arrancado a la burguesía la dirección de la máquina social.

Las complicadas funciones que el proletariado deberá asumir después de haber conquistado la dirección del Estado - cuando deberá no sólo substituir a la burguesía en la dirección y en la administración de la cosa pública, sino también construir una máquina nueva y diferente de administración y de gobierno, con objetivos mucho más complejos que los que hoy constituyen el objeto del arte gubernamental - exigirán una regimentación de individuos competentes en cumplir las diversas funciones, en estudiar los diversos problemas, en aplicar a los diversos sectores de la vida colectiva los criterios que derivan de los principios revolucionarios generales, y que corresponden a la necesidad que impulsa a la clase proletaria a romper los vínculos del viejo régimen para construir nuevas relaciones sociales.

Sería un error fundamental el creer que tal suma de competencias y de especializaciones pudiese surgir de un simple encuadramiento profesional de los trabajadores según sus funciones tradicionales en el viejo régimen. En efecto, no se tratará de eliminar, empresa por empresa, la contribución de la competencia técnica aportada antes por el capitalista o por los elementos estrechamente ligados a él, utilizando para ello la preparación profesional de los mejores obreros, sino de poder proveer actividades de naturaleza mucho más sintética, que exigen una preparación política, adminis-

trativa, militar, preparación que puede surgir, con la garantía de ser la que corresponde exactamente a las tareas históricas precisas de la revolución proletaria, sólo en un organismo que, como el partido político, posea, por una parte, una visión histórica general del proceso de la revolución y de sus exigencias y, por la otra, una severa disciplina organizativa que asegure la subordinación de todas las funciones particulares a la finalidad general de clase.

Un partido es un conjunto de personas que tienen las mismas concepciones generales del desarrollo de la historia, que tienen una noción precisa de las finalidades de la clase que representan, y que tienen preparado un sistema de soluciones de los diferentes problemas que el proletariado enfrentará cuando devenga la clase gobernante. Por ello, el gobierno de clase sólo podrá ser gobierno de partido. Limitándonos a señalar estas consideraciones que un estudio aun superficial de la revolución rusa pone muy en evidencia, pasamos a considerar el aspecto anterior del asunto, es decir, a la demostración que aun la acción revolucionaria de clase contra el poder burgués sólo puede ser una acción de partido.

Ante todo, es evidente que el proletariado no estaría maduro para afrontar los difícilísimos problemas del período de su dictadura, si el órgano indispensable para resolverlos, el partido, no hubiese comenzado desde mucho antes a constituir el cuerpo de sus doctrinas y de sus experiencias.

Pero aun para las necesidades directas de la lucha que debe culminar en el derrocamiento revolucionario de la burguesía, el partido es el órgano indispensable de toda la acción de la clase; más aun, no se puede hablar lógicamente de verdadera acción de clase (esto es, que sobrepase los límites de los intereses de categorías o de los problemuchos contingentes) mientras no se esté en presencia de una acción de partido.

* *

En sus líneas generales, la tarea del partido proletario en el proceso histórico se presenta así .

Las relaciones de la economía y de la vida social capitalista se vuelven a cada momento intolerables a los proletarios, empujando a estos últimos a tratar de superarlas. A través de complejas vicisitudes, los que son víctimas de estas relaciones llegan a constatar las insuficiencias de los recursos individuales en esta lucha instintiva contra las condiciones de malestar y de privación comunes a un gran número de individuos, y son empujados a experimentar las formas de acción colectiva para aumentar, por medio de la asociación, el peso de su propia influencia sobre la situación social que les es impuesta. Pero la sucesión de estas experiencias, en el curso del desarrollo de la actual forma social capitalista, conduce a constatar que los trabajadores no conseguirán una influencia real sobre su propio destino sino cuando hayan extendido el tejido de la asociación de sus esfuerzos más allá de todos los límites de agrupamientos locales, nacionales, profesionales, y cuando los hayan orientado hacia un objetivo vasto e integral que se concrete en el derrocamiento del poder político burgués - por cuanto, mientras las actuales estructuras políticas se mantengan en pie, su función será la de anular todos los esfuerzos de la clase proletaria para substraerse a la explotación.

Los primeros grupos de proletarios que alcanzan esta conciencia son los que intervienen en los movimientos de sus compañeros de clase y, a través de la crítica de sus esfuerzos, de los resultados obtenidos, de los errores y de las desilusiones, atraen un número creciente de ellos sobre el terreno de aquella lucha general y por el objetivo final que es una lucha por el poder, una lucha política, una lucha revolucionaria.

Así aumenta primero el número de los trabajadores convencidos que sólo con la lucha final revolucionaria será resuelto el problema de sus condiciones de vida y, al mismo tiempo, se refuerzan las filas de los que están dispuestos a afrontar las privaciones y los sacrificios inevitables de la lucha, poniéndose a la cabeza

de las masas empujadas a rebelarse por sus sufrimientos, para utilizar racionalmente sus esfuerzos y asegurarles la eficacia.

La tarea indispensable del partido se ejerce pues de dos maneras : como hecho de conciencia primero, y luego como hecho de voluntad. La primera se traduce en una concepción teórica del proceso revolucionario, que debe ser común a todos los adherentes; la segunda, en la aceptación de una disciplina precisa que asegure la coordinación y, por lo tanto, el éxito de la acción.

Naturalmente, este proceso de perfeccionamiento de las energías de clase no se ha desarrollado jamás, ni puede desarrollarse, de manera perfectamente progresiva y continua. Conoce interrupciones, retrocesos, descompartamientos, y los partidos proletarios pierden muchas veces los caracteres esenciales que se habían ido formando poco a poco, y se vuelven ineptos para realizar sus tareas históricas. En general, la influencia misma de fenómenos particulares del mundo capitalista hace a menudo que se les escape de las manos a los partidos su función principal, que es la de concentrar y canalizar hacia el objetivo final y único de la revolución los impulsos que surgen del movimiento de los diversos grupos; aquellos partidos se reducen entonces a defender soluciones y satisfacciones más inmediatas de los mismos, degenerando así en la doctrina y en la práctica, al admitir que el proletariado pueda encontrar condiciones de útil equilibrio en el marco del régimen capitalista, al consagrarse en su política a objetivos parciales y contingentes, encaminándose sobre la pendiente de la colaboración.

A estos fenómenos de degeneración que han culminado en la gran guerra mundial, les ha sucedido un período de sana reacción; los partidos de clase inspirados en las directivas revolucionarias - los únicos que verdaderamente son partidos de clase - se han reconstituido por todas partes y se organizan en la Tercera Internacional, cuya doctrina y cuya acción son explícitamente revolucionarias y "maximalistas".

Por esto, y en una fase en que todo hace suponer decisiva, se reanuda en torno de los partidos comunistas el movimiento de la unificación revolucionaria de las masas, del encuadramiento de sus fuerzas para la acción revolucionaria final. Pero, una vez más, el proceso no puede ser reducido a la inmediata simplicidad de una regla; el mismo presenta difíciles problemas de táctica, no excluye fracasos parciales aun graves, y suscita cuestiones que apasionan grandemente a los militantes de la organización revolucionaria mundial.

* *

Sistematizada en los marcos de su doctrina, la nueva Internacional debe trazar todavía un plan general de sus métodos tácticos. En el movimiento comunista de los diversos países surgen una serie de interrogantes; se inscriben las cuestiones tácticas en el orden del día. Una vez establecido que el partido político es el órgano revolucionario indispensable, una vez puesto fuera de discusión con las resoluciones teóricas del segundo congreso mundial, que constituye el punto de partida del artículo precedente, que el partido sólo puede ser una fracción de la clase, se plantea el problema de saber más precisamente qué extensión debe tener la organización del partido, qué relaciones debe realizar entre sus propios efectivos y las masas que él encuadra.

Existe - o se dice que existe - una tendencia que quiere "partidos pequeños" purísimos, que casi se complacería en alejarse del contacto con las grandes masas, acusándolas de poca conciencia y capacidad revolucionarias. Se critica vivamente a esta tendencia, y se la define, no sabemos si es con más razón que con demagogia, como "oportunismo de izquierda", mientras que ese nombre convendría más bien reservarlo a las corrientes que, al negar la función del partido político, pretenden que pueda existir un vasto encuadramiento revolucionario de las masas a través de formas de organiza-

ción puramente económicas, sindicales.

Se trata pues de examinar un poco más a fondo esta cuestión de las relaciones del partido con las masas. Está bien, el partido es una fracción de la clase; pero ¿cómo establecer el valor numérico de esta fracción? Queremos decir aquí que si existe una manifestación del error voluntarista, y por lo tanto de específico "oportunismo" (ahora oportunismo quiere decir herejía) antimarxista, es la de querer fijar a priori el valor de esta relación como una regla organizativa, es la de querer establecer que el partido comunista deba tener como militantes, o como simpatizantes, a un número de trabajadores que esté por encima o por debajo de una cierta fracción de la masa proletaria.

Si el proceso de formación de los partidos comunistas, hecho de escisiones y de fusiones, se juzgase según una regla numérica, es decir, la de cortar en los partidos demasiado numerosos, y la de encolar a toda costa añadiduras a los demasiado pequeños, se cometería el más risible de los errores, sin comprender que ese proceso debe ser presidido por normas cualitativas y políticas, y que en gran parte él se elabora en el curso de las repercusiones dialécticas de la historia, siendo inasequible a una legislación organizativa que quisiese asumir demasiado la tarea de vaciar los partidos en un molde para que salgan con las dimensiones consideradas apropiadas y deseables.

Lo que puede asumirse como base indiscutible de tal discusión táctica es que es preferible que los partidos sean lo más numerosos posible, que logren arrastrar en torno suyo a los más amplios estratos de las masas. No existe ningún comunista que eleve a la altura de un principio el ser poco numerosos y estar bien encerrados en la "torre de marfil" de la pureza. Es indiscutible que la fuerza numérica del partido y el fervor del consenso proletario en torno suyo son condiciones revolucionarias favorables, son los indicios seguros de la madurez del desarrollo de las energías proletarias y, por lo tanto, no existe nadie que no desee que

los partidos comunistas progresen en ese sentido.

No existe pues una relación definida o definible entre los efectivos del partido y la gran masa de los trabajadores. Una vez establecido que el partido cumple su función como minoría, sería bizantinismo indagar si debe ser una minoría pequeña o grande. Es cierto que mientras el desarrollo de los conflictos y de los choques internos del capitalismo, base sobre la cual germinan las tendencias revolucionarias, está en su etapa inicial, mientras la revolución aparece como una perspectiva lejana, el partido de clase, el partido comunista, sólo puede estar formado por pequeños grupos de precursores que poseen una capacidad especial para entender las perspectivas de la historia, y que la parte de la masa que lo comprende y lo sigue no puede ser extensa. En vez, cuando la crisis revolucionaria amenaza y las relaciones burguesas de producción se vuelven cada vez más intolerables, las filas del partido crecen numéricamente, aumentando también su arrastre en medio del proletariado.

Si la época actual es, en la firme convicción de todos los comunistas, una época revolucionaria, se desprende de ello que en todos los países deberíamos tener partidos numerosos y con una amplia influencia sobre vastas capas del proletariado. Pero donde esto no se haya realizado todavía, a pesar que haya pruebas irrefutables de la agudeza de la crisis y de la inminencia de su precipitación, las causas de esta deficiencia son tan complejas que sería sumamente ligero concluir que, si el partido es demasiado pequeño y poco influyente, es necesario dilatarlo artificialmente agregándole otros partidos y pedazos de partidos, en cuyas filas se encuentren los elementos que están ligados a las masas. La oportunidad de aceptar en las filas del partido comunista otros elementos organizados o, por el contrario, la de excluir de los partidos pletóricos a una parte de sus miembros, no puede resultar de una valoración aritmética, de una infantil decepción estadística.

* *

Tanto dentro como fuera de Europa, la formación de los partidos comunistas se ha desarrollado - exceptuando el partido bolchevique ruso - a un ritmo aceleradísimo, porque a un ritmo aceleradísimo la guerra ha abierto de par en par las puertas a la crisis del régimen. Las masas proletarias no pueden formarse una conciencia política segura siguiendo una vía gradual, sino que son empujadas y vueltas a empujar en medio de las exigencias de la acción revolucionaria, como por las olas de un mar tormentoso. Por otro lado, sobrevive la influencia tradicional de los métodos socialdemócratas, y los propios partidos socialdemócratas permanecen en la escena para sabotear el proceso de clarificación en total beneficio de la burguesía.

En los momentos en que el problema del desenlace de la crisis alcanza el punto crítico y el problema del poder se impone a las masas, el juego de los socialdemócratas se vuelve terriblemente evidente, porque frente al dilema : dictadura proletaria o dictadura burguesa, cuando ya no se puede esquivar la elección, ellos eligen la complicidad con la burguesía. Pero cuando esta situación, aunque se vaya aproximando, no se ha concretado todavía, una parte notable de las masas sufre la vieja influencia de los socialtraidores. Por otro lado, es inevitable que, cuando las probabilidades revolucionarias dan señales de disminuir - aunque sea sólo en apariencia -, o cuando la burguesía comienza a desplegar fuerzas de resistencia inesperadas, el movimiento de los partidos comunistas pierda momentáneamente terreno en el campo de la organización como en el del encuadramiento de las masas.

En el marco general del seguro desarrollo de la Internacional revolucionaria, la inestabilidad de la situación actual podrá presentarnos estas alternativas; y si es indiscutible que la táctica comunista debe tratar de afrontar tales circunstancias desfavorables, no es menos cierto que sería absurdo esperar eliminarlas con fórmulas tácticas, así como sería excesivo dejarnos inducir a conclusiones pesimistas.

En la hipótesis abstracta del desarrollo continuo de las energías revolucionarias de la masa, el partido va aumentando continuamente sus propias fuerzas numéricas y políticas, crece cuantitativamente, permaneciendo cualitativamente igual, mientras crece la proporción de los comunistas respecto a los proletarios. En la situación real, en la cual los variados factores constantemente cambiantes del ambiente social se reflejan de manera compleja sobre las disposiciones de las masas, el partido comunista - que aunque sea el conjunto de aquellos que conocen y comprenden mejor que el resto de la masa los caracteres de aquel desarrollo, no deja de ser un efecto de ese mismo desarrollo - no puede dejar de sufrir esas alternativas, y a pesar de actuar constantemente como un factor de aceleración revolucionario, no puede, gracias a un refinamiento de método cualquiera, forzar o invertir la esencia fundamental de las situaciones.

Pero el peor de todos los remedios que puedan servir para remediar los reflejos desfavorables de las situaciones, sería el de hacer periódicamente un proceso a los principios teóricos y organizativos en los que está basado el partido, con el propósito de modificar la extensión de su zona de contacto con la masa. En las situaciones en que merma la predisposición revolucionaria de las masas, lo que algunos llaman llevar el partido hacia la masa equivale muchas veces - desnaturalizando los caracteres del partido - a despojarlo precisamente de aquellas cualidades que pueden hacerlo capaz de influenciar las masas en el sentido de hacerles reemprender el movimiento hacia adelante.

Una vez que los partidos comunistas están basados sólidamente sobre los resultados de la doctrina y de la experiencia histórica acerca de los caracteres precisos del proceso revolucionario - resultados que sólo pueden ser internacionales, y dar lugar pues a normas internacionales -, su fisonomía organizativa debe considerarse como definida, y debe admitirse que su facultad de atraer y de potenciar a las masas dependerá de su fidelidad a una estricta disciplina programática y organizativa.

Al estar dotado de una conciencia teórica, apoyada en las experiencias internacionales del movimiento, que lo vuelve capaz de afrontar las exigencias de la lucha revolucionaria, el partido comunista tiene la garantía - aun cuando las masas se alejen parcialmente de su lado en ciertas fases de su vida - de tenerlas en torno suyo cuando se planteen aquellos problemas revolucionarios que sólo admiten como solución aquella que está trazada en sus programas. Cuando las exigencias de la acción mostrarán la necesidad de un aparato dirigente centralizado y disciplinado, el partido comunista, habiendo inspirado su constitución en tales criterios, vendrá a ponerse a la cabeza de las masas en movimiento.

De todo ello, queremos sacar la conclusión de que los criterios que deben servir para juzgar la eficiencia de los partidos comunistas deben ser bien diferentes del control numérico "a posteriori" de sus fuerzas comparadas con las de los otros partidos que se reivindicaban del proletariado. Estos criterios sólo pueden consistir en la definición exacta de las bases teóricas del programa del partido, y de la rígida disciplina interna de todas sus organizaciones y de sus miembros, que asegure la utilización del trabajo de todos para el mejor éxito de la causa revolucionaria. Toda otra forma de intervención en la composición de los partidos que no proceda lógicamente de la aplicación precisa de tales normas, no conduce más que a resultados ilusorios, y despoja al partido de clase de su fuerza revolucionaria más grande, que reside justamente en la continuidad doctrinal y organizativa de toda su predicación y de su obra, en el haber sabido "decir primero" cómo se presentaría el proceso de la lucha final entre las clases, y en el haberse dado aquel tipo de organización que corresponde bien a las exigencias del período decisivo.

Por doquier, esta continuidad fue destrozada en los años de la guerra en forma irreparable, y no cabía más que recomenzar. Pero el surgimiento de la Internacional Comunista como fuerza histórica era la concreción, sobre la base de clarísimas experiencias revolu-

cionarias decisivas, de aquellas líneas sobre las cuales el movimiento proletario podía reorganizarse en todos los países. Por lo tanto, la primera condición del éxito revolucionario del proletariado mundial es el logro de una estabilización organizativa de la Internacional que comunique por doquier a las masas un sentimiento de decisión y de seguridad, que sepa ganárselas aun sabiendo esperarlas allí donde es indispensable que el desarrollo de la crisis actúe sobre ellas, allí donde es inevitable que ellas retornen todavía a ciertas experiencias siguiendo los insidiosos consejos socialdemócratas. No existen recetas mejores para escapar a tal necesidad.

El segundo congreso de la Tercera Internacional entendió estas necesidades. Al inicio de la nueva época que debía desembocar en la revolución, se trataba de fijar los puntos de partida de un trabajo internacional de organización y de preparación revolucionarias. Tal vez hubiera sido mejor que el congreso, en vez de tratar los argumentos en el orden en que lo hizo en las diferentes tesis, todas ellas teórico-tácticas, hubiese fijado las bases fundamentales de la concepción teórica y programática del comunismo, sobre cuya aceptación debería fundarse en primer lugar la organización de todos los partidos adherentes; y hubiese formulado después las normas fundamentales de acción frente al problema sindical, agrario, colonial, etc., etc., a cuyo acatamiento disciplinado todos sus miembros están **obligados**. Pero todo ello existe en el cuerpo de las resoluciones salido del **segundo** congreso, y está excelentemente resumido en las tesis sobre las condiciones de admisión de los partidos.

Lo esencial es considerar la aplicación de las condiciones de admisión como un acto constitutivo y organizativo inicial de la Internacional, como una operación que debe ser realizada una vez por todas para sacar a las fuerzas organizadas u organizables a encuadrar en la nueva Internacional del caos al que estaba reducido el movimiento político del proletariado.

Nunca se procederá suficientemente rápido para sistematizar el movimiento internacional en base a tales normas internacionalmente obligatorias, porque tal como lo hemos dicho, la gran fuerza que debe guiarlo en el cumplimiento de su tarea de propulsor de las energías revolucionarias, es la demostración de una continuidad en el pensamiento y en la acción hacia una meta precisa, que un día aparecerá a los ojos de las masas, provocando su polarización hacia el partido de vanguardia y, con ello, las mejores probabilidades de victoria en la revolución.

Si de esta sistematización primordial, pero definitiva en el sentido organizativo, del movimiento, surgen en ciertos países partidos con una escasa fuerza numérica aparente, se podrá estudiar, y con mucha utilidad, las causas de tal hecho, pero sería absurdo querer cambiar las normas y volver a intentar su aplicación con el propósito de lograr otra relación de fuerzas numéricas entre el partido y la masa de otros partidos.

Con esto no se haría más que volver inútil y frustrar todo el trabajo realizado en el primer período organizativo, recomenzando de nuevo, y dejando subsistir la eventualidad de recomenzar aún otras veces la obra de preparación, perdiendo así ciertamente el tiempo en vez de ganarlo.

Y ello es más valedero aún a escala internacional, cuanto que una tal interpretación de las normas internacionales de organización, al volverlas susceptibles de ser siempre revocadas, y al crear precedentes en que se haya aceptado "rehacer" a los partidos (tal como en el caso de una primera tentativa fracasada de fusión se vuelve a fundir el metal para rehacer la estatua), despojaría de toda autoridad y de todo prestigio a las "condiciones" que la Internacional impuso a los partidos y a los individuos que quieren adherir, diferiendo al infinito la estabilización de los cuadros del ejército revolucionario, en el cual siempre nuevos oficiales podrían aspirar a entrar "conservando las ventajas del grado".

No se debe pues optar por los partidos grandes o por los pequeños; no se debe pretender que se tenga que invertir todas las bases de ciertos partidos con el pretexto de que no son "partidos de masa"; se debe exigir que los partidos comunistas se funden por doquier sobre sólidas normas de organización programáticas y tácticas, en las cuales se compendien las mejores experiencias internacionalmente adquiridas de la lucha revolucionaria.

Por más difícil que sea ponerlo en evidencia sin larguísimas consideraciones y citaciones de hechos sacados de la vida del movimiento proletario, todo esto no procede de un deseo abstracto y estéril de tener, de ver partidos puros, perfectos, ortodoxos, sino precisamente de la preocupación de alcanzar, de la manera más eficiente y segura, la realización de las tareas revolucionarias del partido de clase.

Este jamás estará tan seguramente rodeado por las masas, éstas jamás encontrarán un baluarte tan seguro de su conciencia clasista y de su potencia, que cuando los antecedentes del partido hayan marcado una continuidad de movimiento hacia los objetivos revolucionarios, aun sin y contra las propias masas en las horas desfavorables. Las masas jamás podrán ser ganadas eficazmente si no lo son contra sus jefes oportunistas, lo que quiere decir que es necesario ganarlas disgregando las tramas de las organizaciones de los partidos no comunistas que todavía tienen influencia sobre ellas, absorbiendo a los elementos proletarios en los marcos de la organización sólida y bien definida del partido comunista. Este es el único método con un rendimiento útil, con un éxito práctico seguro.

Todo esto corresponde exactamente a lo que Marx y Engels sostenían frente al movimiento disidente de los lassalleanos.

Por estas razones, la Internacional Comunista debería considerar con la mayor desconfianza a todos los elementos y grupos que se le arriman con reservas teóricas y tácticas. Admitimos que este juicio no puede

ser reducido a una absoluta uniformidad de apreciación internacional, que no puede prescindir de la apreciación de ciertas condiciones especiales de los países en los que se ven fuerzas limitadas agruparse sobre el terreno preciso del comunismo. Pero en este juicio no debe darse ninguna importancia al hecho, tomado en el sentido numérico, de que el partido comunista existente sea pequeño o grande, para deducir de ello la oportunidad de ensanchar o de restringir los criterios de admisión de elementos y, lo que es peor aún, de agrupaciones que aún están más o menos incompletamente ganados a las tesis y a los métodos de la Internacional. Estas adquisiciones no serían adquisiciones de fuerzas positivas; en lugar de aportarnos nuevas masas, nos harían correr el riesgo de comprometer aquel claro proceso de conquista de las masas, que debemos desear sea el más rápido posible, pero sin hacer jugar incautamente tal deseo en un sentido que puede, en vez, diferir el éxito sólido y definitivo. Es necesario incorporar a la táctica de la Internacional, a los criterios fundamentales que dictan su aplicación, y a los complejos problemas que presenta la práctica, ciertas normas que han dado constantemente óptimas pruebas: la intransigencia absoluta frente a los partidos aun afines, considerando sus consecuencias futuras, y pasando por encima de la consideración contingente de que pueda ser conveniente apresurar el desarrollo de ciertas situaciones; la disciplina de los adherentes, tomando en cuenta no sólo su observancia actual, sino también la acción anterior de los mismos, con la máxima desconfianza frente a las conversiones, el criterio de considerar a los individuos y grupos según sus responsabilidades pasadas en lugar de reconocerles el derecho permanente de contraer o rescindir el "enganche" en el ejército comunista. Todo esto, aun cuando parezca encerrar momentáneamente al partido en un círculo demasiado estrecho, no es un lujo teórico, sino un método táctico con un rendimiento muy seguro en el futuro.

Mil ejemplos demuestran que se encuentran mal y son poco útiles en nuestras filas los revolucionarios de la última hora, esto es, aquellos que por condiciones especiales se dejaban dictar orientaciones refor-

mistas, y hoy son llevados a adoptar las directivas comunistas fundamentales porque están sugestionados por consideraciones a menudo demasiado optimistas sobre la inminencia de la revolución. Bastará una nueva oscilación de la situación - ¿ y quién puede decir en la guerra cuántas alternativas de avances y retrocesos precederán a la victoria final ? - para que estos elementos retornen a su oportunismo pasado, echando a perder el contenido de nuestra organización.

El movimiento comunista internacional debe estar compuesto no sólo por los que están firmemente convencidos de la necesidad de la revolución, que están dispuestos a luchar por ella a costa de cualquier sacrificio, sino también por los que están decididos a moverse sobre el terreno revolucionario aun si las dificultades de la lucha indicarán que la meta es más abrupta y menos cercana.

En el momento de la crisis revolucionaria aguda, obrando sobre la sólida base de nuestra organización internacional, polarizaremos en torno nuestro a los elementos que hoy están todavía indecisos, y prevaleceremos sobre los partidos socialdemócratas de todos los matices.

Si las posibilidades revolucionarias serán menos inmediatas, no correremos ni por un instante el riesgo de dejarnos distraer del tejer nuestra red de preparación, y de replegarnos hacia la solución de otros problemas contingentes, con lo cual la burguesía sola sacaría provecho.

* *

Otro aspecto del problema táctico que se plantea a los partidos comunistas es el de la elección del momento en que deben lanzar las consignas para la acción, se trate de una acción secundaria o de la acción final.

Hoy se discute por eso apasionadamente sobre la "táctica ofensiva" de los partidos comunistas, que consiste en poseer un cierto encuadramiento y armamento de sus miembros y de los partidarios más próximos, y maniobrarlo en el momento oportuno en acciones ofensivas destinadas a arrastrar a las masas a un movimiento general, o aun a realizar acciones demostrativas y responder a las ofensivas reaccionarias de la burguesía.

También aquí se configuran habitualmente dos apreciaciones opuestas del problema, de las cuales probablemente ningún comunista asumiría la paternidad.

Ningún comunista puede presentar objeciones contra el empleo de la acción armada, de las represalias, incluso del terror, y negar que el partido comunista deba ser el gerente directo de estas formas de acción que exigen disciplina y organización. Asimismo, es infantil la concepción según la cual el empleo de la violencia y las acciones armadas están reservadas para el "gran día" en que será lanzada la lucha suprema por la conquista del poder. Es ínsito en la realidad del desarrollo revolucionario que se produzcan choques sangrientos entre el proletariado y la burguesía antes de la lucha final: no sólo podrá tratarse de tentativas proletarias no coronadas por el éxito, sino también de los inevitables encuentros parciales y transitorios entre grupos proletarios impulsados a sublevarse y las fuerzas de la defensa burguesa, y aun entre escuadras de las "guardias blancas" burguesas y trabajadores atacados y provocados por éstas. Y tampoco es justo afirmar que los partidos comunistas deban desautorizar tales acciones y reservar todo el esfuerzo para un cierto momento final, pues para toda lucha es necesario un entrenamiento y un período de instrucción, y la capacidad revolucionaria de encuadramiento del partido debe comenzar a formarse y a probarse en estas acciones preliminares.

Sin embargo, daría una interpretación errónea de estas consideraciones quien concibiese, pura y simplemente, la acción del partido político de clase como la de un estado mayor, de cuya voluntad dependa exclusiva-

mente el desplazamiento de las fuerzas armadas y su empleo, y quien se construyese la imaginaria perspectiva táctica de un partido que, luego de haberse creado una red militar, en un cierto momento, cuando la crea bastante desarrollada, lance un ataque creyendo poder derrotar con aquellas fuerzas las fuerzas defensivas burguesas.

La acción ofensiva del partido sólo es concebible cuando las situaciones económicas y sociales reales ponen en movimiento a las masas para solucionar problemas que conciernen directamente su destino, y que las conciernen en su más amplia extensión, creando una profunda agitación cuyo desarrollo en el verdadero sentido revolucionario exige indispensablemente la intervención del partido para fijarle claramente los objetivos generales, para encuadrarla en una acción racional bien organizada, incluso desde el punto de vista de la técnica militar. Es indudable que, aun en ciertos movimientos parciales de las masas, la preparación revolucionaria del partido puede comenzar a traducirse en acciones prefijadas; así, un indispensable medio táctico es la represalia frente al terror de los guardias blancos que tiende a dar al proletariado la sensación de ser definitivamente más débil que el adversario, y a hacerlo desistir de la preparación revolucionaria.

Pero la creencia de que con el juego de estas fuerzas, aunque estén excelente y ampliamente organizadas, se pueda desplazar las situaciones y provocar, a partir de una situación de estancamiento, la puesta en marcha de la lucha general revolucionaria, es todavía una concepción voluntarista que no puede y no debe encontrar lugar en los métodos de la Internacional marxista.

No se crean ni los partidos ni las revoluciones. Se dirigen los partidos y las revoluciones, unificando las experiencias revolucionarias internacionales útiles, en vista de asegurar los mejores coeficientes a la victoria del proletariado en la batalla que es el desemboque infalible de la época histórica en que vivimos. Nos parece que ésta debe ser la conclusión.

Los criterios fundamentales para dirigir la acción de las masas, que aparecen en las normas organizativas y tácticas que la Internacional debe fijar para todos los partidos adherentes, no pueden alcanzar el límite ilusorio de la manipulación directa de partidos con todas las dimensiones y características aptas para garantizar la revolución, sino que deben inspirarse en las consideraciones de la dialéctica marxista, basándose sobre todo en la claridad y la homogeneidad programática por un lado, y, por el otro, en la disciplina táctica centralizadora.

Nos parece que las desviaciones "oportunistas" de la buena vía son dos. La que deduce la naturaleza y los caracteres del partido de la apreciación, en una situación dada, de poder agrupar, o no, fuerzas notables; o sea, la que se hace dictar por las situaciones las normas organizativas del partido, para darle desde el exterior una constitución diferente de la constitución a la cual la situación lo ha conducido. La otra es la que cree que un partido, con tal que sea numeroso y alcance a tener una preparación militar, pueda provocar las situaciones revolucionarias dando órdenes de ataque; o sea, la que pretende crear las situaciones históricas con la voluntad del partido.

Sea cual fuere la desviación de "izquierda" o de "derecha", es claro que ambas se alejan de la sana vía marxista. En el primer caso, se renuncia a lo que puede y debe ser la legítima intervención de una sistematización internacional del movimiento, a ese tanto de influencia que nuestra voluntad puede y debe ejercer sobre el desarrollo del proceso revolucionario, y que proviene de una conciencia y experiencia histórica precisas; en el otro caso, se atribuye a la voluntad de minorías una influencia excesiva e irreal, corriendo así el riesgo de provocar solamente derrotas desastrosas.

Los revolucionarios comunistas deben por el contrario ser aquellos que, templados colectivamente por las experiencias de la lucha contra las degeneraciones

del movimiento del proletariado, creen firmemente en la revolución y quieren firmemente la revolución, pero no en la creencia y con el deseo que ha de conseguirse el saldo de un pago, expuestos a ceder a la desesperación y a la desconfianza si la letra de cambio venció el día anterior.

EL PRINCIPIO DEMOCRATICO

En la exposición de los problemas del comunismo, el empleo de ciertos términos engendra a menudo equívocos entre los sentidos diferentes con que pueden ser empleados. Tal es el caso con los términos democracia y democrático. En sus afirmaciones de principio, el comunismo marxista se presenta como una crítica y una negación de la democracia; por otra parte, los comunistas defienden a menudo el carácter democrático, la aplicación de la democracia, en los organismos proletarios: sistema estatal de los consejos obreros, sindicatos, partido. Ciertamente, no existe ninguna contradicción en ello, y no se puede objetar nada al dilema: democracia burguesa o democracia proletaria, como equivalente perfecto de : democracia burguesa o dictadura proletaria.

En efecto, la crítica marxista de los postulados de la democracia burguesa está basada en la definición de

De "Rassegna Comunista", año II, nº 18 del 28 de febrero de 1922.

los caracteres de la actual sociedad dividida en clases, y demuestra la inconsistencia teórica y la insidia práctica de un sistema que quisiera conciliar la igualdad política con la división de la sociedad en clases sociales, determinadas por la naturaleza del modo de producción.

La libertad y la igualdad política contenidas, según la teoría liberal, en el derecho al sufragio, sólo tienen sentido sobre una base que excluya la disparidad de las condiciones económicas fundamentales: he aquí porqué los comunistas aceptan su aplicación dentro de los organismos de clase del proletariado, y sostenemos que hay que dar un carácter democrático a su mecanismo.

Aun si, para no engendrar equívocos, y para evitar la valorización de un concepto que fatigosamente tendemos a demoler y que es rico en sugerencias, no se quiere introducir el uso de dos términos diferentes en los dos casos, es útil sin embargo estudiar más profundamente el contenido mismo del principio democrático en general, aun cuando se lo aplica a organismos homogéneos desde el punto de vista clasista. Esto evitará que, mientras nos esforzamos con nuestra crítica en remover todo el contenido engañoso y arbitrario de las teorías "liberales", se corra el riesgo de volver a caer en el reconocimiento de una "categoría", el principio de la democracia, erigido de manera apriorística en un elemento de verdad y de justicia absoluta, y que sería un intruso en toda la construcción de nuestra doctrina.

* *

Así como un error doctrinal está siempre en la base de un error de táctica política y, si se quiere, es su traducción en el lenguaje de nuestra conciencia crítica colectiva, del mismo modo se tiene un reflejo de toda la política y la táctica perniciosa de la socialdemocracia en el error de principio que consiste en presentar el socialismo como el heredero de una parte substancial del contenido que la doctrina liberal opuso contra el de las viejas doctrinas políticas basadas en el espiritualismo.

Por el contrario, y lejos de aceptarla para complementarla, el socialismo marxista destruye justamente, desde sus primeras formulaciones, toda la crítica que el liberalismo democrático había edificado contra las aristocracias y las monarquías absolutas del antiguo régimen. Evidentemente, y digámoslo ya para aclarar nuestra orientación, esta destrucción no tiene por objeto la reivindicación de la supervivencia de las doctrinas espiritualistas o idealistas contra el materialismo volteriano de los revolucionarios burgueses, sino la demostración que, en realidad, los teóricos de este último, con la filosofía política de la "Enciclopedia", sólo se ilusionaban al creer haber superado las neblinas de la metafísica aplicada a la sociología y a la política, y los absurdos del idealismo, y que, junto con sus predecesores, debían caer bajo la crítica verdaderamente realista de los fenómenos sociales y de la historia, edificada con el materialismo histórico de Marx.

Teóricamente, es aun importante demostrar que para profundizar el foso entre el socialismo y la democracia burguesa, para devolver a la doctrina de la revolución proletaria su potente contenido revolucionario perdido en las adulteraciones de quienes fornican con la democracia burguesa, no es de ninguna manera necesario fundarse sobre una revisión de nuestros principios en un sentido idealista o neoidealista, sino que basta simplemente remontarse a las posiciones adoptadas por los maestros del marxismo frente a los engaños de las doctrinas liberales y de la filosofía materialista burguesa.

Permaneciendo en nuestro argumento, mostraremos que la crítica socialista de la democracia era substancialmente una crítica a la crítica democrática de las viejas filosofías políticas, una crítica a su pretendida oposición universal, una demostración que ellas se asemejaban teóricamente, así como prácticamente el proletariado no tenía tanto que felicitarse del pasaje de la dirección de la sociedad de las manos de la nobleza feudal, monárquica y religiosa, a las de la joven burguesía comercial e industrial. Y la demostración teórica que la nueva filosofía burguesa no había derrotado a los viejos errores de los regímenes despóticos, sino que era sólo un

edificio de nuevos sofismas, correspondía concretamente a la negación, contenida en el surgimiento del movimiento subversivo del proletariado, de la pretensión burguesa de haber organizado para siempre la administración de la sociedad sobre bases pacíficas e indefinidamente perfectibles con el advenimiento del derecho de sufragio y del parlamentarismo.

Mientras que las viejas doctrinas políticas fundadas sobre conceptos espiritualistas, o aun sobre la revelación religiosa, pretendían que las fuerzas sobrenaturales que gobiernan la conciencia y la voluntad de los hombres habían asignado a ciertos individuos, a ciertas familias, a ciertas castas, la tarea de dirigir y de administrar la vida colectiva, convirtiéndolos por investidura divina en depositarios de la preciosa "autoridad", la filosofía democrática, que se afirmó paralelamente a la revolución burguesa, opuso a estas aserciones la proclamación de la igualdad moral, política y jurídica de todos los ciudadanos, ya fuesen nobles, eclesiásticos o plebeyos, y quiso transferir la "soberanía", del círculo restringido de la casta o de la dinastía, al círculo universal de la consulta popular basada en el sufragio, mediante el cual la mayoría de los ciudadanos designa con su voluntad a los regidores del Estado.

Los rayos que los sacerdotes de todas las religiones y los filósofos espiritualistas hecharon contra esta concepción, no bastan para que sea aceptada como la victoria definitiva de la verdad contra el error obscurantista, a pesar de que, por mucho tiempo, el "racionalismo" de esta filosofía política pareció ser la última palabra tanto de la ciencia social como del arte político, y ha obtenido la solidaridad de muchos pretendidos socialistas. La afirmación que la época de los "privilegios" ha caducado desde que la jerarquía social se constituye sobre la base de las formaciones electorales mayoritarias, no resiste a la crítica marxista, que proyecta una luz totalmente distinta sobre la naturaleza de los fenómenos sociales; y su construcción lógica puede seducir únicamente si se parte de la hipótesis de que el voto, o sea el parecer, la opinión, la conciencia de cada elector, tiene el mismo peso cuando confiere su dele-

gación para la administración de los asuntos colectivos. Cuán poco realista y "materialista" es tal concepto lo demuestra, por el momento, la siguiente consideración: él configura cada hombre como una "unidad" perfecta de un sistema compuesto de otras tantas unidades potencialmente equivalentes, y en lugar de valorar la opinión de cada individuo en función de sus múltiples condiciones de vida, o sea de sus relaciones con los otros hombres, la teoriza suponiendo su "soberanía". Esto equivale a ubicar la conciencia de los hombres fuera del reflejo concreto de los hechos y de las determinaciones del medio, a pensar que es una centella encendida en cualquier organismo (en el saludable como en el desgastado, en aquel que tiene armónicamente satisfechas sus necesidades como en el atormentado por ellas) con la misma equidad providencial por una indefinible divinidad que dispensa la vida. Esta no designaría más al monarca, pero habría dado a cada uno la misma facultad para indicarlo. A despecho de su ostentación de racionalidad, la premisa sobre la cual se apoya la teoría democrática no es disímil, en su puerilidad metafísica, a la premisa de ese "libre arbitrio" por el cual la ley católica del más allá absuelve o condena. Colocándose fuera del tiempo y de la contingencia histórica, la democracia teórica no está pues menos impregnada de espiritualismo que lo que están, en su profundo error, las filosofías de la autoridad revelada y de la monarquía por derecho divino.

Quien quisiera profundizar estas confrontaciones no tendrá más que recordar que la doctrina política democrática ha sido expuesta, muchos siglos antes de la declaración del hombre y del ciudadano, y de la gran revolución, por pensadores que estaban totalmente sobre el terreno del idealismo y de la filosofía metafísica; y por otra parte, la gran revolución misma abatió los altares del dios cristiano en nombre de la razón, pero aun de ésta quiso y debió hacer una divinidad.

Incompatible con la crítica marxista, esta premisa es propia no sólo de las construcciones del liberalismo burgués, sino también de todas aquellas doctrinas constitucionales y de aquellos proyectos de edificación social

que se fundan sobre la "virtud intrínseca" de ciertos esquemas de relaciones sociales y estatales. De hecho, edificando su propia doctrina de la historia, el marxismo demolía simultáneamente el idealismo medieval, el liberalismo burgués y el socialismo utópico.

* *

Contra estas edificaciones arbitrarias de constituciones sociales, ya sean aristocráticas o democráticas, autoritarias o liberales, como contra la concepción anarquista de una sociedad sin jerarquía y sin delegación de poderes, la cual procede de errores análogos, el comunismo crítico ha opuesto un estudio mucho más fundado de la naturaleza de las relaciones sociales y de sus causas, en el complejo desarrollo evolutivo que éstas presentan a lo largo del curso de la historia humana, un análisis atento del carácter de estas relaciones en la época capitalista actual, y una serie de hipótesis meditadas sobre su evolución ulterior, a las cuales viene ahora a agregarse la formidable contribución teórica y práctica de la revolución proletaria rusa.

Sería superfluo desarrollar aquí los notorios conceptos del determinismo económico y los argumentos que demuestran cuán bien fundado es su empleo en la interpretación de los hechos históricos y del mecanismo social. La introducción de los factores que están sobre el terreno de la producción, de la economía y de las relaciones de clase que surgen de ellas, elimina simultáneamente todo apriorismo propio de los conservadores o de los utopistas, franqueando así la vía a la explicación científica de los hechos de distintos órdenes que constituyen las manifestaciones jurídicas, políticas, militares, religiosas y culturales de la vida social.

Nos limitaremos a seguir sumariamente a través del curso histórico las evoluciones que ha presentado el modo de organización social y de agrupación de los hombres, no sólo en el Estado, representación abstracta de una colectividad unificadora de todos los individuos, sino también en los diferentes organismos que derivan de las re-

laciones entre los individuos.

En la base de la interpretación de toda jerarquía social, ya sea ésta extensísima o limitada, están las relaciones entre los distintos individuos, y en la base de éstas se halla la división de funciones entre ellos.

Sin riesgo de error grave, podemos imaginar la existencia, al principio, de una forma de vida completamente inorganizada de la especie humana. El número limitado de individuos les consiente vivir de los productos de la naturaleza sin ejercer arte o trabajo sobre ésta última; en estas condiciones, para vivir, cada uno podría prescindir de sus semejantes. Sólo existen aquellas relaciones comunes a todas las especies, las de la reproducción, pero para la especie humana -y no sólo para ella- ellas bastan ya para constituir un sistema de relaciones y una consiguiente jerarquía: la familia. Esta puede fundarse sobre la poligamia, sobre la poliandria, o sobre la monogamia; no es ésta la ocasión de entrar en tal análisis, pero la misma nos ofrece el embrión de una vida colectiva organizada sobre la división de funciones requerida por las consecuencias directas de los factores fisiológicos, que mientras llevan a la madre a amparar la prole y a criarla, consagran el padre a la caza, al saqueo, a la protección contra los enemigos externos, etc.

Tal como en las fases ulteriores del desarrollo de la producción y de la economía, es inútil detenerse en el estudio abstracto si, en esta fase inicial de ausencia casi completa de ese desarrollo, estamos en presencia de la unidad-individuo o de la unidad-sociedad. La unidad del individuo tiene indudablemente sentido desde el punto de vista biológico, pero es una elucubración metafísica hacer de él el fundamento de construcciones sociales, porque desde el punto de vista social no todas las unidades tienen el mismo valor, y porque la colectividad sólo surge de relaciones y de formaciones en las cuales, debido a las múltiples influencias del ambiente social, la parte y la actividad de cada individuo no son una función individual sino colectiva. Aun en el caso elemental de una sociedad inorganizada, o de no-socie-

dad, la misma base fisiológica que produce la organización familiar nos basta para destruir la arbitraria representación del Individuo como una unidad indivisible (en el sentido literal del término) y susceptible de formar compuestos superiores con otras unidades semejantes que conservan su distinción propia y, en cierto sentido, su propia equivalencia. Evidentemente, ni siquiera existe la unidad-sociedad, ya que las relaciones entre los hombres, aun la de pura noción de la existencia recíproca, son limitadísimas y restringidas al círculo de la familia o del clan. Podemos anticipar la conclusión obvia que la "unidad-sociedad" no ha existido jamás y no existirá probablemente jamás, sino como un "límite" al cual se podrá aproximar progresivamente superando los confines de las clases y de los Estados.

Se puede considerar la unidad-individuo como un elemento utilizable en las deducciones o en las construcciones sociales, o, si se quiere, para negar la sociedad, sólo partiendo de una premisa irreal que, en el fondo, y aún en formulaciones modernísimas, no deja de ser una reproducción diferente de los conceptos de la revelación religiosa, de la creación, y de la independencia de una vida espiritual respecto de los hechos de la vida natural y orgánica. La divinidad creadora, o una fuerza única regidora de los destinos del mundo, habría dado a cada individuo esta investidura elemental, haciendo de él una molécula autónoma bien definida, conciente, volitiva, responsable, del conglomerado social, independientemente de las contingencias agregadas por las influencias físicas del medio. Este concepto religioso e idealista está modificado sólo en apariencia en la concepción del liberalismo democrático o del individualismo libertario: el alma como centella encendida por el Ente supremo, la soberanía subjetiva de cada elector, o la autonomía ilimitada del ciudadano de la sociedad sin leyes, son otros tantos sofismas que pecan de la misma puerilidad frente a la crítica marxista, por más resuelto que haya sido el "materialismo" de los primeros burgueses liberales y de los anarquistas.

A esta concepción le corresponde aquella otra supo-

sición, igualmente idealista, de la perfecta unidad social, del monismo social, edificada sobre la base de la voluntad divina que gobierna y administra la vida de nuestra especie. Retornando al estadio primitivo de la vida social que considerábamos más arriba, y en presencia de la organización familiar, tenemos que concluir que, en la interpretación de la vida de la especie y en su proceso evolutivo, podemos prescindir de las hipótesis metafísicas de la unidad-individuo y de la unidad-sociedad. En cambio, podemos afirmar positivamente que, con la familia, estamos en presencia de un tipo de colectividad organizada sobre una base unitaria. Nosotros nos guardamos bien de hacer de ella un tipo fijo y permanente, y tanto más de idealizarla como arquetipo de convivencia social, tal como se puede hacer con el individuo en el anarquismo o en la monarquía absoluta; constatamos simplemente la existencia de esta unidad primordial de organización humana, a la cual sucederán otras, que ella misma se modificará en distintos aspectos, que se convertirá en elemento constitutivo de otros organismos colectivos y, tal como podría suponerse, que desaparecerá en las formas sociales avanzadísimas. No experimentamos ninguna necesidad de estar por principio a favor o en contra de la familia, como tampoco, por ejemplo, a favor o en contra del Estado; lo que nos interesa es aprehender la medida de lo posible, el sentido de la evolución de estos tipos de organización humana, y, cuando nos preguntamos si desaparecerán un día, lo hacemos de la manera más objetiva, pues no es propio de nuestra mentalidad el considerarlos ni como sagrados e intangibles, ni como perniciosos y a destruir: el conservadorismo y su contrario (es decir la negación de toda forma de organización y de jerarquía social) son igualmente débiles del punto de vista crítico, e igualmente estériles en resultados.

En el estudio de la historia humana, y lejos de la tradicional oposición entre las categorías de individuo y sociedad, seguimos la formación y la evolución de otras unidades, es decir, de otras colectividades humanas organizadas; agrupamientos humanos restringidos, o vastos, fundados sobre una división de funciones y sobre una jerarquía, que aparecen como factores y como

actores de la vida social. Sólo en un cierto sentido, estas unidades pueden ser paragonadas a unidades orgánicas, a organismos vivos cuyas células, con distintas funciones e importancia, son los hombres o grupos elementales de hombres; pero la analogía no es completa, ya que, mientras el organismo viviente tiene límites definidos y un curso biológico de desarrollo y de muerte, las unidades sociales organizadas no están encerradas en límites fijos, y se renuevan continuamente, entrelazándose, descomponiéndose y recomponiéndose al mismo tiempo. Lo que nos interesa demostrar y nos llevó a detenernos sobre el primer y obvio ejemplo de la unidad familiar, es que, a pesar de que estas unidades están formadas evidentemente por individuos, y a pesar de que su propia composición es variable, ellas actúan como "totalidades" orgánicas e integrales, y su descomposición en unidades-individuo sólo tiene un valor mitológico e irreal. El elemento familia tiene una vida unitaria que no depende del número de los individuos que encierra, sino de la trama de sus relaciones: así, para expresarnos banalmente, no tiene el mismo valor una familia compuesta por el jefe, las mujeres y algunos ancianos inválidos, que aquélla compuesta, además del jefe, por algunos hijos jóvenes y aptos para el trabajo.

A partir de la familia, esta primera forma de unidad organizada de individuos que nos presenta las primeras divisiones de funciones y las primeras jerarquías y formas de la autoridad, de la dirección de las actividades de los individuos y de la administración, se pasa - en el curso de la evolución - por una infinidad de otras formas de organización, cada vez más complejas y vastas. La razón de esta creciente complejidad radica en la creciente complejidad de las relaciones y de las jerarquías sociales, que surge de una diferenciación siempre más acentuada, determinada a su vez por los sistemas de producción que el arte y la ciencia ponen a disposición de las actividades humanas para la elaboración de un número creciente de productos (en el sentido más amplio de la palabra) aptos para satisfacer las necesidades de sociedades humanas más numerosas y más evolucionadas, que tienden hacia formas de vida superior-

res. Un análisis que quiera abarcar el proceso de la formación y de la modificación de las diferentes organizaciones humanas y el mecanismo de sus relaciones en toda la sociedad, debe basarse, por un lado, en la noción del desarrollo de la técnica productiva y, por el otro, en las relaciones económicas que surgen de las situaciones de los individuos en las diferentes funciones exigidas por el mecanismo productivo. El estudio de la formación y de la evolución de las dinastías, de las castas, de los ejércitos, de los estados, de los imperios, de las corporaciones o de los partidos, puede y debe tener lugar fundándose sobre tales elementos. Puede pensarse que, en el punto culminante de este complejo desarrollo, se encuentre una forma de unidad organizada que coincida con los límites mismos de la humanidad, realizando la división racional de las funciones entre todos los hombres, y se puede discutir sobre el sentido y los límites que tendrá, en esa forma superior de la convivencia humana, el sistema jerárquico de la administración colectiva.

* *

Interesándonos llegar al examen de aquellos organismos unitarios cuyas relaciones internas están basadas en lo que corrientemente se denomina el "principio democrático", introduciremos una distinción simplificadora entre las colectividades organizadas que reciben su jerarquía del exterior, y las que la forman por sí mismas en su propio seno. Según la concepción religiosa y la teoría autoritaria pura, la sociedad humana sería siempre una colectividad unitaria que recibe su jerarquía de los poderes sobrenaturales; y no insistiremos en la crítica de tal simplismo metafísico que está contradicho por toda nuestra experiencia. La jerarquía nace por razones naturales de la necesidad de la división entre las funciones, y esto evidentemente tiene también lugar en la familia. Al transformarse en tribu y en horda, ésta debe organizarse para luchar contra otras organizaciones, y surgen así jerarquías militares por la conveniencia de confiar el comando a los más aptos para valorizar las energías comunes. Este criterio

electivo basado en el interés general, y que es por milenios mucho más antiguo que el electoralismo democrático moderno (ya que los reyes, los jefes militares y los sacerdotes fueron originariamente elegidos) terminó por ser relegado por otros criterios de formación de las jerarquías, dando lugar a privilegios de casta, a través de la herencia familiar o de la iniciación de escuelas, de sectas y de cultos restringidos, siendo en general la posesión de un cierto grado, justificada por aptitudes y funciones especiales, el elemento más importante para influir en la transmisión de ese mismo grado, al menos en los casos normales. Ya hemos dicho que no tenemos la intención de indagar en el seno de la sociedad todo el proceso formativo de las castas y luego de las clases; estas superponen a la necesidad lógica de una división de funciones, el monopolio del poder y de la influencia que acompaña a la posición de privilegio de ciertas capas de individuos en el mecanismo económico. De una forma u otra, toda casta dirigente se da una jerarquía organizativa, y lo mismo ocurre con las clases económicamente privilegiadas. Para limitarnos a un solo ejemplo : la aristocracia terrateniente del medioevo, coalizándose contra los asaltos de otras clases para la defensa del privilegio común, construyó una forma de organización que culminó en la monarquía en cuyas manos se concentraron los poderes públicos, constituidos con exclusión de los otros estratos de la población. El Estado de la época feudal es la organización de la nobleza feudal apoyada por el clero. El ejército es el principal instrumento de fuerza de estas monarquías militares : estamos aquí frente a un tipo de colectividad organizada cuya jerarquía está constituida desde el exterior, ya que es el rey quien nombra los cuadros del ejército, fundado sobre la obediencia pasiva de cada uno de sus componentes. Toda forma de Estado concentra en una autoridad unitaria la capacidad de ordenar y de encuadrar una serie de jerarquías ejecutivas : ejército, policía, magistratura, burocracia. Así, la unidad-Estado se sirve materialmente de la actividad de individuos de todas las clases, pero está organizada sobre la base de una sola o de unas pocas clases privilegiadas que tienen el poder de constituir sus diferentes jerarquías. Las otras clases y en general todos los grupos de indi-

viduos para quienes resulta muy evidente que sus intereses y sus exigencias no están de ningún modo garantizadas por la organización estatal existente (aunque ésta emita continuamente esa pretensión), buscan darse organizaciones propias para hacer prevalecer sus propios intereses partiendo de la constatación elemental de la identidad de ubicación de sus miembros en la producción y en la vida económica.

Si, al ocuparnos naturalmente de aquellas organizaciones que se dan ellas mismas su propia jerarquía, nos planteamos el problema de cuál es la mejor manera de designar esta jerarquía para la defensa de los intereses colectivos de todos los miembros de estas organizaciones, y para evitar en su seno la formación de estratificaciones basadas sobre el privilegio, se nos propone el método basado sobre el principio democrático: consultar todos los individuos y servirse del parecer de la mayoría para designar a quienes deberán ocupar los grados de la jerarquía.

La crítica de tal proposición debe ser mucho más severa cuando se propone su aplicación al conjunto de la sociedad actual, o a ciertas naciones, que cuando se trata de introducirla en el seno de organizaciones mucho más restringidas como los sindicatos proletarios y los partidos.

En el primer caso, debe ser rechazada sin más porque está planteada en el vacío, sin tener en cuenta para nada la situación económica de los individuos, y con la pretensión que el sistema es intrínsecamente perfecto, independientemente de la consideración de los desarrollos evolutivos que atraviesa la colectividad sobre la cual está aplicada.

La división de la sociedad en clases netamente distintas - como resultado de los privilegios económicos - quita todo valor a una opinión mayoritaria. Nuestra crítica refuta la pretensión engañosa que el mecanismo del Estado democrático y parlamentario nacido de las constituciones liberales modernas hace de él una

organización de todos los ciudadanos en el interés de todos los ciudadanos. Existiendo intereses opuestos y conflictos de clase no es posible una unidad de organización; y el Estado, a pesar de la apariencia exterior de la soberanía popular, continúa siendo el órgano de la clase económicamente dominante y el instrumento de la defensa de sus intereses. A pesar de la aplicación del sistema democrático a la representación política, nosotros vemos la sociedad burguesa como un conjunto complejo de otros organismos unitarios, muchos de los cuales se agrupan en torno del potente organismo centralizado que es el Estado político, porque son aquéllos que surgen de los agrupamientos de las capas privilegiadas y que tienden a la conservación del aparato social actual; otros pueden ser indiferentes o mudar su orientación frente al Estado; otros finalmente, surgen del seno de las capas económicamente oprimidas y explotadas, y están dirigidas contra el Estado de clase. El comunismo demuestra por lo tanto que, mientras respecto a la economía persiste la división en clases, la formal aplicación jurídica y política del principio democrático y mayoritario a todos los ciudadanos no logra dar al Estado el carácter de una unidad organizativa de toda la sociedad o de toda la nación. La democracia política ha sido introducida con esta pretensión oficial; pero, en realidad, es adoptada como una forma que conviene al poder específico de la clase capitalista y a su pura y simple dictadura, con el propósito de conservar sus privilegios.

No es por lo tanto necesario insistir mucho en la demolición crítica del error que consiste en atribuir el mismo grado de independencia y de madurez al "voto" de cada elector -ya sea éste un trabajador consumido por el exceso de fatiga física o un rico sibarita, un sagaz capitán de industria o un desdichado proletario que ignora las razones y los remedios de sus estrecheces-, yendo a buscar de tanto en tanto por un largo período de tiempo el parecer de unos y otros, y pretendiendo que el ejercicio de estas funciones soberanas baste para asegurar la calma y la obediencia de todo aquel que se sentirá desollar y maltratar por las consecuencias de la política y de la administración estatal.

* *

Habiendo aclarado así que el principio de la democracia no posee ninguna virtud intrínseca, y que no vale nada como principio, siendo más bien un simple mecanismo organizativo basado en la simple y banal presunción aritmética que la mayoría tiene razón y que la minoría está equivocada, veamos si, y en qué medida, este mecanismo es útil y suficiente para la vida de organizaciones que comprenden colectividades más restringidas y no divididas por las trincheras de los antagonismos que nacen de las condiciones económicas, consideradas en el proceso de sus desarrollos históricos.

Planteemos el interrogante de si el mecanismo democrático es aplicable en la dictadura proletaria, o sea en la forma de Estado surgida de la victoria revolucionaria de las clases rebeldes contra el poder de los Estados burgueses, de modo que sea lícito definir esta forma de Estado por su mecanismo interno de delegación de los poderes y deformación de las jerarquías, como una "democracia proletaria". La cuestión debe ser abordada sin prejuicios. Bien puede ocurrir que se llegue a la conclusión que este mecanismo sea utilizable, con ciertas modalidades, mientras no nazca de la evolución misma de las cosas otro más apto, pero es preciso convencerse que realmente ninguna razón nos lleva a establecer a priori el concepto de soberanía de la "mayoría" del proletariado. Al día siguiente de la revolución, esta mayoría no es todavía completamente homogénea y no constituye una clase única: en Rusia, por ejemplo, el poder está en manos de las clases de los obreros y de los campesinos, pero es fácil demostrar, por poco que se considere todo el desarrollo del movimiento revolucionario, que la clase del proletariado industrial, mucho menos numerosa en el mismo que la de los campesinos, representa una parte mucho más importante de ese movimiento, y es lógico pues que en los consejos proletarios, en el mecanismo de los Soviets, un voto de obrero valga mucho más que el voto de un campesino.

No tenemos la intención de examinar aquí a fondo las características de la constitución del Estado prole-

tario. Nosotros no lo concebimos bajo un aspecto inmanente, tal como los reaccionarios ven al monarquía por derecho divino, los liberales al parlamentarismo y al sufragio universal, los anarquistas al no-Estado. El Estado proletario, como organización de una clase dirigida contra otras que deben ser despojadas de sus privilegios económicos, es una fuerza histórica real que se adapta al fin que persigue, o sea a las necesidades que le dieron nacimiento. En ciertos momentos podría tomar impulso sobre las consultas de las más vastas masas como sobre la función de restringidísimos organismos ejecutivos provisto de plenos poderes; lo esencial es que a esta organización del poder proletario se le den los medios y las armas para derrocar el privilegio económico burgués y las resistencias políticas y militares de la burguesía, de manera de preparar luego la desaparición misma de las clases, y las modificaciones cada vez más profundas de su propia tarea y de su misma estructura.

Una cosa es indudable: mientras que la democracia burguesa sólo tiene el propósito efectivo de excluir las grandes masas proletarias y pequeño-burguesas de toda influencia sobre la dirección del Estado, la cual está reservada a las grandes oligarquías industriales, bancarias y agrarias, la dictadura proletaria debe poder empeñar en la lucha que ella personifica a las capas más vastas de la masa proletaria y aun casi proletaria. Pero el logro de este objetivo no se identifica en absoluto (a no ser para quien está sugestionado por prejuicios) con la formación de un vasto engranaje de consulta electiva: ésta puede ser demasiado y -más a menudo- demasiado poco, ya que luego de haber participado en tal forma, muchos proletarios se abstendrían de otras manifestaciones activas en la lucha de clase. Por otra parte, la gravedad de la lucha en ciertas fases exige la prontitud de decisiones y de movimientos, y la centralización de la organización de los esfuerzos en una dirección común. Para llenar estas condiciones, el Estado proletario, tal como la experiencia rusa nos enseña con una multitud de elementos, funda su engranaje constitucional sobre características que laceran directamente los cánones de la democracia

burguesa: por ello los partidarios de ésta gritan por la violación de la libertad, mientras que sólo se trata de desenmascarar los prejuicios filisteos con los que la demagogia ha asegurado siempre el poder de los privilegiados. El mecanismo constitucional de la organización estatal en la dictadura del proletariado no es sólo consultivo sino al mismo tiempo ejecutivo, y la participación en las funciones de la vida política, si no la de toda la masa de los electores, por lo menos la de una vasta capa de sus delegados, no es intermitente sino continua. Es interesante constatar que esto se logra sin dañar, es más, acompañando al carácter unitario de la acción de todo el aparato estatal, precisamente gracias a criterios opuestos a los del hiperliberalismo burgués, o sea suprimiendo sustancialmente el sufragio directo y la representación proporcional, luego de haber descartado, como ya hemos visto, el otro dogma sagrado del sufragio igualitario.

No pretendemos establecer aquí que estos nuevos criterios introducidos en el mecanismo representativo, o fijados en una constitución, lo sean por razones de principio: podrían cambiar en otras circunstancias, y en todo caso queremos aclarar que no atribuimos a estas formas de organización y de representación ninguna virtud intrínseca. Todo lo que estamos demostrando se traduce en una tesis marxista fundamental que puede ser enunciada así: "la revolución no es un problema de formas de organización". Por el contrario, la revolución es un problema de contenido, o sea, de movimiento y de acción de las fuerzas revolucionarias en un proceso incesante, que no puede teorizarse fijándolo en las tentativas diversas y vanas de una inmóvil "doctrina constitucional".

De todos modos, en el mecanismo de los consejos obreros no encontramos el criterio propio de la democracia según el cual cada ciudadano designa su delegado a la representación suprema, al parlamento. Existen por el contrario diferentes niveles territoriales cada vez más amplios de los consejos obreros y campesinos, hasta llegar al Congreso de los Soviets. Cada consejo local o de distrito elige sus delegados al Consejo superior, así como los miembros de su propia administración, es decir, el ór-

gano ejecutivo correspondiente. Mientras que en la base, en los consejos iniciales urbanos y rurales, toda la masa es consultada, en las elecciones de delegados a los consejos superiores y a los otros cargos, la elección no es efectuada según el sistema proporcional sino según el mayoritario, y cada conjunto de electores elige sus delegados según las listas propuestas por los partidos. Por lo demás, como la mayoría de las veces se trata de elegir un solo delegado que representa la ligazón entre un nivel inferior y un nivel superior de los consejos, es evidente que dos de los dogmas del liberalismo formal: el escrutinio de lista y la representación proporcional, desaparecen al mismo tiempo. Ya que cada nivel de los consejos debe constituir organismos no sólo consultativos sino también administrativos que están estrechamente ligados a la administración central, es natural que, a medida que se sube hacia representaciones más restringidas, se deba tener no ya las asambleas parlamentarias de charlatanes que discuten interminablemente sin actuar jamás, sino cuerpos restringidos y homogéneos aptos para dirigir la acción y la lucha política y el camino revolucionario concorde de toda la masa así encuadrada.

Tal mecanismo es completado por aquellas virtudes que no podrían nunca estar contenidas automáticamente en ningún proyecto constitucional y que derivan de la presencia de un factor de primerísimo orden, el partido político, cuyo contenido sobrepasa de lejos la pura forma organizativa, y cuya conciencia y voluntad colectivas operantes permiten implantar el trabajo según las necesidades de un largo proceso que avanza incesantemente. El partido político es el órgano que más puede aproximarse a los caracteres de una colectividad unitaria, homogénea y solidaria en la acción. En realidad, el partido comprende sólo una minoría de la masa, pero las características que presenta, en comparación con todo otro organismo de representación basado sobre capas amplísimas, son justamente tales que demuestran que el partido representa los intereses y el movimiento colectivo mejor que todo otro órgano. En el partido político tiene lugar la participación continua e ininterrompida de todos los miembros en la ejecución del trabajo común, y la preparación a la solución de los problemas de lu-

cha y de reconstrucción de los cuales el grueso de la masa sólo puede tener conciencia en el momento en que se definen. Por todas estas razones, es natural que en un sistema de representación y de delegación que no sea el de la mentira democrática, sino que esté basado sobre un estrato de la población propulsado en el curso de la revolución por comunes intereses fundamentales, la elección espontánea recaiga en los elementos propuestos por el partido revolucionario, que está armado para las exigencias del proceso de lucha, y que ha podido y sabido prepararse a afrontar los problemas que el mismo plantea. Más tarde diremos algo para demostrar que ni siquiera al partido atribuimos estas facultades como simple resultado de su criterio especial de constitución: el partido puede o no ser apto para cumplir la tarea de propulsor de la obra revolucionaria de una clase. No el partido político en general, sino un partido, el comunista, puede corresponder a tal función; y el propio partido comunista no está preventivamente inmunizado contra los cien peligros de la degeneración y de la disolución. Los caracteres positivos que ponen el partido a la altura de su tarea no se hallan en su mecanismo estatutario y en las simples medidas de organización interna, sino que se afirman a través del propio proceso del desarrollo del partido y de su participación a las luchas y a la acción, como formación de una dirección común en torno de una concepción del proceso histórico, de un programa fundamental -que se precisa como una conciencia colectiva-, y, al mismo tiempo, en torno de una firme disciplina organizativa. Los desarrollos de estas ideas están contenidos en las tesis sobre la táctica presentadas al Congreso del Partido Comunista de Italia, y que el lector conoce. (1)

Retornando a la naturaleza del engranaje constitucional de la dictadura proletaria, que es, tal como ya lo hemos dicho, tanto legislativo como ejecutivo en sus niveles sucesivos, debemos añadir algo para precisar cuáles son las tareas de la vida colectiva respecto a las cuales ese engranaje tiene funciones e iniciativas ejecutivas que justifican su formación misma y las relaciones de su mecanismo elástico en continua evolución. Nos referimos al período inicial del poder proletario, comparable a la

(1) Ver nota 1 de la pág. 7

situación que ha atravesado la dictadura proletaria en Rusia durante los últimos cuatro años y medio. No queremos aventurarnos en el problema del ordenamiento definitivo de las representaciones en una sociedad comunista no dividida en clases, pues no podemos prever totalmente la evolución que se abrirá paso cuando la sociedad se aproxime a ese estadio; podemos solamente entrever que irá en el sentido de una fusión de todos los diferentes organismos : políticos, administrativos, económicos, con la eliminación progresiva de todo elemento coercitivo y de la propia entidad Estado, como instrumento del poder de clase y de la lucha contra las otras clases supervivientes.

En su período inicial, la dictadura proletaria tiene una tarea extremadamente pesada y compleja que puede ser subdividida en tres esferas de acción : política, militar y económica. El problema militar de la defensa interna y externa contra los asaltos de la contrarrevolución, así como el de la reconstrucción de la economía sobre bases colectivas, está basado en la existencia y en la aplicación de un plan sistemático y racional de empleo de todos los esfuerzos, en una actividad que debe llegar a ser fuertemente unitaria a pesar de utilizar - es más, justamente para utilizarlas con el mayor rendimiento - las energías de toda la masa. En consecuencia, el organismo que conduce en primer lugar la lucha contra el enemigo externo e interno, esto es, el ejército (y la policía) revolucionario, debe fundarse sobre una disciplina y una jerarquía centralizada en manos del poder proletario : aun el ejército rojo es pues una unidad organizada con una jerarquía constituida del exterior, es decir, por el gobierno político del Estado proletario, y lo mismo sucede con la policía y la magistratura revolucionarias. Aspectos más complejos tiene el problema del aparato económico que el proletariado vencedor construye para echar las bases del nuevo sistema de producción y de distribución. Aquí sólo podemos recordar que la centralización es la característica que distingue este aparato administrativo racional del caos de la economía burguesa privada. Se trata de administrar todas las empresas en el interés del conjunto de la colectividad y en coordinación con las exigencias de todo el plan

de producción y de distribución. Por otra parte, el aparato económico y la disposición de los individuos adscritos al mismo se modifica continuamente, no sólo como resultado de su construcción gradual, sino también como consecuencia de las crisis inevitables en un período de tan vastas transformaciones y que va acompañado de luchas políticas y militares. De estas consideraciones se llega a la conclusión de que en el período inicial de la dictadura proletaria, aunque los consejos en los distintos niveles deben dar lugar simultáneamente a las designaciones de orden legislativo para las instancias superiores, y las designaciones ejecutivas para las administraciones locales, es necesario dejar al centro la absoluta responsabilidad de la gestión de la defensa militar, y la responsabilidad menos rígida de la gestión de la campaña económica, mientras que los órganos locales sirven para encuadrar políticamente a las masas para su participación a la realización de esos planes, y para su consentimiento al encuadramiento militar y económico, creando así las condiciones de su más amplia y continua actividad posibles en torno de los problemas de la vida colectiva, encauzándola en la formación de esa organización fuertemente unitaria que es el Estado proletario.

Estas consideraciones, sobre las cuales no nos extenderemos, no tienden a probar que los organismos intermedios de la jerarquía estatal no deban tener una posibilidad de movimiento y de iniciativa, sino sirven para demostrar que no es posible teorizar el esquema de su formación como el de una adhesión precisa a las tareas efectivas, militares, o económicas, de la revolución, formando las agrupaciones de los electores proletarios según la empresa productiva o la sección del ejército. El mecanismo de tales agrupaciones no actúa gracias a aptitudes especiales inherentes a su esquema y a su estructura, y, por lo tanto, las unidades que reagrupan a los electores en la base pueden formarse según criterios empíricos, es más, se formarán de por sí según criterios empíricos, entre los cuales pueden estar la confluencia en los lugares de trabajo como en los de habitación, o en la guarnición, o en el frente, o en otros sitios de la existencia cotidiana, sin que se pueda excluir ninguno a priori o erigirlo en modelo. Pero, de todos modos, el fundamento de la representación estatal de la revo-

lución proletaria es una subdivisión territorial de circunscripciones, en cuyo seno tienen lugar las elecciones. Todas estas consideraciones no tienen nada de absoluto, y esto nos lleva a nuestra tesis que afirma que ningún esquema institucional tiene valor de principio, y que la democracia mayoritaria, entendida en el sentido formal y aritmético, no es más que un método posible para coordinar las relaciones existentes en el seno de los organismos colectivos, y al cual es imposible atribuir - desde cualquier punto de vista - la presunción intrínseca de necesidad y de justicia, ya que estas expresiones no tienen para nosotros, los marxistas, ningún sentido, y que, por otra parte, no es nuestro propósito el de substituir el aparato democrático criticado por nosotros por otro proyecto mecánico de aparato estatal exento de por sí de defectos y de errores.

* *

Nos parece haber dicho bastante acerca del principio de la democracia cuando está aplicado al Estado burgués, con la pretensión de abrazar todas las clases, y aun cuando está aplicado exclusivamente a la clase proletaria como fundamento de un Estado después de la victoria revolucionaria. Nos falta agregar algo sobre la aplicación del mecanismo democrático dentro de las relaciones estructurales de las organizaciones que existen antes (y aun después) de la conquista del poder : sindicatos económicos y partido político.

Habiendo establecido que una verdadera unidad organizativa es sólo posible sobre la base de una homogeneidad de intereses entre los miembros de la propia organización, es indiscutible que, puesto que se adhiere a los sindicatos y al partido sobre la base de una decisión espontánea de participar a ciertos tipos de acción, el funcionamiento del mecanismo democrático y mayoritario dentro de ellos puede ser examinado sin aplicarle el tipo de crítica que le niega todo valor en el caso de la artificiosa unificación constitucional de las distintas clases del Estado burgués - pero sin dejarnos confundir por el arbitrario concepto de la "santidad" de

las opiniones mayoritarias.

Respecto al partido, el sindicato tiene el carácter de una identidad más completa de intereses materiales e inmediatos : dentro de sus respectivos límites de categoría, el sindicato alcanza una gran homogeneidad en su composición, y, de organización de adhesión voluntaria, puede tender a devenir una organización a la que adhieran obligatoriamente por definición todos los trabajadores de una categoría o industria dada, lo que sucederá en una cierta fase de desarrollo del Estado proletario. Es indudable que en ese ámbito, el número sigue siendo el coeficiente decisivo, y la consulta mayoritaria tiene un gran valor; pero, a su consideración esquemática, se debe agregar la de los otros factores que intervienen en el seno de la organización sindical : una jerarquía burocratizada de funcionarios que la inmovilizan en el marco de su dominación, y los grupos de vanguardia que el partido político revolucionario constituye allí para conducirlo al terreno de la acción revolucionaria. En esta lucha, los comunistas demuestran a menudo que los funcionarios de la democracia sindical violan el concepto democrático y que no les importa un bledo la voluntad de la mayoría. Es justo hacer ésto para demostrar que sus actos están en contradicción con la mentalidad democrática que ostentan, tal como se hace con los burgueses liberales cada vez que defraudan y coartan la consulta popular, a pesar de no hacernos ilusiones de que ésta, aun si fuese efectuada libremente, resolvería los problemas que pesan sobre el proletariado. Es justo y oportuno hacerlo, porque en los momentos en los cuales las grandes masas se ponen en movimiento bajo la presión de las situaciones económicas, es posible cercenar la influencia de los funcionarios (que es una influencia extraproletaria proveniente, si bien no oficialmente, de clases y de poderes ajenos a la organización sindical), y acrecentar la influencia de los grupos revolucionarios. En todo esto no hay prejuicios "constitucionales", y con tal de ser comprendidos por la masa y poder demostrarle que actúan en el sentido de sus intereses bien interpretados, los comunistas pueden y deben comportarse en forma elástica frente a los cánones de la democracia sindical interna; por ejemplo, no

hay ninguna contradicción entre estas dos actitudes tácticas : asumir la representación minoritaria en los organismos directivos del sindicato hasta tanto los estatutos lo permitan, y sostener que esta representación debe ser suprimida a fin de volver más ágiles los órganos ejecutivos, apenas los hayamos conquistado. Lo que nos debe guiar en esta cuestión es el análisis atento del proceso de desarrollo de los sindicatos en la fase actual : se trata de acelerar su transformación, de órganos de las influencias contrarrevolucionarias sobre el proletariado, en órganos de la lucha revolucionaria; los criterios de organización interna no tienen un valor en sí mismos, sino en la medida en que se coordinan con estos objetivos.

Queda finalmente por examinar la organización del partido, cuyos caracteres han sido ya abordados a propósito del mecanismo del Estado proletario. El partido no parte de una identidad de intereses económicos tan completa como el sindicato pero, en compensación, constituye la unidad de su organización no ya sobre la estrecha base de categoría, como este último, sino sobre la base más amplia de la clase. El partido no sólo se extiende en el espacio sobre la base del conjunto de la clase proletaria, hasta volverse internacional, sino también en el tiempo : es decir, el partido es el órgano específico cuya conciencia y cuya acción reflejan las exigencias de la victoria a lo largo de todo el camino de la emancipación revolucionaria del proletariado. Cuando estudiamos los problemas de la estructura y de la organización interna del partido, estas notorias consideraciones nos obligan a tener en cuenta todo el proceso de su formación y de su vida en relación con las complejas tareas a las que responde. Al final de este ya largo trabajo, no podemos entrar en los detalles del mecanismo que debería regir en el partido las consultas de la masa de sus adherentes, el reclutamiento, el nombramiento de los responsables en toda la jerarquía. Es indudable que, hasta ahora, lo mejor es atenerse, por lo general, al principio mayoritario. Pero, tal como lo hemos subrayado con insistencia, no hay ninguna razón para hacer un principio de este empleo del mecanismo democrático. Junto a una tarea de consulta, análoga a la le-

gislativa de los aparatos de Estado, el partido tiene una tarea ejecutiva, que en los momentos supremos de la lucha corresponde lisa y llanamente a la de un ejército, y que exigiría el máximo de disciplina jerárquica. De hecho, en el complejo proceso que nos ha llevado a la constitución de partidos comunistas, la formación de la jerarquía de los mismos es un hecho real y dialéctico que tiene lejanos orígenes, y que corresponde a todo el pasado de experiencia y de ejercitación del mecanismo del partido. No podemos admitir que una designación de la mayoría del partido sea a priori tan feliz en sus decisiones como la de ese juez sobrenatural e infalible que, según la creencia de aquellos para quienes la participación del Espíritu Santo en los cónclaves es un hecho cierto, designa a los jefes de las colectividades humanas. Hasta en una organización en la cual, como en el partido, la composición de la masa es el resultado de una selección, a través de la espontánea adhesión voluntaria, y de un control del reclutamiento, la decisión de la mayoría no es de por sí la mejor; si puede contribuir a un mejor rendimiento de la jerarquía operante, ejecutiva, del partido, es sólo como resultado de la convergencia en el trabajo concorde y bien encaminado. Aquí no proponemos aún reemplazarlo por otro mecanismo, ni estudiamos en detalle por cuál podría serlo. Pero es seguro que es admisible una organización que se libere cada vez más de los convencionalismos del principio de la democracia, y no debe ser rechazada con fobias injustificadas, cuando se pudiese demostrar que otros elementos de decisión, de elección, de resolución de los problemas, se presentan más conformes a las exigencias reales del desarrollo del partido y de su actividad, en el marco del acaecer histórico.

A nuestros ojos, el criterio democrático es hasta el presente un accidente material para la construcción de nuestra organización interna y para la formulación de los estatutos del partido : no es la plataforma indispensable. He aquí porqué nosotros no erigiremos en principio la conocida fórmula del "centralismo democrático". La democracia no puede ser para nosotros un principio, mientras que, indudablemente, el centralismo lo es,

porque las características esenciales de la organización del partido deben ser la unidad de estructura y de movimiento. El término centralismo basta para expresar la continuidad de la estructura del partido en el espacio; y para introducir el concepto esencial de la continuidad en el tiempo, es decir, en el objetivo al cual se tiende y en la dirección en la cual se avanza hacia los sucesivos obstáculos que deben ser superados, es más, ligando estos dos conceptos esenciales de unidad, nosotros pondríamos decir que el partido comunista funda su organización sobre el "centralismo orgánico". Así, a la vez que se guarda del accidental mecanismo democrático ese tanto que podrá servirnos, eliminaremos el uso del término "democracia", caro a los peores demagogos e impregnado de ironía para todos los explotados, los oprimidos, y los engañados, regalándolo, como es aconsejable, para su uso exclusivo, a los burgueses y a los campeones del liberalismo, incluso cuando éste lleva el disfraz de cualquiera de sus poses extremistas.

Dictadura Proletaria y Partido de Clase

I

Toda lucha de clase es una lucha política (Marx).

La lucha que se limita a obtener una distribución diferente de las ganancias económicas, mientras no esté dirigida contra la estructura social de las relaciones de producción, no es aún una lucha política.

La destrucción de las relaciones de producción propias de una época social y de la dominación de una clase determinada es el desenlace de una lucha política prolongada, que presenta a menudo altos y bajos, cuya clave

De "Battaglia Comunista" nos 3, 4, 5 de 1951.

es la cuestión del Estado, el problema : "¿ Quién tiene el poder ?" (Lenin).

La lucha del proletariado moderno se manifiesta y se generaliza como lucha política con la formación y la actividad del partido de clase. La caracterización específica de este partido reside en la tesis siguiente : el despliegue completo del sistema capitalista industrial y del poder burgués, que deriva de las revoluciones liberales y democráticas, no sólo no excluye históricamente sino que prepara y agudiza cada vez más el desenvolvimiento del antagonismo entre los intereses de clase en guerra civil, en lucha armada.

II

Definido por esta previsión y por este programa, el partido comunista, mientras la burguesía conserva el poder, asume las siguientes tareas :

a) elabora y difunde la teoría del desarrollo social, de las leyes económicas que caracterizan el sistema actual de las relaciones productivas, de los conflictos de las fuerzas de clase que surgen de ellas, del Estado y de la revolución;

b) asegura la unidad y persistencia histórica de la organización proletaria. La unidad no es la agrupación material de las capas obreras y semiobreras que padecen, por el hecho mismo del dominio de la clase explotadora, la influencia de direcciones políticas y de métodos de acción discordantes, sino la estrecha conexión internacional de las vanguardias plenamente orientadas sobre la línea revolucionaria integral. La persistencia es la reivindicación continua de la línea dialéctica sin rupturas que liga las posiciones de crítica y de lucha tomadas sucesivamente por el movimiento en la serie de las condiciones cambiantes;

c) prepara desde mucho antes la movilización y la

ofensiva de clase con el empleo armónico de toda posibilidad de propaganda, de agitación y de acción en cada lucha particular desencadenada por los intereses inmediatos, culminando con la organización del aparato ilegal e insurreccional para la conquista del poder.

Cuando las condiciones generales y el grado de solidez organizativa, política y táctica del partido de clase llegan a hacer estallar la lucha general por el poder, el partido que ha conducido a la clase revolucionaria victoriosa en la guerra social, la dirige igualmente en la tarea fundamental de quebrantar y demoler los órganos de defensa armada y de administración en general que componen el Estado capitalista. Esta demolición golpea igualmente la red, cualquiera que ésta sea, de la pretendida representación de las opiniones o de los intereses corporativos a través de cuerpos de delegados. El Estado burgués de clase, mentirosa expresión interclasista de la mayoría de los ciudadanos, o dictadura más o menos declarada ejercida por un aparato de gobierno que pretende estar revestido de una misión nacional, racial o socialpopular, debe ser igualmente destruido; si esto no sucede, la que queda aplastada es la revolución.

III

En la fase histórica que sigue a la destrucción del aparato de dominación capitalista, la tarea del partido político obrero sigue siendo igualmente fundamental, ya que la lucha de clases continúa, dialécticamente invertida.

El rasgo característico de la teoría comunista del Estado y de la revolución excluye ante todo la adaptación del mecanismo legislativo y ejecutivo del Estado burgués a la transformación socialista de las formas económicas (socialdemocratismo). Excluye igualmente el hecho de que la destrucción del Estado y el cambio de las relaciones económicas tradicionales que aquél ha prote-

gido hasta último momento, puedan ser asimiladas a una crisis violenta breve (anarquismo); o que el proceso de engendramiento de la nueva organización productiva pueda ser abandonado a la acción espontánea y esparcida de las agrupaciones de productores por empresa y por oficio (sindicalismo).

Toda clase social cuyo poder ha sido derrocado, aún con el terror, sobrevive durante mucho tiempo en el tejido del organismo social y no abandona la esperanza de revancha ni las tentativas de reorganización política, de restauración violenta y aún enmascarada. Ha pasado de clase dominante a clase vencida y dominada, pero no ha desaparecido de golpe.

En el primer estadio de la época poscapitalista, el proletariado, que con la organización del comunismo desaparecerá a su vez como clase junto a todas las otras, se organiza él mismo como clase dominante (Manifiesto): es el nuevo Estado proletario, es la dictadura del proletariado, después de la destrucción del viejo Estado.

Para marchar más allá del sistema capitalista, la primera condición era derrocar el poder burgués y destruir su Estado. Para la transformación social profunda y radical que se inaugura, la condición es la creación de un aparato de Estado nuevo, proletario, capaz como todo Estado histórico de emplear la fuerza y la constrictión.

La presencia de un aparato semejante no caracteriza a la sociedad comunista, sino a su fase de construcción. Una vez consumada ésta, no existen más ni clases ni dominación de clase. Pero el órgano para la dominación de clase es el Estado, y éste no puede ser otra cosa. Es por ello que el Estado proletario preconizado por los comunistas - sin que esta reivindicación tenga de ningún modo el valor de una creencia mística, de un absoluto, de un ideal - será un instrumento dialéctico, un arma de clase, y se disolverá lentamente (Engels) a través de la realización misma de sus funciones, a medida que, en un largo proceso, la organización social se transformará

de sistema social de constrictión de los hombres (como siempre ha sido después de la prehistoria) en una red unitaria, construida científicamente, de administración de las cosas y de las fuerzas naturales.

IV

Luego de la victoria del proletariado, el papel del Estado frente a las clases sociales y a las organizaciones colectivas presenta muchas diferencias fundamentales respecto a lo que él fue en la historia de los regímenes surgidos de la revolución burguesa.

a) Antes de la lucha y de la victoria final, la ideología burguesa revolucionaria presentó su futuro Estado posfeudal no como un Estado de clase sino como el Estado popular, fundado sobre la supresión de toda desigualdad ante la ley - lo que se pretende que corresponde a la libertad e igualdad de todos los miembros de la sociedad.

La teoría proletaria proclama abiertamente que su futuro Estado será un Estado de clase, es decir - mientras las clases subsistan - un instrumento manejado por una clase única. Tanto en principio como de hecho, las otras clases serán puestas fuera del Estado y "fuera de la ley". Llegada al poder, la clase obrera "no lo compartirá con nadie" (Lenin).

b) Después de la victoria política burguesa, y sobre la tradición de una campaña ideológica tenaz, en los diversos países se proclamaron solemnemente, como base y fundamento del Estado, cartas constitucionales o declaraciones de principio consideradas como inmutables en el tiempo, como expresión definitiva de reglas inmanentes, finalmente descubiertas, de la vida social. Desde aquel momento, todo el juego de las fuerzas políticas habría debido desenvolverse en el marco infranqueable de estos estatutos.

Durante la lucha contra el régimen actual, el Estado proletario no es anunciado en lo más mínimo como una realización estable y fija de un conjunto de reglas de las relaciones sociales deducidas de un estudio ideal sobre la naturaleza del hombre y de la sociedad. En el curso de su existencia, el Estado obrero evolucionará incesantemente hasta disolverse : la naturaleza de la organización social, de la asociación humana, cambiará radicalmente según las modificaciones de la técnica y de las fuerzas productivas, y la naturaleza del hombre se modificará de manera igualmente profunda, alejándose cada vez más de la bestia de carga y del esclavo. Una constitución codificada y permanente que la revolución obrera debería proclamar, constituye un absurdo, ella no puede figurar en el programa comunista; técnicamente, convendrá adoptar reglas escritas que no tendrán sin embargo nada de intangible, sino un carácter "instrumental" y transitorio, desechando los cuentos sobre la ética social y el derecho natural.

c) Una vez conquistado y hasta destruido el aparato del poder feudal, la clase capitalista victoriosa no dudó en emplear la fuerza del Estado para reprimir las tentativas contrarrevolucionarias y de restauración. Sin embargo, las medidas más resueltamente terroristas fueron justificadas no por la necesidad de dirigirlas contra los enemigos de clase del capitalismo, sino que fueron presentadas como medidas dirigidas contra los traidores al pueblo, a la nación, a la patria, a la sociedad civil, identificando todos estos conceptos vacíos con el Estado mismo y, en el fondo, con el gobierno y con el partido en el poder.

El proletariado victorioso, sirviéndose de su Estado "para aplastar la resistencia inevitable y desesperada de la burguesía" (Lenin), golpeará a los antiguos dominadores y a sus últimos partidarios cada vez que se opongan, en la lógica defensa de sus intereses de clase, a las disposiciones destinadas a extirpar el privilegio económico. Estos elementos sociales tendrán, frente al aparato del poder revolucionario, una posición ajena y pasiva : en cuanto intenten salir de la pasividad que les ha sido impuesta, se los doblegará

por la fuerza material. No serán partícipes de ningún "contrato social", no tendrán ningún "deber legal o patriótico". Verdaderos y propios prisioneros sociales de guerra (como en realidad lo fueron, en resumidas cuentas, los ex-aristócratas y eclesiásticos para la burguesía jacobina) no tendrán nada que traicionar, porque no se les habrá pedido ningún ridículo juramento de lealtad.

d) El resplandor histórico de las asambleas populares y de las convenciones democráticas apenas puede disimular que el Estado burgués tuvo en seguida cuerpos armados y una guardia de policía para la lucha interna y externa contra las fuerzas del antiguo régimen : se dió prisa en substituir la horca por la guillotina. Este aparato ejecutivo, encargado de administrar la fuerza legal tanto en el gran plano histórico como contra las violaciones aisladas de las reglas de atribución y de intercambio propias de la economía privada, actúa de una manera perfectamente natural contra los primeros movimientos proletarios que amenazan, aun sólo instintivamente, las formas burguesas de producción. La imponente realidad del nuevo dualismo social fue encubierta por el juego del aparato "legislativo", que pretendía realizar la participación de todos los ciudadanos y de todas las opiniones de partido en el Estado y en su dirección, en un equilibrio perfecto de paz social.

Dotado de los caracteres manifiestos de la dictadura de clase, el Estado proletario no contendrá estas distinciones entre los dos estadios, ejecutivo y legislativo, del poder, que serán ejercidos por los mismos órganos, ya que tal distinción es característica del régimen que disimula la dictadura de una clase y la protege bajo una estructura exterior policlasista y partidista. "La Comuna no fue una corporación parlamentaria, sino un organismo de trabajo" (Marx).

e) En su forma clásica, el Estado burgués, coherente con la ideología individualista que la ficción teórica extiende indistintamente a todos los ciudadanos, reflejo mental de la economía en la cual la propiedad privada es el monopolio de una sola clase, no quiso ad-

mitir entre el súbdito aislado y el centro estatal legal otras organizaciones intermedias que no fuesen las asambleas electivas constitucionales. Toleró los clubes y los partidos políticos, necesarios en la fase insurreccional, justificándolos con la afirmación demagógica del libre pensamiento y admitiéndolos como puras agrupaciones confesionales y agencias electorales. En una segunda fase, la realidad de la represión de clase obligó al Estado a tolerar las organizaciones de los intereses económicos, los sindicatos obreros, de los cuales desconfiaba como de un "Estado en el Estado". Finalmente, por un lado, los capitalistas adoptaron la forma de la solidaridad sindical para sus propios fines de clase y, por el otro, el Estado burgués emprendió, con el pretexto de reconocerlos legalmente, la absorción y la esterilización de los sindicatos obreros, privándolos de toda autonomía a fin de impedir que su dirección pase al partido revolucionario.

En el Estado proletario, los sindicatos de trabajadores - puesto que subsisten, en la medida en que sobreviven empresarios o existen por lo menos empresas impersonales cuyos obreros son aún asalariados remunerados en dinero - vivirán para proteger el nivel de vida de la clase trabajadora, siendo su acción en esto paralela a la del partido y del Estado. Serán prohibidos los sindicatos de categorías no obreras. En realidad, en el terreno de la distribución de los ingresos con las clases no proletarias o semiproletarias, el estipendio del obrero podría ser amenazado por consideraciones diferentes de las exigencias superiores de la lucha general revolucionaria contra el capitalismo internacional. Pero dicha posibilidad, que estará presente por mucho tiempo, justifica el papel subordinado del sindicato frente al partido político comunista, vanguardia revolucionaria internacional que forma un todo unitario con los partidos que luchan en los países todavía capitalistas, y que como tal tiene la dirección del Estado obrero.

El Estado proletario sólo puede ser animado por un único partido, y la condición de que organice en sus filas y reciba en las "consultas populares" (vieja

trampa burguesa) el apoyo de una mayoría estadística, no tiene ningún sentido que trascienda la coyuntura concreta. Entre las posibilidades históricas está la existencia de partidos políticos que en apariencia están compuestos de proletarios, pero que sufren la influencia de las tradiciones contrarrevolucionarias o de los capitalismo externos. La solución de este conflicto, el más peligroso de todos, no puede ser reducida a derechos formales o a consultas en el seno de una abstracta "democracia interna de la clase". Se tratará también de una crisis que habrá que liquidar en el terreno de las relaciones de fuerza. No existe un juego estadístico que pueda asegurar la buena solución revolucionaria; ésta dependerá únicamente del grado de solidez y claridad del movimiento comunista mundial. Hace un siglo en Occidente y hace cincuenta años en el imperio zarista, los marxistas tuvieron razón al objetar a los ingenuos demócratas de aquel entonces que los capitalistas y propietarios constituyen la minoría y que, por consiguiente, el verdadero régimen de la mayoría es el de los trabajadores. Si la palabra democracia significa poder de los más numerosos, los demócratas deberían ponerse del lado de clase nuestro. Pero la palabra democracia - ya sea en el sentido literal ("poder del pueblo") como en el puerco uso que cada vez más se hace de ella - significa "poder no perteneciente a una clase sino a todas". Por este motivo histórico, al igual que rechazamos con Lenin la "democracia burguesa" y la "democracia en general", debemos excluir política y teóricamente la contradicción que existe en los términos "democracia de clase" y "democracia obrera".

La dictadura preconizada por el marxismo no correrá el peligro de ser confundida con las dictaduras de hombres y de grupos de hombres que hayan asumido el control gubernamental y suplanten a la clase obrera porque, precisamente, ella proclamará abiertamente su necesidad ya que es imposible que sea aceptada unánimemente, y que la falta de la mayoría de los sufragios (admitiendo que fuese seriamente constatable) no constituiría un motivo que la haría ingenuamente abdicar. La dictadura es necesaria a la revolución, porque sería ridículo

subordinar esta última al 100% o al 51%. Donde se exhiben estas cifras, la revolución ha sido traicionada.

En resumen, el partido comunista gobernará solo y nunca abandonará el poder sin combatir materialmente. Esta valiente declaración de no ceder al engaño de las cifras y de no hacer uso de ellas, ayudará a luchar contra la degeneración de la revolución.

Los sindicatos perderán su razón de ser en el estadio superior del comunismo, no mercantil, no monetario, no uninacional, el cual, por otra parte, verá la muerte del Estado. Mientras existan en el mundo restos de capitalismo, el partido como organización de combate será necesario. Podrá además tener siempre la función de depositario y propulsor de la doctrina social general del desarrollo, visión de las relaciones entre la sociedad humana y la naturaleza material.

V

La concepción marxista, que substituye las asambleas parlamentarias por órganos de trabajo, no nos lleva tampoco a una "democracia económica" que adapte los órganos del Estado a los lugares de trabajo, a las unidades productivas o comerciales, etc., eliminando de cada función representativa a los patronos sobrevivientes y a los individuos económicos que todavía disponen de una propiedad. La supresión del patrono y del propietario define sólo la mitad del socialismo; la otra mitad, y la más expresiva, consiste en la eliminación de la anarquía económica capitalista (Marx). Cuando surja y se engrandezca la nueva organización socialista, el partido y el Estado revolucionario, que estarán en primer plano, no se limitarán a golpear solamente a los patronos y a sus capataces de antaño, sino que sobre todo se distribuirán de una manera completamente nueva y original las tareas y las obligaciones sociales entre los individuos.

La red de empresas y de servicios, en la forma en que será heredada del capitalismo, no podrá pues constituir la base de un aparato de pretendida "soberanía", de delegación de poderes en el Estado e, incluso, a sus órganos centrales. Es precisamente la presencia del Estado uniclasista y del partido sólido y cualitativamente unitario y homogéneo, la que ofrece el máximo de condiciones favorables para la reorganización de la máquina social, guiada lo menos posible por la presión de los intereses limitados de los pequeños grupos y lo más posible por los datos generales y por su estudio científico aplicado al bienestar colectivo. Los cambios en el engranaje productivo serán enormes; basta pensar en el programa de reversión de las relaciones entre la ciudad y el campo sobre el cual Marx y Engels han insistido tanto, y que es la perfecta antítesis de la tendencia actual en todos los países conocidos.

La red que adhiere a los lugares de trabajo es pues una expresión insuficiente, que calca las antiguas posiciones proudhonianas y lasalleanas que el marxismo ha rechazado y superado desde hace mucho tiempo.

VI

La definición de los tipos de conexión entre la base y los órganos centrales del Estado de clase depende sobre todo de los aportes de la dialéctica histórica, y no puede ser deducida de los "principios eternos", "del derecho natural" o de una carta constitucional sagrada e inviolable. Todo detalle a este respecto sería pura utopía. No hay una pizca de utopía en Marx, dice Engels. La idea misma de la famosa delegación de poder del individuo aislado (elector) gracias a un acto platónico derivado de la libre opinión (cuando la opinión es en realidad un reflejo de las condiciones materiales y de las formas sociales, ya que el poder consiste en una intervención de fuerza física), debe ser abandonada a las brumas de la metafísica.

La caracterización negativa de la dictadura obrera está establecida con nitidez : burgueses y semiburgueses no tendrán más derechos políticos, se les impedirá por la fuerza reunirse en cuerpos de intereses comunes o de agitación política, no podrán jamás votar a la luz del día, elegir, delegar a alguien a "puestos" y funciones, cualesquiera que sean éstos. Pero ni siquiera la relación entre el trabajador, miembro reconocido y activo de la clase que tiene el poder, y el aparato estatal mantendrá el carácter ficticio y engañoso de una delegación para que aquél sea representado por un diputado, por una lista, por un partido. Delegar es, en efecto, renunciar a la posibilidad de acción directa; la pretendida función "soberana" del derecho democrático no es más que una abdicación, por lo general en favor de un truhán.

Los miembros trabajadores de la sociedad se agruparán en organismos locales, territoriales, según la residencia, en ciertos casos según el traslado impuesto por su participación en el engranaje productivo en plena palingenesia. Gracias a su acción ininterrumpida, sin intermitencias, se realizará la participación de todos los elementos sociales activos en los engranajes del aparato estatal y, por ello mismo, en la gestión y en el ejercicio del poder de clase. Es imposible describir estos engranajes antes de que la relación de clase de la cual naceránse haya determinado concretamente.

VII

La Comuna estableció como criterios de la más alta importancia (Marx, Engels, Lenin) la revocabilidad en todo momento de sus miembros y de sus funcionarios, y la limitación de la paga de éstos al salario obrero medio. Así se elimina toda separación entre productores en la periferia y burócratas en el centro mediante rotaciones sistemáticas. El servicio del Estado deberá dejar de ser una carrera e incluso una profesión. Es

cierto que, en la práctica, estos controles crearán dificultades terribles, pero desde hace tiempo Lenin expresó su desprecio por los proyectos de revolución sin dificultad ! Los conflictos inevitables no serán completamente resueltos redactando papelotes reglamentarios; éstos constituirán un problema histórico y político, una relación de fuerza real. La revolución bolchevique no se paró ante la asamblea constituyente, y la dispersó. Habían surgido los consejos de obreros, campesinos y soldados. De la aldea a todo el país, la formación de este tipo original de órganos de Estado por medio de estadios superpuestos de unidades territoriales, ya aparecido en 1905, nacidos en el incendio de la guerra social, no respondía a ninguno de los prejuicios sobre el "derecho de los hombres", sobre el sufragio "universal, libre, directo y secreto" !

El partido comunista desencadena la guerra civil y sale vencedor, ocupa las posiciones claves en el sentido militar y social, multiplica por mil sus medios de propaganda y de agitación en virtud de la conquista de fábricas, edificios, etc., forma sin perder tiempo y sin antojos jurídicos los "cuerpos de obreros armados" de Lenin, la guardia roja, la policía revolucionaria. En las asambleas de los Soviets el partido conquista la mayoría con la consigna "¡todo el poder a los Soviets!". ¿ Es esta mayoría un hecho jurídico, un hecho frío y banalmente numérico ? ¡ Nada de eso ! Cualquiera, espía o iluso en buena fe, que vote por que el Soviet deponga o fornique el poder conquistado con la sangre de los combatientes proletarios, será echado afuera a culatazos de fusil por sus camaradas de lucha. Y no se parará a calcularlo en la "minoría legal", hipocresía culpable de la cual la revolución prescinde y la contrarrevolución se alimenta.

VIII

Sobre las mismas directivas fundamentales, distintos datos históricos de los rusos de 1917 - caída reciente del despotismo feudal, guerra desastrosa, papel de los jefes oportunistas - podrían determinar otras configuraciones prácticas de la red de base del Estado. Desde que se liberó del utopismo, el movimiento proletario determina su propia vía y su propia victoria mediante la experiencia exacta del modo actual de producción, de la estructura del Estado presente, y de los errores de la estrategia de la revolución proletaria, tanto en el campo de la guerra social "caliente", en el cual los comuneros de 1871 cayeron gloriosamente, como en el campo de la guerra "fría", en el cual hemos perdido la gran batalla de Rusia que opuso, después de 1917 y hasta 1926, la Internacional de Lenin al capitalismo del mundo entero sostenido en primera línea por la complicidad miserable de todos los oportunistas.

Los comunistas no tienen constituciones codificadas para proponer : tienen un mundo de mentiras y de constituciones cristalizadas en el derecho y en la fuerza dominante para abatir. Saben que, mediante un aparato revolucionario y totalitario de fuerza y de poder, sin exclusión de ningún medio, se luchará para impedir que los despojos infames de una época de barbarie vuelvan a flote, y que el monstruo del privilegio social levante nuevamente la cabeza, hambriento de venganza y de servidumbre, lanzando por milésima vez al embustero grito de libertad.

SEGUNDA PARTE

PREFACIO

Los dos últimos textos, La inversión de la praxis en la teoría marxista y Partido revolucionario y acción económica, son el resumen de la Reunión de Roma del 12 de abril de 1951.

La inversión de la praxis en la teoría marxista muestra esquemática pero muy eficazmente cómo, en la concepción marxista, el proceso a través del cual los individuos y las colectividades llegan a tomar conciencia de los objetivos propios, es el último eslabón de una serie ascendente que parte del impulso económico, que se expresa en la acción aún inconsciente, y que sólo en el curso de ésta, o incluso después que ésta ha alcanzado su objetivo, encuentra su racionalización consciente. Sólo en el partido de clase la conciencia y - en ciertas fases - la decisión de acción preceden y no suceden al choque entre las clases, siendo sin em-

bargo tal posibilidad orgánicamente inseparable del juego molecular de los impulsos físicos y económicos iniciales. En ello reside justamente el sentido de la "inversión de la praxis", es decir, la inversión, posible sólo en el partido, de la serie materialista : "impulso económico - acción - conciencia", serie que invierte la que es típica de todas las corrientes idealistas, de las cuales los diversos inmediatismos (espontaneísmo, obrerismo, ordinovismo, etc.) son otros tantos ejemplos.

Partido revolucionario y acción económica remacha el punto fundamental de que el trabajo y la lucha del Partido en el seno de las asociaciones económicas proletarias es una condición indispensable para el éxito de la lucha revolucionaria, obviamente junto a la presión de las fuerzas productivas contra las relaciones de producción, y a la justa continuidad teórica, organizativa y táctica del partido político. La historia del asociacionismo obrero es rápidamente trazada después, siguiendo su pasaje por sus fases históricas sucesivas, desde cuando la burguesía victoriosa lo impedía por ley impulsando de rebote los primeros conatos proletarios de constitución de organizaciones económicas de defensa sobre un terreno directamente político; pasando por el período de la así llamada evolución pacífica del capitalismo, en el cual la clase dominante pasó a tolerar las asociaciones sindicales, buscando no obstante (y lográndolo en gran parte) atraerlas en su propia órbita mediante la limitación de sus objetivos y de sus luchas por intermedio de la influencia del revisionismo y del oportunismo, y también gracias a la constitución de una aristocracia obrera materialmente propensa a apoyar al orden existente; hasta cuando el triunfo del fascismo y su sucesión por parte de la democracia victoriosa en la segunda guerra mundial, y gracias a la gangrena producida por la marea oportunista conocida bajo el nombre de "stalinismo", la burguesía, no obstante el hecho que mantuviese la ficción de la libertad de asociación, ha procedido más y más - aunque sea con retardos cuando se pasa de un país a otro - a aprisionar el encuadramiento sindical en las articulaciones de su poder de clase, siendo favorecida en ello también por

factores objetivos que, si bien no suprimen ciertamente el antagonismo fundamental e irreductible entre las clases, sin embargo lo han atenuado o diluído parcialmente.

Prescindiendo de las coyunturas imprevisibles - en el actual estado de cosas - tocantes a la modificación, la disolución y la reconstitución de las asociaciones de tipo sindical hoy existentes, permanece para nosotros inamovible el punto de que no existe perspectiva del movimiento revolucionario general no sólo sin los dos factores constituidos por un amplio y numeroso proletariado de asalariados puros en lucha abierta contra el régimen burgués, y por un fuerte partido de clase revolucionario que encuadre una minoría de trabajadores sobre la base del histórico programa marxista, sino también sin un gran movimiento de asociaciones económicas que abrace una parte imponente del proletariado, y en el cual el partido mismo haya extendido su propia influencia contraponiéndola a la de la clase y poder capitalista, contrabandeada por el oportunismo en las filas proletarias; y que tales asociaciones deben resurgir en la fase en que la revolución se avecina. A treinta años de distancia, los dos textos completan pues el tema ya desarrollado en la primera parte, encuadrándolo en la visión general de la historia que es propia del marxismo.

TEORIA Y ACCION EN LA DOCTRINA MARXISTA

(Resumen de la Reunión de Roma del 12 de abril de 1951)

SUMARIO

1 - Contra la situación de desbarajuste en que se encuentran la ideología, la organización y la acción revolucionaria, es un falso remedio contar con una inevitable y gradual decadencia del capitalismo que ya se habría iniciado y en el fondo de la cual esperaríamos la revolución proletaria. La curva del capitalismo no tiene rama descendente.

2 - La segunda crisis histórica e internacional oportunista, con el derrumbe de la Tercera Internacional, deriva del intermedismo, concepción que pretendía colocar objetivos políticos generales transitorios entre la dictadura burguesa y la dictadura proletaria. Es una posición errónea aquella que - para evitar el in-

termedismo - renuncia a las reivindicaciones económicas particulares de los grupos proletarios.

3 - La justa praxis marxista afirma que la conciencia del individuo, y aun la de la masa, sigue a la acción, y que la acción sigue al impulso del interés económico. Solamente en el partido de clase la conciencia y - en ciertas fases - la decisión de la acción precede al choque de clase. Pero tal posibilidad es inseparable orgánicamente del juego molecular de los impulsos físicos y económicos iniciales.

4 - Según todas las tradiciones del marxismo y de la Izquierda italiana e internacional, el trabajo y la lucha en el seno de las asociaciones proletarias es una de las condiciones indispensables para el éxito de la lucha revolucionaria, junto a la presión de las fuerzas productivas contra las relaciones de producción, y a la justa continuidad teórica, organizativa y táctica del partido político.

5 - En las varias fases de la trayectoria burguesa (revolucionaria, reformista, contrarrevolucionaria), la dinámica de la acción sindical sufrió profundos cambios (interdicción, tolerancia, sumisión); pero esto no quita que sea orgánicamente indispensable tener - entre la masa de los proletarios y la minoría encuadrada en el partido - otro estrato de organizaciones que sean políticamente neutras por principio, pero constitucionalmente accesibles sólo a los obreros, y que organismos de este género deben resurgir en la fase en que la revolución se avecina.

I - LA INVERSION DE LA PRAXIS EN LA TEORIA MARXISTA

1 - Desorden ideológico en los numerosos grupos internacionales que condenan a la orientación stalinista y que afirman estar en la línea del marxismo revolucionario.

Incertidumbre de tales grupos respecto a lo que ellos llaman análisis y perspectiva : desarrollo moderno de la sociedad capitalista - posibilidad de reanudación de la lucha revolucionaria del proletariado.

2 - Resulta evidente para todos que la interpretación reformista del marxismo se derrumbó con las grandes guerras, con los grandes choques internos y con el totalitarismo burgués.

3 - Entretanto, dado que el agravamiento de la tensión social y política va acompañado, no con el poderío sino con la total degeneración de los partidos ex-revolucionarios, surge la cuestión de saber si no se debería revisar la perspectiva marxista y también la perspectiva leninista, que establecía como desembocadura de la primera guerra mundial y de la revolución rusa el incendio de la lucha proletaria por el poder en todo el mundo.

4 - Una teoría totalmente errónea es la de la curva descendente del capitalismo, que conduce al planteo de esta falsa cuestión : ¿cómo es posible que, mientras el capitalismo declina, la revolución no avanza ? La teoría de la curva descendente compara el desarrollo histórico a una sinusoide : todo régimen, como por ejemplo el régimen burgués, inicia una fase de ascenso, alcanza un máximo, después comienza a declinar hasta un mínimo, luego del cual asciende otro régimen. Tal visión es la del reformismo gradualista : no existen discontinuidades, quebraduras ni saltos (ver Apéndice, gráfico 1).

5 - La visión marxista puede ser representada, con el propósito de claridad y de brevedad, por varias ramas de curvas siempre ascendentes hasta aquellos vértices (en geometría, puntos máximos singulares) que son seguidos de una brusca caída casi vertical, comenzando, a partir de abajo, un nuevo régimen social, otra rama histórica ascendente (Apéndice, gráfico 2).

6 - De acuerdo con esta visión, que es la única visión marxista, todos los fenómenos de la actual fase imperialista están dados por descontado integralmente desde hace un siglo; en economía : trusts, monopolios, dirigismo estatal, nacionalización; en política : implacables regímenes policíacos, super-poderío militar, etc.

7 - No menos evidente es la posición según la cual el partido proletario no debe contraponer reivindicaciones gradualistas y de restauración y renacimiento de las formas liberales y tolerantes en la situación moderna.

El error opuesto del movimiento proletario y sobre todo de la IIIa Internacional, ha determinado la ausencia de tensión revolucionaria comparable al altísimo potencial capitalista.

La explicación de este segundo derrumbe del movimiento de clase, aún más grave que el del socialpatriotismo en 1914, conduce a las difíciles cuestiones de la relación entre los impulsos económicos y la lucha revolucionaria, entre las masas y el partido que debe guiarlas.

8 - Del mismo modo que deben ser descartadas las posiciones de los grupos que subestiman las tareas y la necesidad del partido en la revolución, cayendo así en posiciones obreristas o, peor aún, dudan del empleo del poder de Estado en la revolución, también debemos considerar como descarriados aquellos que consideran al partido como la agrupación de los elementos conscientes, sin discernir sus necesarios vínculos con la lucha de clase física, ni el carácter de producto de la historia,

así como de factor de ésta, que presenta el partido.

9 - Tal cuestión nos lleva a restablecer la interpretación del determinismo marxista tal como fue construida en su primera enunciación, colocando en su debido lugar el comportamiento de cada individuo bajo la acción de los estímulos económicos, y la función de los cuerpos colectivos tales como la clase y el partido.

10 - También es útil trazar aquí un esquema que explique la inversión marxista de la praxis. En el individuo, se pasa de la necesidad física al interés económico, a la acción casi automática para satisfacerla; sólo después se pasa a los actos de voluntad y, por último, a la conciencia y al conocimiento teórico. En la clase social, el proceso es el mismo : sólo que se exaltan enormemente todas las fuerzas que convergen en la misma dirección. En el partido, mientras desde abajo confluyen todas las influencias individuales y de clase, su aporte crea una posibilidad y una facultad de visión crítica y teórica y de voluntad de acción, que permite transmitir a los individuos militantes y proletarios la explicación de situaciones y procesos históricos, y aun las decisiones de acción y de combate (Apéndice, gráfico VIII) (1).

11 - Así pues, mientras el determinismo excluye para el individuo la posibilidad de una voluntad y de una conciencia que precedan la acción, la inversión de la praxis los admite únicamente en el partido, como resultado de una elaboración histórica general. Si, por lo tanto, voluntad y conciencia deben atribuirse al parti-

(1) En el Apéndice, el gráfico VIII tiene como preámbulo otros cinco gráficos que comprenden los esquemas de concepciones que se hallan en total antítesis con el marxismo (gráficos III y IV) o, incluso, son aberrantes respecto a él porque pretenden equívocamente reivindicar, no todos, sino sólo una parte o alguno de sus postulados de base (gráficos V, VI y VII).

do, debe negarse que éste se forme del concurso de la conciencia y de la voluntad de individuos de un grupo, y que tal grupo pueda considerarse, en lo más mínimo, fuera de las determinaciones físicas, económicas y sociales existentes en todo el ámbito de la clase.

12 - Por lo tanto, no tiene sentido el pretendido análisis según el cual existen todas las condiciones revolucionarias, pero falta una dirección revolucionaria. Es exacto decir que el órgano de dirección es indispensable, pero su aparición depende de las propias condiciones generales de lucha, jamás de la genialidad o del valor de un líder o de una vanguardia.

Esta clarificación de las relaciones entre el hecho económico-social y el hecho político, debe servir de base para ilustrar el problema de las relaciones entre el partido revolucionario y la acción económica y sindical.

II - PARTIDO REVOLUCIONARIO Y ACCION ECONOMICA

Conviene recordar cuál ha sido la actitud de la Izquierda Comunista italiana frente a las cuestiones sindicales, pasando después a examinar lo que ha cambiado en el campo sindical después de las guerras y de los totalitarismos.

1 - Cuando el Partido italiano no había sido aún constituido, en el IIº Congreso de la Internacional (1920) fueron debatidas dos grandes cuestiones de táctica: la acción parlamentaria y la acción sindical. Ahora bien, los representantes de la corriente abstencionista se alinearon contra la pretendida izquierda que propugnaba la escisión sindical y la renuncia a conquistar los sindicatos dirigidos por oportunistas. En el fondo, estas corrientes colocaban en el sindicato, y no en el partido, el centro de la acción revolucionaria, y lo querían puro de influencias burguesas (Triunfistas holandeses, KAPD alemán, Sindicalistas americanos, escoceses, etc.).

2 - La Izquierda desde entonces combatió ásperramente contra los movimientos análogos al "Ordine Nuovo" de Turín, para quienes la tarea revolucionaria consistía en vaciar los sindicatos en provecho del movimiento de los consejos de fábrica, considerados como la trama de los órganos económicos y estatales de la revolución proletaria iniciada en pleno capitalismo, confundiendo gravemente los momentos y los instrumentos del proceso revolucionario.

3 - Las cuestiones parlamentaria y sindical se sitúan sobre muy distintos planos. Es claro que el Parlamento es el órgano del Estado burgués, donde se pretende que están representadas todas las clases de la sociedad, y todos los marxistas revolucionarios concuerdan en que sobre él no se puede fundar otro poder que el de la burguesía. La cuestión es si la utilización de los mandatos parlamentarios puede servir a los fines de

propaganda y de agitación para la insurrección y la dictadura. Quienes lo negaban sostenían que, incluso con este solo fin, es contraproducente la participación de representantes nuestros en un organismo común con los representantes burgueses.

4 - Cualquiera que sea la dirección de los sindicatos, éstos, siendo asociaciones económicas de profesión, agrupan siempre elementos de una misma clase. Es bien posible que los proletarios organizados elijan representantes de tendencias no sólo moderadas sino incluso directamente burguesas, y que la dirección del sindicato caiga bajo la influencia capitalista. Sin embargo, queda el hecho de que los sindicatos están compuestos exclusivamente por trabajadores y, por lo tanto, nunca se podrá decir de ellos lo que se dice del Parlamento, o sea, que son susceptibles únicamente de una dirección burguesa.

5 - En Italia, antes de la formación del Partido Comunista, los socialistas excluían el trabajo en los sindicatos blancos de los católicos y en los amarillos de los republicanos. Más tarde, los comunistas, ante la gran Confederación dirigida predominantemente por reformistas y frente a la Unión Sindical dirigida por los anarquistas, establecieron sin ninguna vacilación y unánimemente no fundar nuevos sindicatos y trabajar para conquistar del interior los arriba mencionados, tendiendo incluso a su unificación. En el campo internacional, el partido italiano unánime sostuvo no sólo el trabajo en todos los sindicatos nacionales socialdemócratas, sino también la existencia de la Internacional Sindical Roja (Profintern), quien consideraba a la Central de Amsterdam como una entidad no conquistable por estar conectada con la burguesa Sociedad de las Naciones a través de la Oficina Internacional del Trabajo. La Izquierda italiana se opuso violentamente a la propuesta de liquidar al Profintern para constituir una Internacional Sindical Única, sosteniendo siempre, en lo que concierne a los sindicatos y a las confederaciones nacionales, el principio de la unidad y de la conquista interna.

6 - a) A través de las sucesivas fases históricas, la actividad sindical proletaria ha determinado muy diversas políticas de los poderes burgueses. Ya que las primeras burguesías revolucionarias prohibieron cualquier asociación económica, consideradas como tentativa de reconstitución de las corporaciones antiliberales del Medioevo, y dado que cualquier huelga fue reprimida violentamente, todos los primeros movimientos sindicales tomaron aspectos revolucionarios. Ya desde entonces, el Manifiesto advertía que cada movimiento económico y social conduce a un movimiento político y tiene grandísima importancia porque extiende la asociación y la coalición proletaria, mientras que sus conquistas puramente económicas son precarias y no menoscaban la explotación de clase.

b) En el período sucesivo, la burguesía, comprendiendo que le era indispensable aceptar que se planteara la cuestión social, precisamente para conjurar la solución revolucionaria, toleró y legalizó los sindicatos, reconociendo su acción y sus reivindicaciones; esto tiene lugar en todo el período exento de guerras y, relativamente, de bienestar progresivo que se desarrolló hasta 1914.

Durante todo este período, el trabajo en los sindicatos fue un elemento de importancia capital para la formación de los fuertes partidos socialistas obreros, y fue claro que los mismos podían determinar grandes movimientos, principalmente a través del manejo de los resortes sindicales.

El naufragio de la IIa Internacional demostró que la burguesía se había procurado influencias decisivas sobre gran parte de la clase trabajadora por medio de sus relaciones y compromisos con los jefes sindicales y parlamentarios, los cuales dominaban en casi todas partes el aparato de los partidos.

c) Con la reanudación del movimiento después de la revolución rusa y del fin de la guerra imperialista, hubo que hacer justamente el balance de la desastrosa derrota del encuadramiento sindical y político,

y se intentó llevar al proletariado mundial sobre el terreno revolucionario eliminando - con las escisiones de los partidos - a los jefes políticos y parlamentarios traidores, y procurando que los nuevos partidos comunistas, a través de su militancia en las filas de las más vastas organizaciones proletarias, lograsen expulsar de éstas a los agentes de la burguesía. Frente a los primeros éxitos vigorosos en muchos países, el capitalismo, para impedir el avance revolucionario, se encontró en la necesidad de acometer con la violencia y de poner en la ilegalidad no solamente a los partidos, sino también a los sindicatos en que éstos trabajaban. Sin embargo, en el transcurso de las complejas vicisitudes de estos totalitarismos burgueses, nunca se adoptó la abolición del movimiento sindical. Al contrario, fue propugnada y realizada la formación de una nueva red sindical plenamente controlada por el partido contrarrevolucionario y, ya sea de una manera o de otra, esta red fue impuesta como única y unitaria, y estrechamente adherida al engranaje administrativo y estatal.

También allí donde, después de la segunda guerra mundial, según la formulación política corriente, el totalitarismo capitalista parece haber sido substituido por el liberalismo democrático, la dinámica sindical continúa desarrollándose ininterrumpidamente en el pleno sentido del control estatal y de la inserción en los organismos administrativos oficiales. El fascismo, realizador dialéctico de las viejas instancias reformistas, ha llevado a cabo la del reconocimiento jurídico del sindicato, de modo que el mismo pudiera ser el titular de los contratos colectivos con el patronato, hasta el efectivo aprisionamiento de toda la organización sindical en las articulaciones del poder burgués de clase.

Este resultado es fundamental para la defensa y la conservación del régimen capitalista, precisamente porque la influencia y el empleo de las organizaciones asociacionistas sindicales son un estadio indispensable para todo movimiento revolucionario dirigido por el partido comunista.

7 - Estas modificaciones radicales del contexto sindical no provienen por supuesto únicamente de la estrategia política de las clases en conflicto y de sus partidos y gobiernos, sino que están también profundamente vinculadas con el mutado carácter de la relación económica entre empresario y obrero asalariado. En las primeras luchas sindicales, con las cuales los trabajadores procuraban oponer al monopolio de los medios de producción el de la fuerza de trabajo, la aspereza del conflicto derivaba del hecho que el proletariado, de tiempo despojado de toda reserva de subsistencia, no tenía ningún otro recurso que el salario cotidiano, y cada lucha contingente lo conducía a un conflicto de vida o muerte.

Mientras la teoría marxista de la miseria creciente se confirma por el continuo aumento numérico de los proletarios puros y por la apremiante expropiación de las últimas reservas de estratos sociales proletarios y medios, expropiación que es centuplicada por las guerras, destrucciones, inflación monetaria, etc., y mientras en muchos países la desocupación y la misma matanza de los proletarios alcanza cifras enormes, es indudable que allí donde la producción industrial florece, toda la gama de las medidas reformistas de asistencia y previsión crea para el asalariado ocupado un nuevo tipo de reserva económica que representa una pequeña garantía patrimonial que perder, en cierto sentido análoga a la del artesano y a la del pequeño campesino; el asalariado tiene pues algo que arriesgar, y esto (que es un fenómeno por otra parte ya observado por Marx, Engels y Lenin en las llamadas aristocracias obreras) lo vuelve irresoluto e incluso oportunista en el momento de la lucha sindical y, aún más, de la huelga y la revuelta.

8 - Por encima del problema contingente de la participación - o de la no participación - del partido comunista revolucionario al trabajo en determinados tipos de sindicatos de un país dado, los elementos de la cuestión resumida hasta aquí conducen a la conclusión de que en toda perspectiva de todo movimiento revolucionario general no pueden no estar presentes estos factores

fundamentales : 1) un amplio y numeroso proletariado de asalariados puros; 2) un gran movimiento de asociaciones con contenido económico que abrace una parte imponente del proletariado; 3) un fuerte partido de clase, revolucionario, en el que milite una minoría de los trabajadores, pero al cual el desarrollo de la lucha haya permitido contraponer válida y extensamente su influencia en el movimiento sindical a la de la clase y del poder burgués.

Los factores que han conducido a establecer la necesidad de todas y cada una de estas tres condiciones, de cuya eficiente combinación dependerá el resultado de la lucha, han sido dados : por el correcto planteo de la teoría del materialismo histórico que conecta la primitiva necesidad económica del individuo a la dinámica de las grandes revoluciones sociales; por la correcta perspectiva de la revolución proletaria en relación con los problemas de la economía, de la política y del Estado; por las enseñanzas de la historia de todos los movimientos asociativos de la clase trabajadora, tanto en su pleno desarrollo y en sus victorias, como en sus corrupciones y en sus derrotas.

Las líneas generales de la perspectiva desarrollada aquí no excluyen que puedan verificarse las coyunturas más diversas tocantes a la modificación, la disolución, y la reconstitución de asociaciones de tipo sindical, siendo esto válido para todas aquéllas que en los diversos países se presentan, ya conectadas con las organizaciones tradicionales que pretendían fundarse sobre el método de la lucha de clase, ya relacionadas más o menos con los más diversos métodos y orientaciones sociales, incluso conservadores.

APENDICE

PREFACIO

En la Reunión de Roma del 12 de abril de 1951, la relación sobre La inversión de la praxis en la teoría marxista fue completada con la presentación y el comentario de ocho gráficos, de los cuales (y por razones relacionadas con las dificultades y las estrecheces que atravesaba en aquel entonces el Partido) sólo tres gráficos (I, II y VIII) aparecieron en el Apéndice especial del "Boletín interno" nº 1 del 10 de septiembre de 1951. Cada uno de los tres gráficos fue acompañado de un comentario breve, pero suficiente, que se insertaba perfectamente en lo que ya había sido dicho en la relación escrita.

En el Apéndice actual han sido incluidos por primera vez los otros cinco gráficos (III, IV, V, VI y VII), a los que se ha agregado, sin alterar el equilibrio total, un único comentario que no es más que una lectura de los cinco esquemas, según el espíritu de los otros tres comentarios.

Que las consideraciones que siguen sirvan para una utilización más incisiva de dichos gráficos, los que exponen la representación de la dinámica social según las ideologías fundamentales contra las cuales el movimiento revolucionario del proletariado ha ajustado definitivamente sus cuentas sobre el plano teórico, mientras debe, desgraciadamente, hacerlo todavía sobre el plano de la lucha práctica.

Marx y Engels escriben en La Ideología Alemana, 1846, I, A :

"La conciencia no puede ser nunca otra cosa que el ser consciente, y el ser de los hombres es el proceso de su vida real. Y si en toda la ideología los hombres y sus relaciones aparecen invertidos como en una cámara oscura, este fenómeno resulta de su proceso histórico de vida, tal como la inversión de los objetos al proyectarse sobre la retina deriva de su proceso físico inmediato.

Exactamente al contrario de lo que ocurre en la filosofía alemana, que desciende del cielo sobre la tierra, aquí se asciende de la tierra al cielo. Es decir, no se parte de lo que los hombres dicen, se representan o se imaginan, ni tampoco de los hombres tales como son pensados, representados o imaginados, para llegar, arrancando de aquí, a los hombres de carne y hueso; se parte de los hombres que realmente actúan y, basándose en el proceso de su vida real, se explica incluso el desarrollo de los reflejos y de los ecos ideológicos de este proceso de vida. Aun las imágenes nebulosas que se forman en el cerebro del hombre son sublimaciones necesarias de su proceso material de vida, proceso empí-

ricamente constatable y sujeto a condiciones materiales. La moral, la religión, la metafísica y cualquier otra forma ideológica, y las formas de conciencia que a ellas corresponden pierden, así, la apariencia de su propia autonomía. No tienen historia, no tienen desarrollo, sino que los hombres que desarrollan su producción material y sus relaciones materiales transforman también - junto a esta realidad propia - su pensamiento y los productos de su pensamiento. No es la conciencia la que determina la vida, sino la vida la que determina la conciencia. Desde el primer punto de vista, se parte de la conciencia como individuo viviente; desde el segundo punto de vista, que es el que corresponde a la vida real, se parte de los mismos individuos reales vivientes y se considera la conciencia solamente como su conciencia.

Este modo de considerar las cosas no está exento de premisas. Parte de las premisas reales y no se aparta de ellas ni por un instante. Sus premisas son los hombres, pero no aislados y fijados a través de la fantasía, sino en su proceso de desarrollo real que se produce en condiciones determinadas y que es empíricamente constatable. Tan pronto como se expone este proceso de vida activa, la historia deja de ser una colección de hechos muertos, como lo es para los empiristas, quienes son también abstractos, o una acción imaginaria de sujetos imaginarios, como para los idealistas."

El materialismo histórico-dialéctico, contraponiéndose a las concepciones de marca iluminista e idealista, no ve pues en la ideología, es decir, en la representación mistificada e invertida de las relaciones reales, el fruto de un error que debe ser corregido para abrir los ojos a los ciegos, sino el resultado indispensable de un proceso real correspondiente a relaciones materiales, las mismas que la ideología proyecta distorsionán-

dolas. A su vez, tal distorsión deriva necesariamente de la situación histórica de las fuerzas sociales que se expresan en la ideología y la imponen al conjunto social, siendo siempre la ideología de la clase dominante la ideología dominante. La concepción marxista rechaza igualmente la idea iluminista del "engaño consciente" de los jefes-ideólogos (los "astutos sacerdotes"), ya que la misma representación de la ideología - que es forzosamente fantástica porque es la sublimación de un estado de cosas históricamente caduco - se impone justamente como programa y superestructura necesaria de factores y trasposos sociales necesarios. Así, por ejemplo, la ideología burguesa se basa en la libertad efectiva de los trabajadores conquistada contra los vínculos jurídicos feudales : la burguesía no puede repudiarla, ya que haciéndolo se repudiaría ella misma.

Lo mismo que la función de las clases, la función de la ideología sufre la transformación dialéctica antiformismo-reformismo-conformismo ilustrada en nuestro trabajo Líneas Maestras de Orientación Marxista (1). Última clase explotada, el proletariado es la única que tiene la función histórica de eliminarse a sí misma junto a todas las demás. La suya no es, pues, una ideología que pueda asumir un carácter reformista y conformista, dando lugar a una representación suprahistórica de su dominación, sino que es ciencia revolucionaria, más aún, es ya ciencia de especie, no sólo porque el proletariado (así como otras clases en el pasado) representa el porvenir, sino porque este porvenir podrá dar únicamente lugar a una sociedad de especie, exenta de clases y de los correspondientes conflictos - y que constituye el salto de calidad de la prehistoria clasista a la plena historia humana.

La contraposición del marxismo a las ideologías que se han sucedido en el pasado y que aún hoy dominan

(1) Ver el Tracciato d'impostazione (en francés : Eléments d'orientation marxiste)

en diverso grado, es pues rigurosamente histórica y dialéctica, lo cual no excluye, sino que por el contrario implica, que la ciencia global, con la cual el marxismo se identifica, pueda ser la única capaz de reconstituir los reales procesos subyacentes al andamiaje ideológico, descubriendo cómo la ideología mistifica la realidad existente prescindiendo de todo "conocimiento" individual y colectivo. Habiendo dicho todo esto sumariamente, pasamos a ilustrar el sentido y el correcto modo de empleo de los cinco esquemas.

Gráfico III - Esquema trascendentalista (autoritario)

Es típico de las religiones reveladas, del feudalismo y del absolutismo teocrático; ha sido adoptado incluso por la moderna sociedad capitalista. Esta concepción recurre a una divinidad, quien, en el acto mismo de la creación, ha infundido en los hombres un espíritu, el cual, encontrándose en todo individuo, asegura la igualdad "frente a Dios" - por lo menos pues en el mundo extraterrestre - y asegura un comportamiento inspirado en principios comunes de origen divino. El Estado, a su vez, controlando la conciencia y la actividad de los individuos, permite el desenvolvimiento de la vida espiritual y física según su orden jerárquico, que respeta el plan "divino" revelado en las sagradas escrituras.

Gráfico IV - Esquema demo-liberal

Es común a expresiones ideológicas muy diferenciadas como el iluminismo en sus variados matices (empirismo, sensualismo, materialismo mecanicista), el criticismo kantiano, el idealismo objetivo y dialéctico de Hegel, el positivismo, el neoidealismo, el inmediatismo libertario (Stirner, Bakunin) y reformista. Se trata de la más pura absolutización del "principio democrático", basado en el Yo, el cual - ya como individuo, ya como "espíritu del pueblo", "voluntad colectiva", etc. - posee en sí mismo, en su ser profundo, las normas de su comportamiento (esto puede conducir, como en el anar-

quismo, a negar el Estado como ente representativo de la voluntad colectiva, y a substituirlo por la "opinión social" o abstracciones similares, que tienen la misma función que la del Estado "ético" en el pensamiento burgués clásico, del cual por otra parte deriva directamente). La vida ética, la vida económica, la voluntad de actuar en el ambiente externo, son el desenvolvimiento de las fuerzas de conciencia y de racionalidad propias del "espíritu humano" que está presente en todos los individuos ("igualdad frente a la ley"). El Estado, y la organización social en general, está pues concebido como la proyección y al mismo tiempo como la garantía de la libertad de los individuos, "es la realidad ética de la Idea".

Gráfico V - Esquema voluntarista-inmediatista

Es típico de la visión corporativa pequeño-burguesa y, por consiguiente, de formas oportunistas (proudhonismo, anarcosindicalismo, obrerismo, ordinovismo, socialismo de consejos) y reformistas (laborismo, etc.); se inscribe evidentemente en la concepción liberal de la cual constituye una de las variantes. En ella el individuo, quien representa siempre el elemento de base del proceso, toma conciencia de los impulsos físicos y económicos que forman el substrato de su existencia : tal toma de conciencia condiciona la voluntad, y ésta a su vez la acción. La organización económica y política resulta del confluir de las tomas de conciencia individuales : por su parte, la clase es el resultado del adicionarse y conectarse de organizaciones inmediatas en una red - y es por lo tanto una noción en total ruptura con todo sentido de orientación histórica, de clase en sí y para sí en el sentido marxista de la expresión.

Gráfico VI - Esquema staliniano

Es el esquema de la ideología consecutiva a la contrarrevolución staliniana. También en ésta es el individuo quien alcanza la conciencia, pero después que

su acción ha sido determinada por una libre "elección" y decisión. Es característica de ella la asimilación partido-Estado : pero ya que los impulsos y los intereses económicos, partiendo del individuo y pasando a través de la clase, llegan al Estado-partido, y son utilizados por este pseudo-"binomio" para decidir y guiar a fin de establecer líneas de conducta prácticas y orientaciones teóricas, es claro que, de hecho, en el "binomio" el partido se evapora y subsiste únicamente para "justificar" la acción del Estado.

Gráfico VII - Esquema fascista

Por definición, el fascismo es ecléctico, no posee una doctrina propia, pero sin embargo expresa ideológicamente su papel de unificación de las fuerzas capitalistas (imperialistas), de realización del programa reformista, y de movilización de las "semiclasas", en una concepción que no es por acaso análoga a la del stalinismo. Así como el stalinismo, el fascismo no puede abandonar algunos postulados ideológicos burgueses esenciales, como la igualdad jurídica de los individuos, la "voluntad del pueblo", el carácter "popular" de su dominación. Sin embargo, como punto de partida, el sujeto individuo es substituido por la "nación", el "pueblo" e incluso la "raza", quien recibe las motivaciones físicas en primera instancia (véase la concepción nacionalsocialista de la "sangre y tierra") y se expresa en el Estado. El individuo está concebido como "receptor pasivo" de impulsos éticos provenientes del pueblo-nación, y de impulsos voluntaristas y activistas procedentes del Estado-partido.

GRAFICO I

ESQUEMA DE LA FALSA TEORIA DE LA "CURVA DESCENDENTE"
DEL DESARROLLO HISTORICO DEL CAPITALISMO (ver pág.125)

La afirmación habitual de que el capitalismo está en su rama descendente y no puede volver a subir, contiene dos errores : el fatalista y el gradualista.

El primero es la ilusión de que una vez que el capitalismo haya terminado de descender, el socialismo vendrá de por sí, sin agitaciones, luchas ni choques armados, sin preparación de partido.

El segundo, expresado por el hecho de que la dirección de la trayectoria del movimiento se curva insensiblemente, equivale a admitir que elementos de socialismo penetran progresivamente en el tejido capitalista.

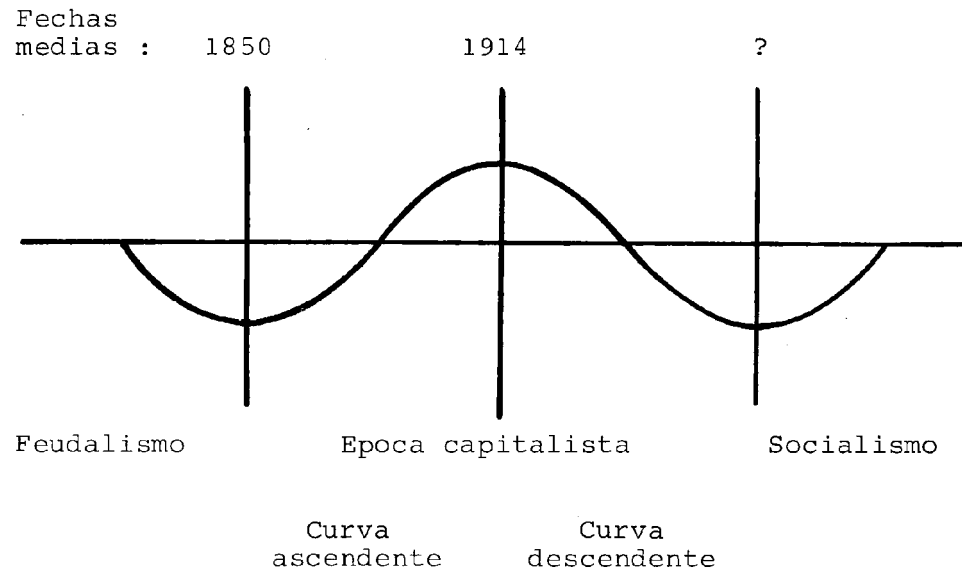
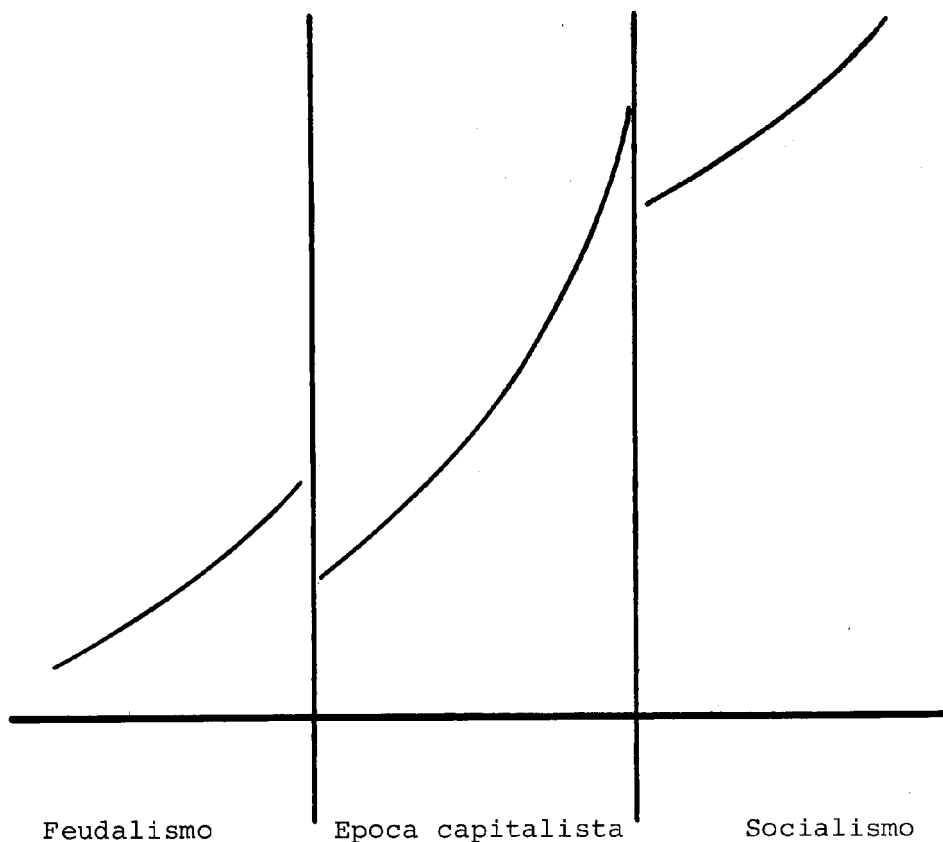


GRAFICO II

INTERPRETACION ESQUEMATICA DE LA SUCESION
DE LOS REGIMENES DE CLASE PROPIA DEL
MARXISMO REVOLUCIONARIO (ver pág.126)



La visión de Marx no es la de un ascenso del capitalismo seguido de un declinar del mismo sino, por el contrario, la del contemporáneo y dialéctico exaltarse de la masa de fuerzas productivas que el capitalismo controla, de la acumulación y concentración ilimitada de ellas y, al mismo tiempo, de la reacción antagonica constituida por aquélla de las fuerzas dominadas que es la clase proletaria. El potencial productivo y económico general continúa creciendo siempre hasta que el equilibrio es roto, teniendo lugar entonces una fase explosiva revolucionaria en la cual, en un brevísimo período de brusca caída, con la ruptura de las antiguas formas de producción, las fuerzas de producción recaen, para reorganizarse luego en una nueva forma y reemprender un ascenso más potente.

DIFERENCIA ENTRE LAS DOS CONCEPCIONES

En el lenguaje de los geómetras, la diferencia entre las dos concepciones, representadas en los gráficos I y II, se expresa así : la primera curva, o curva de los oportunistas (revisionistas tipo Bernstein, stalinistas emulativistas, intelectuales revolucionarios seudomarxistas) es una curva continua que "admite una tangente" en todos los puntos, esto es, que procede prácticamente por variaciones imperceptibles de intensidad y de dirección. La segunda curva, con la cual se ha querido dar una imagen simplificadora de la tan criticada "teoría de las catástrofes", presenta en cada época puntos que en geometría se llaman "vértices" o "puntos singulares". En tales puntos, la continuidad geométrica - y por lo tanto la gradualidad histórica - desaparece : la curva "no tiene tangente" o, aun, "admite todas las tangentes" - como en la semana que Lenin no quiso dejar pasar.

Apenas es preciso notar que el sentido general ascendente no pretende ligarse a visiones idealistas sobre el progreso humano indefinido, sino al dato histórico del continuo agigantarse de la masa material de las fuerzas productivas, en la sucesión de las grandes crisis históricas revolucionarias.

ESQUEMAS DE LA DINAMICA SOCIAL
SEGUN LAS IDEOLOGIAS DE LA CLASE DOMINANTE

A continuación están reproducidos los esquemas que representan la dinámica social según las ideologías fundamentales contra las cuales el movimiento revolucionario del proletariado ha debido y debe, sobre distintos planos, ajustar sus cuentas (de acuerdo con lo expuesto en el Prefacio). En contraposición con ellos, reproducimos al final el esquema marxista de la inversión de la praxis.

GRAFICO III
ESQUEMA TRASCENDENTALISTA (AUTORITARIO)

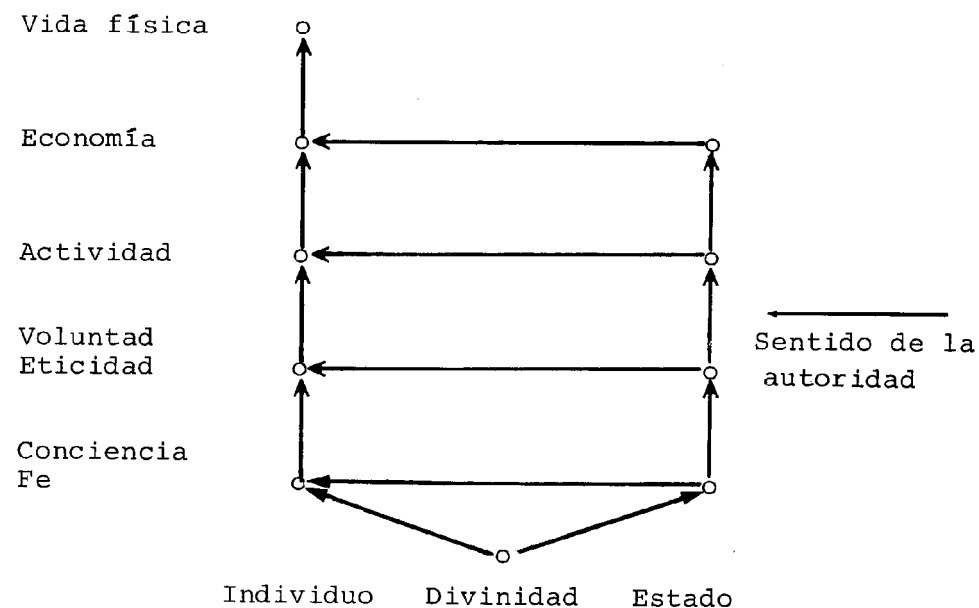


GRAFICO IV
ESQUEMA DEMOLIBERAL

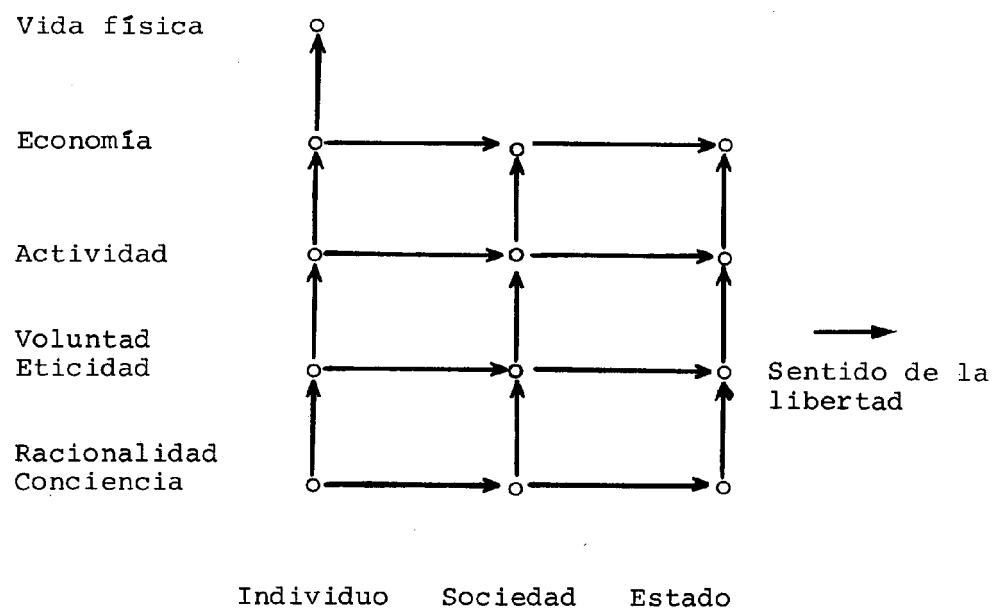


GRAFICO V
ESQUEMA VOLUNTARISTA-INMEDIATISTA

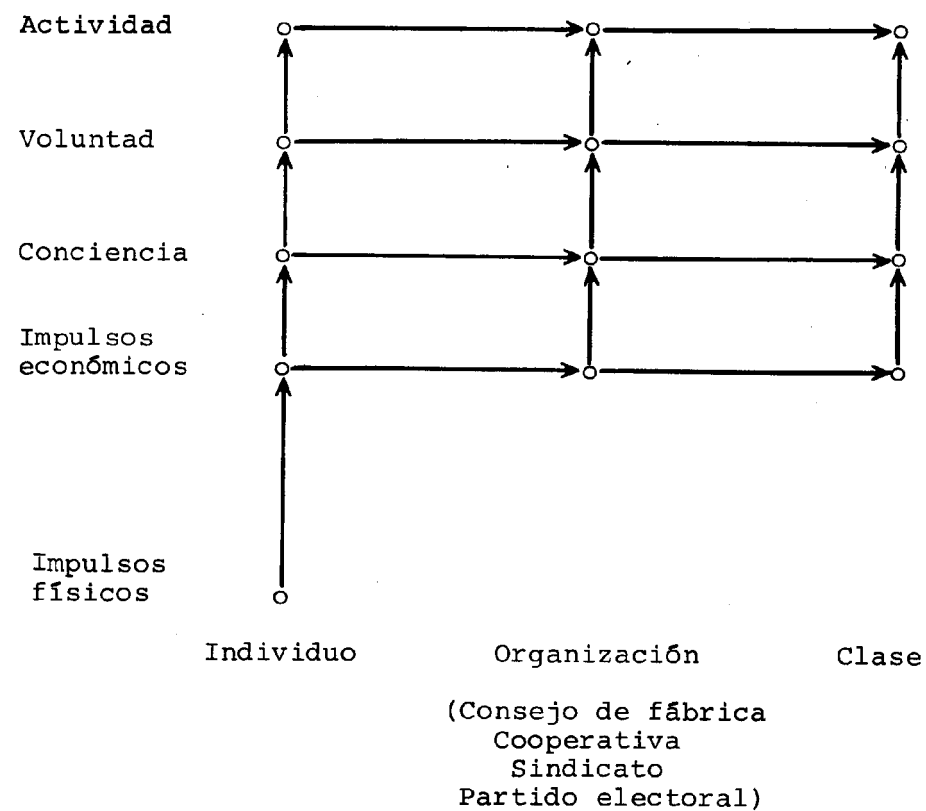


GRAFICO VI
ESQUEMA STALINIANO

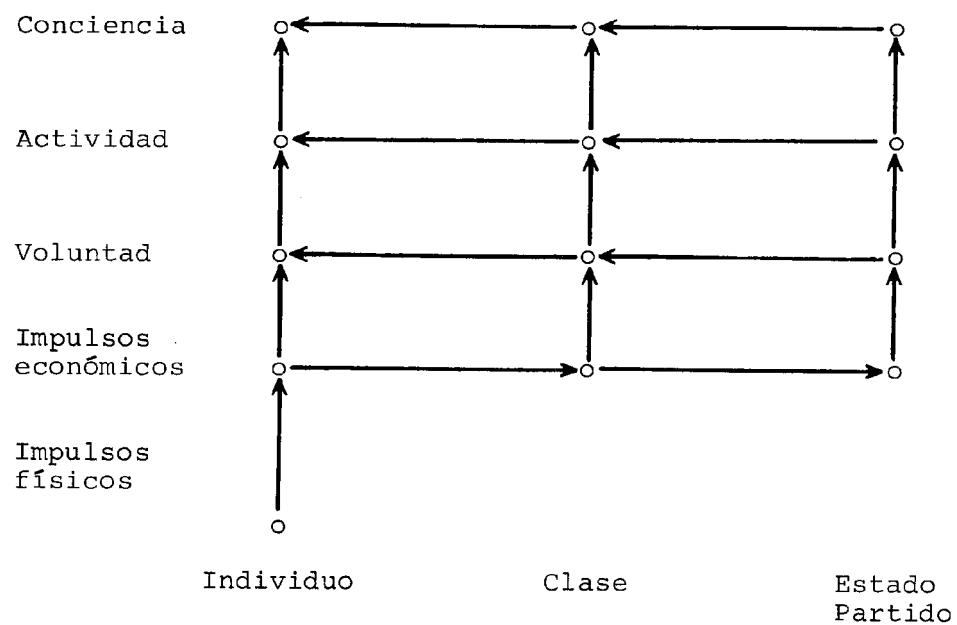
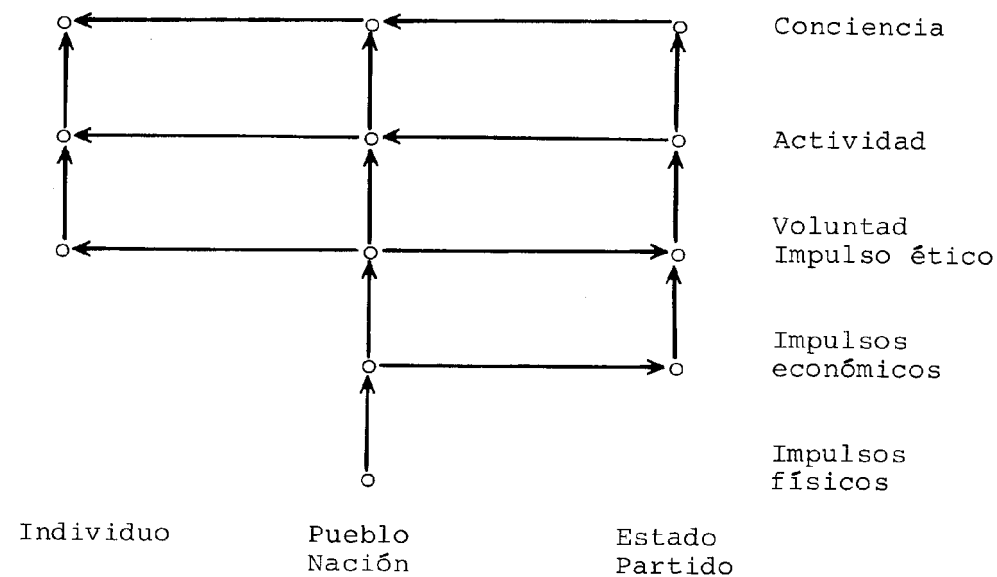


GRAFICO VII
ESQUEMA FASCISTA



COMENTARIO DE LOS GRAFICOS III,IV,V,VI y VII

A pesar de su diversidad, los gráficos III y IV (así como V,VI y VII) se reducen a comunes denominadores.

En los esquemas trascendentalista y demoliberal, a pesar de que en uno el sentido de la autoridad va del Estado hacia el individuo, mientras que en el otro el sentido de la libertad va del individuo a la sociedad y al Estado, en ambos es la idea (en el primero emanante de la divinidad, en el segundo difundida en todos los individuos que componen a la colectividad humana) la que condiciona y determina las acciones humanas. En ambos se pasa lógicamente de la conciencia (concebida en el primero como fe, y en el segundo como racionalidad) a la voluntad (en ambos concebida como eticidad), a la actividad, a la economía y a la vida física.

En los esquemas voluntarista-inmediatista, staliniano y fascista, los impulsos físicos y económicos están en la base de la construcción; y por este carácter común se contraponen a los dos esquemas idealistas precedentes. Pero tienen en común con éstos el hecho de que la voluntad precede y tiene la preeminencia sobre la actividad en el individuo y en la clase (el pueblo o la nación en el caso del fascismo). Otro rasgo común a estos tres esquemas voluntaristas (el de Proudhon, Sorel, Bernstein, Gramsci, etc., es incluso individualista y, por ello, es peor que los dos otros), es la sucesión paralela de impulsos económicos, voluntad, actividad y conciencia, que se verifica entre el partido y el Estado (o la organización inmediata), por una parte, y el individuo y la clase (el pueblo o la nación en el caso del fascismo), por la otra, lo que comporta la imposibilidad para el partido de poseer una teoría científica de los fenómenos sociales.

Sólo en el esquema marxista, la sucesión de actividad, voluntad y conciencia del individuo y de la clase se encuentran completamente invertida en el partido, cuyo conocimiento de los hechos sociales abraza pasado,

presente y futuro, elevándose al nivel de una teoría científica, con la posibilidad, por consiguiente, de ejercer una voluntad y una acción, tal como está mostrado en el siguiente gráfico (VIII).

GRAFICO VIII

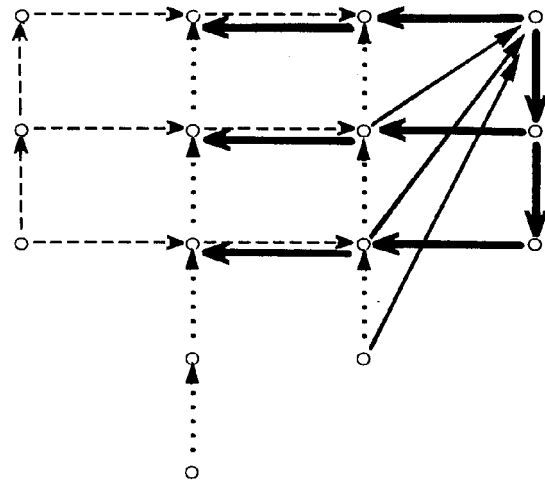
ESQUEMA MARXISTA DE LA INVERSION DE LA PRAXIS (ver pág.127)

Formas y relaciones de producción (orden tradicional, clase privilegiada)

Trabajador

Clase trabajadora

Partido de clase



Teoría, doctrina (conciencia)

Elección de decisión (voluntad)

Actividad, acción (praxis)

Intereses económicos

Impulsos fisiológicos

..... Determinación económica

----- Influencia conservadora

———— Impulsos unificados en el partido

———— Influencia revolucionaria

COMENTARIO DEL GRAFICO VIII

El objetivo del esquema es sólo el de simplificar los conceptos del determinismo económico. En el individuo (y, por lo tanto, también en el proletario) no es la conciencia teórica la que determina la voluntad de actuar sobre el ambiente externo, sino que acontece lo contrario, como lo muestra el esquema con las flechas dirigidas de abajo hacia arriba : el impulso de la necesidad física determina, a través del interés económico, una acción no conciente, y sólo mucho después de la acción viene, por la intervención de otros factores, la crítica y la teoría de la misma.

El conjunto de los individuos, colocados en las mismas condiciones económicas, se comporta análogamente (como lo muestra el esquema con las flechas dirigidas de abajo hacia arriba), pero la concomitancia de estímulos y de reacciones crea la premisa de una voluntad y, después, de una conciencia más claras. Estas se precisan solamente en el partido de clase, que agrupa una parte de los componentes de la misma, pero elabora, analiza y potencia la vastísima experiencia de todos los impulsos, estímulos y reacciones. Sólo el partido consigue invertir el sentido de la praxis. El partido posee una teoría y, por consiguiente, tiene conocimiento del desarrollo de los hechos : dentro de ciertos límites, según las situaciones y las relaciones de fuerza, el partido puede poner en ejecución decisiones e iniciativas e influir sobre el desarrollo de la lucha (como lo muestra el esquema con las flechas dirigidas de arriba hacia abajo).

Con las flechas dirigidas de izquierda a derecha, se han querido representar las influencias del orden tradicional (formas de producción); y con las flechas dirigidas de derecha a izquierda, las influencias revolucionarias antagonistas.

La relación dialéctica estriba en el hecho de que el partido revolucionario es un factor conciente y voluntario de los acontecimientos, en la medida en que es

también un resultado de los mismos y del conflicto contenido en ellos entre las antiguas formas de producción y las nuevas fuerzas productivas. Tal función teórica y activa del partido se derrumbaría, sin embargo, si se troncasen sus vínculos materiales con el aporte del ambiente social, de la primordial, material y física lucha de clase.

INDICE

PRIMERA PARTE

Prefacio	pág.	3
TESIS SOBRE EL PAPEL DEL PARTIDO COMUNISTA EN LA REVOLUCION PROLETARIA		
Las tesis vistas por nosotros, entonces y hoy	"	25
Tesis sobre el papel del partido comunista en la revolución proletaria	"	31
PARTIDO Y CLASE	"	45
PARTIDO Y ACCION DE CLASE	"	57
EL PRINCIPIO DEMOCRATICO	"	77
DICTADURA PROLETARIA Y PARTIDO DE CLASE	"	103

SEGUNDA PARTE

Prefacio	"	119
TEORIA Y ACCION EN LA DOCTRINA MARXISTA		
Sumario	"	123
I - La inversión de la praxis en la teoría marxista	"	125
II - Partido revolucionario y acción económica	"	129

APENDICE

Prefacio	"	135
Gráficos	"	142

Ediciones « PROGRAMME COMMUNISTE »

EN CASTELLANO

- Serie « Los textos del partido comunista internacional » :
 - 1.- Los fundamentos del comunismo revolucionario 4 F
 - 2.- Fuerza, violencia, dictadura en la lucha de clase 4 F
 - 3.- Partido y clase 7 F
- « El Programa Comunista », suplemento bimestral a « El Programa Comunista ».
 - Suscripción anual 6 F

EN FRANCES

- « Programme Communiste », revista teórica trimestral. Suscripción anual 15 F
- « Le Prolétaire », periódico bimensual. Suscripción anual 15 F
- Serie « Les textes du parti communiste international » :
 - Communisme et fascisme 8 F
 - Eléments d'orientation marxiste - Les trois phases du capitalisme - Guerres et crises opportunistes 4 F
 - La « Maladie infantile », condamnation des futurs renégats. Sur la brochure de Lénine « La maladie infantile du communisme » 5 F
 - Défense de la continuité du programme communiste (224 páginas en la cuales están reproducidas las tesis fundamentales de nuestra corriente entre 1920 y 1965) 15 F

EN ITALIANO

- « Il Programma Comunista », periódico bimensual. Suscripción anual 15 F
- Storia della Sinistra Comunista. Vol. I (1912-1919). De sus orígenes a la primera guerra mundial y la posguerra, 423 páginas 30 F
- Storia della Sinistra Comunista. Vol. II (1919-1920). Del Congreso de Bolonia del PSI al Segundo Congreso de la Internacional Comunista, 740 páginas 40 F

Los capítulos VIII (« La izquierda marxista de Italia y el movimiento comunista internacional ») y IX (« El 10º Congreso de la Internacional Comunista: una cuspide y un cruce de caminos ») aparecieron traducidos en francés en los números 58, 59 y 60 de « Programme Communiste ».
- Serie « I testi del partito comunista internazionale » :
 - In difesa della continuità del programma comunista (200 páginas en las cuales están reproducidas las tesis fundamentales de nuestra corriente entre 1920 y 1965) 12 F
 - Elementi dell'economia marxista - Sul metodo dialettico - Comunismo e conoscenza umana 12 F
 - « L'estremismo, malattia infantile del comunismo », condanna del futuri rinnegati 12 F
 - Per l'organica sistemazione dei principi comunisti 10 F

EN INGLES

- Serie « The texts of the International Communist Party » :
 - The Fundamentals of Revolutionary Communism 4 F
 - Party and Class en prensa

EN PORTUGUES

- Serie « Os textos do partido comunista internacional » :
 - Teses características do partido: bases de adesão 3 F
 - Lições das contra-revoluções 3 F

EN ALEMAN

- Die Frage der revolutionären Partei 4 F
- Revolution und Konterrevolution in Russland 6 F
- Der Kampf gegen den alten und den heutigen Revisionismus 6 F

Correspondencia y encargos a :

« Le Prolétaire », 20, rue Jean Bouton - 75012 Paris.
 « Le Prolétaire », B.P. 266 - 13211 Marseille Cedex 1.
 Pagos a : C.C.P. 2202-22 Marseille (F. Gambini).

Imprimerie « Editions Polyglottes », 232, rue de Charenton, Paris (12^e)

Editions Programme Communiste, 1974
 Supplément à « Programme Communiste », édition espagnole.
 Imprimerie « E.P. » - 232, rue de Charenton - 75012 Paris
 Dépôt légal 2^e trimestre 1974

**periódicos del
partido comunista internacional**

il programma comunista

bimensual en italiano
suscripción anual 15 F

le prolétaire

bimensual en francés
suscripción anual 15 F

programme communiste

revista teórica internacional, trimestral, en francés
suscripción anual 15 F

el programa comunista

bimestral en español
suscripción anual 6 F